

LOS VISIONARIOS



Pío Baroja  Lectulandia

Al igual que las dos anteriores novelas de la trilogía «La selva oscura», *Los visionarios* es un intento pionero de novela-reportaje. Su material narrativo se nutre de la turbia política española en los inicios de la segunda república.

Casi toda la trama de *Los visionarios* se desarrolla en Andalucía. Los protagonistas nominales de la trilogía, Fermín Acha, un navarro de Bera y el matrimonio vascofrancés formado por Michel y Anita, realizan dos viajes por diversas capitales y pueblos andaluces. Sin embargo, los verdaderos protagonistas de la novela son las gentes que van encontrando en su camino a través de las cuales el autor nos da su versión de la situación social y política de la Andalucía de principios de la República, y por extensión, de toda España. Incrédulo ante un anarquismo que ve como ingenuo y utópico; disgustado y asqueado por el socialismo, al que considera abyecto y rastrero y abiertamente hostil contra el comunismo, los nuevos gobernantes de España no le animan a concebir esperanzas.

Baroja aprovecha el intervalo entre los dos viajes de los protagonistas para volver al País Vasco y narrar las supuestas apariciones de la Virgen en la localidad guipuzcoana de Ezquioga (Ezkiio-Itsaso), suceso que tuvo amplia repercusión en su momento.

Lectulandia

Pío Baroja

Los visionarios

La selva oscura - 3

ePub r1.0

Titivillus 15.10.15

Pío Baroja, 1932

Ilustración de portada: Cartel anunciador del III Congreso de Estudios Vascos, por Alberto Arrúe (1878-1944)

Editor digital: Titivillus

ePub base r1.2

más libros en lectulandia.com

LIBRO PRIMERO

CONSULTA Y HORÓSCOPO

LA VIEJA CONDESA de Zorita, madre del marqués de los Carvajales, se hallaba enferma desde largo tiempo. Tras de varias bronquitis y de una gripe muy tenaz, la diabetes suya se agudizó y tomó un carácter grave.

La enfermedad le depauperó con extraordinaria rapidez. La anciana señora se acartonaba y parecía una momia; era únicamente huesos y piel.

Con frecuencia, en el curso de su afección se presentaba algún síntoma alarmante: vértigos, dolores, desórdenes en la vista o tendencia al sueño letárgico. Entonces se llamaba a un especialista y se celebraba consulta con el médico de cabecera.

Como no parecía prudente intentar un tratamiento nuevo, después de largas deliberaciones se seguía con el mismo. La familia llegaba a concebir esperanzas; la condesa mejoraba, y si no sobrevenía otro ataque comenzaba a hacer una vida normal. Con un fondo de conocimiento del corazón humano, la vieja señora, al sentirse enferma de gravedad, hizo donación de casi todos sus bienes a sus hijos y a sus nietos. Así creía tener la seguridad de que sus herederos no desearían su muerte. Esta eventualidad le parecía sin duda bastante posible.

La anciana condesa vivía de una pensión del Estado, su marido había sido diplomático, y del producto de tierras y acciones.

Habitaba la misma casa de su hijo el marqués, en el tercer piso, con entera independencia. No quiso nunca dejar inmiscuirse en los asuntos de su casa a nadie, ni cambiar el mobiliario de sus habitaciones, aunque su hijo y su nuera se lo recomendaban.

—Cuando desaparezca yo haréis lo que os dé la gana —decía—; mientras tanto, dejadme.

Las habitaciones de la condesa se hallaban atestadas de muebles y ofrecían cierto aire de tienda de antigüedades y hasta de prendería. Este aspecto sobrecargado no disgustaba a la anciana señora; en cambio, a su nuera le molestaba y le parecía horrible infracción de las leyes del buen tono y de las pragmáticas de la moda. En el tiempo, según tales pragmáticas, los cuartos debían encontrarse casi vacíos, con muy pocos muebles y muy pocos cuadros. La condesa tenía a su servicio dos criados viejos, un ama de llaves y dos doncellas. Margot la cuidaba como enfermera.

Aquella vez fue un principio de sueño letárgico, llamado por los médicos comatoso, el motivo de la alarma de la familia. Inmediatamente se avisó a un médico de fama y se celebró consulta entre él y el de cabecera.

La condesa estaba en la cama profundamente dormida.

La alcoba donde se encontraba era grande, de aire isabelino, tapizada de rojo, con una cama Imperio de caoba, con adornos de cobre, cabezas de pato doradas y

colgadas a la antigua. La anciana señora dormía, y su cara gris de momia se destacaba entre sus cabellos blancos. Un gran sillón con sus almohadones se veía al lado de un velador con un tapete y una baraja francesa. Los dos balcones se hallaban cerrados con cortinones espesos; en unos armarios bajos brillaban los lomos de una serie de libros de colores, novelas inglesas y francesas. Una lámpara, con su pantalla, iluminaba el cuarto. Velaba en aquel momento a la enferma el ama de llaves irlandesa, casada con el mayordomo alemán del marqués.

La irlandesa, mujer de más de cincuenta años, blanca y canosa, debía de haber sido rubia y guapa, tenía ojos claros grises muy expresivos.

El ama de llaves se llamaba Rosa O'Connor. Su marido, el mayordomo, se apellidaba Petch; pero este nombre parecía horrible a la condesa, y jamás, ni en broma, llamó a su ama de llaves la señora Petch.

Rosa O'Connor era muy partidaria de la anciana, y ella, a su vez, la defendía a capa y a espada. La marquesa y Margot reprochaban a la irlandesa su tendencia a la chismografía y al enredo; según ellas, ponía en ebullición la casa con sus cuentos.

Rosa, muy aficionada al misterio, a la cábala y a los amuletos, tenía varios libros para averiguar el porvenir, descifrar los sueños, etc., etc., y echaba las cartas a las criadas.

Margot la quería a pesar de sus enredos; era amena y divertida y tenía afecto a todo el mundo.

La marquesa, por su gusto, la hubiese despachado de la casa pronto.

Contigua a la alcoba de la enferma había una antecámara grande repleta de tapices, cuadros, espejos, sillones y consolas, con el techo artesonado y pintado. Aquella habitación era de las más recargadas de la casa. Se amontonaban antiguos muebles españoles pesados: cómodas ventradas, mesas pequeñas, vitrinas llenas de chucherías, fanales, joyas, abanicos y espejos. Las sillas y sillones quedaban empotrados entre otros muebles y no había apenas manera de utilizarlos.

En aquella antecámara se encontraban el marqués, su mujer, su hijo Roberto y un duque primo del marqués. Se hallaban sentados al lado de la chimenea, en donde ardía un hermoso fuego de leña. Era mayo, no hacía frío, pero como ya no había calefacción en la casa se encendía la chimenea.

Alrededor de una mesa barroca de patas doradas, el médico de fama, con sus anteojos de oro, el de cabecera y Margot terminaban un análisis en unos tubos de ensayo. Margot ayudaba o traía las cosas pedidas por los dos facultativos.

El médico de fama se destacaba con un aire muy inteligente, lúcido, casi mefistofélico. El otro, el de cabecera, por su aspecto un tanto servil, parecía un administrador o un criado.

El doctor famoso, hombre atildado y elegante de cara aguda, viva y sagaz de diplomático, vestía chaquet negro, pantalón claro y botas de charol. Demostraba gran soltura en sus movimientos.

A pesar de ello, su traje, siempre impecable, sin arrugas, parecía del maniquí de

un escaparate de sastrería.

El doctor entraba en las casas aristocráticas con un aire de confianza y de seguridad imponente. Debía de estar en el secreto de la vida de las familias de gran tono y sabía hablar bordeando las confidencias sin deslizarse.

En la mesa de patas doradas había una lámpara de alcohol, varios frascos y tubos de ensayo, colocados en un pie, con una tablilla con agujeros redondos.

El doctor famoso calentó en la llama de la lámpara un tubo cuyo contenido se iba poniendo rojizo y lo miró con aire de alquimista.

—No creo que haya nada nuevo —dijo varias veces. Luego, dirigiéndose a Margot, le hizo algunas preguntas.

—Usted, señorita, ¿es la que cuida de la enferma?

—Sí, señor.

—¿Tiene usted ahí el último análisis?

—Sí; aquí está.

—¿Qué cantidad había de glucosa?

Margot la indicó.

—¿Y de acetona?

Margot dijo otra cifra.

—¿No ha tenido la enferma trastornos de refracción ocular?

—Sí, los ha tenido al principio del tratamiento.

—¿Cómo se lo administra la insulina?

Margot especificó las dosis y el régimen alimenticio.

Cuando concluyó de hablar, el doctor dijo:

—Está bien.

Después disertó con el otro médico acerca del metabolismo y de la influencia del medicamento para impedir la producción de la glucosa.

En tanto, la enferma había reaccionado y hablaba en voz baja con la irlandesa, con su ama de llaves, a quien daba algunos encargos.

El médico de cabecera entró en la alcoba con su aire servil y oficioso y después pasó a la antecámara, donde se despidió de todos.

Margot recogió los útiles de ensayo de la mesa y los fue guardando en un armario.

El doctor de fama, recostado en la butaca, miraba con su aire de aguilucho los cuadros y los muebles de la recargada antecámara.

Entre los cuadros, casi todos bastante vulgares y sin ningún carácter, se destacaba una tabla antigua: *El martirio de San Erasmo*.

Algunos habían dicho a la dueña si sería una réplica de otra tabla de igual asunto de la catedral de León, y otros pensaban en una copia antigua de un cuadro de Thierry Bouts de la iglesia de San Pedro de Lovaina.

La tabla se conservaba muy flamante. San Erasmo, tendido en el suelo, se dejaba sacar los intestinos del vientre como el hilo a un capullo de seda. Un verdugo se los

iba arrollando en un torno. El santo, tendido en el suelo con su mitra y su nimbo, sonreía apaciblemente; el verdugo hacía girar el torno con una mueca siniestra de alegría y de malicia; un personaje de alcurnia, rey o juez, rodeado de sus acólitos, miraba la escena con tranquilidad e indiferencia.

—Tiene gracia este cuadro —dijo el doctor—. La verdad es que si los mártires hubieran tenido esa insensibilidad, su mérito no sería muy grande.

—Sin duda está en éxtasis —indicó Roberto.

—Parece que le han dado novocaína.

—Es usted un escéptico —dijo la marquesa.

—No lo crea usted. No lo soy tanto. ¿Quiere usted hacerme el favor, marqués, de preguntar si ha venido mi coche?

—Espere usted un momento. ¿Tiene usted prisa?

—No, esperaré un rato.

El doctor acercó el sillón al fuego, en donde ardían unos cuantos leños, y extendió sus manos finas transparentadas a la luz de las llamas.

—¿QUÉ LE PARECE A USTED, doctor, de estos acontecimientos que han ocurrido desde que no nos hemos visto? —preguntó el marqués—. ¿Qué opina usted de la caída de la Monarquía y del triunfo de la República?

—¡Qué quiere usted que me parezcan! Estos acontecimientos están perfectamente legitimados. Es un proceso, morboso que no tenía otra salida. No había otra solución. La Monarquía agonizaba. El rey ha sido muy torpe y no ha podido prolongar la agonía del viejo régimen. No ha tenido un momento de clarividencia para comprender su país y su época.

—¿Cree usted? —preguntó el marqués cariacontecido.

—Me parece evidente.

—¿Así que usted sospechaba esto?

—Yo no creí que llegaría tan pronto, la verdad. Suponía que tardaría algunos meses, quizá dos o tres años...

—¿Pero usted lo esperaba?

—Lo esperaba todo el mundo.

—Pero ¿por qué?

—Era un hecho previsto, anunciado.

—No lo comprendo.

—En biología, querido marqués, lo que no evoluciona, lo que no tiene movimientos de dentro a fuera y de fuera a dentro, lo que no tiene lo que llaman los físicos osmosis y endósmosis, se seca, degenera y, a lo último, muere. Es lo que ha pasado con la Monarquía. Se notaba que se aislaba del ambiente, que se consumía, que se apagaba ¿Cuándo? ¿En qué momento daría las últimas boqueadas? Esto, naturalmente, no se podía saber.

—Yo, la verdad, no lo sospechaba.

—Hay que legitimar la altura social por algo. A la Monarquía le ha pasado como a la aristocracia: no se legitimaba socialmente por nada. No sabían dar normas de humanidad ni siquiera de elegancia. El monarca y el aristócrata cobraban sus rentas, las gastaban o las guardaban y no daban nada en espíritu o en gracia o en formas a la colectividad. Se van... pues buen viaje.

—¿Es que usted cree mejor la República que la Monarquía como forma de gobierno? —preguntó el marqués.

—Yo no. Como organización conservadora y burguesa, la Monarquía me parece mejor. Es una construcción en forma de pirámide, por tramos, por pisos, y sirve para el fondo trepador y ansioso de la sociedad. El contratista, el político, el militar, el abogado, el usurero tienen más porvenir en una Monarquía que en una República.

Siempre habrá trepadores, es natural. Al trepador monárquico le sustituirá el trepador republicano o el socialista, pero la hiedra preferirá la pared de la torre a la del cobertizo o a la del corral.

—Entonces sigamos con nuestra pirámide —dijo el marqués en broma.

—Sí; pero esa construcción piramidal necesita estar sabiamente sostenida y organizada.

—Y aquí cree usted que no lo estaba —insinuó el marqués.

—Eso creo. En el fondo, para mí, como médico y como hombre curioso de la vida, la forma más amena de gobierno sería Luis XV o la Regencia de Orleans.

—Para mí también —dijo Roberto.

—Una clase de gobierno que, aunque se basara en la corrupción natural humana, respetara sobre todo el carácter de los hombres y la libertad.

—Eso es —añadió el joven—, y que dejara hacer; *laissez faire, laissez passer*.

—Algo de despotismo ilustrado... y poco celo, porque el exceso de celo es lo que perturba los gobiernos nuevos.

—Estoy completamente de acuerdo con usted —exclamó Roberto.

—Yo no creo que el rey sea lo que dicen los periódicos ahora que es, ni tan intrigante, ni tan traidor —indicó el duque con cierta timidez cautelosa—. Antes se le elogiaba demasiado quizá.

—Y ahora se le denigra demasiado —repuso la marquesa.

—Con lo cual no averiguaremos nunca cómo es de verdad —dijo el marqués.

—¡Eso es tan difícil! —indicó el médico—. Siempre hay una parte oscura en las personas, aun en las que parecen más diáfnas, casi imposible de aprehender. Muchas veces nos encontramos, cuando leemos biografías de hombres célebres por su talento, por su energía o por sus crímenes, que el político implacable, el general terrible y carnicero, el jefe de policía terrorista era un hombre tímido que criaba canarios, jugaba en su casa con los gatos, acariciaba a los niños y lloraba cuando oía a un pastorcillo tocar la flauta en medio del campo. ¿Eran su violencia y su crueldad una táctica? ¿Se trastornaron sus instintos en la acción? No lo sabemos.

—Ya ve usted; yo creo que la característica de Alfonso XIII ha sido la timidez —dijo el marqués, que tenía un aire de perro azotado.

—Sí, quizá —replicó el doctor—. Parece que se dice algo muy definitivo calificando a un hombre de tímido, pero es posible que se diga muy poco. La timidez puede proceder de una debilidad de la voluntad o de una inhibición fuerte.

—El resultado en la práctica será igual —añadió el duque.

—Pero el mecanismo para el psicólogo será muy diferente —repuso el doctor.

—Tiene que haber muchas clases de timidez —dijo el marqués.

—Evidente. Suetonio habla de la timidez de Claudio, de Calígula y de Nerón; los historiadores franceses, de la timidez de Luis XV y de los revolucionarios del 93. ¿Es que se puede ser osado, cruel, violento, sanguinario, cínico, libertino y al mismo tiempo tímido?

—Yo creo que no —dijo el duque—. Son conceptos que se contradicen.

—Pues yo creo que sí —replicó el marqués.

—Lo cual hace pensar que no sabemos con exactitud lo que es la timidez, porque si no necesariamente estaríamos de acuerdo —concluyó el médico.

—Ya ve usted. Yo soy un hombre tímido, casi lo que llaman un abúlico —dijo el marqués—; todavía las decisiones violentas soy capaz de tomarlas; pero el resolverme a hacer las cosas pequeñas me cuesta un gran trabajo. Usted me pone en un conflicto grave y busco la manera de resolverlo; pero no me diga usted, cuando voy a salir por una puerta, que es mejor salir por otra, porque entonces me quedo perplejo. Yo no he podido poner en claro la confusión de mi cabeza, la contradicción de mis ideas, ni armonizar mis instintos. Hay gente que cree en la lógica, y va como haciendo un mapa para su uso particular y cuadriculándolo. De su cuadrícula salen sus reglas para la vida. Yo no sé hacer esto.

—No es fácil —dijo el doctor— más que para el hombre muy normal, muy equilibrado y de pocas complicaciones psicológicas.

—La timidez..., la irresolución... es algo horrible —afirmó el marqués—. Yo preferiría ser un impulsivo, un inconsciente.

—Hay tipos —y el médico contempló las llamas— en que los impulsos son tan fuertes y la resolución hacia fuera tan inmediata, que no dan tiempo a que les aparezcan los escrúpulos ni las razones en contra de la acción de cualquier índole que sea. El hombre así no vacila, no piensa en las consecuencias, no hay para él más que una acción simplista que realizar.

—Eso tiene que ser magnífico. Todo antes de la irresolución —añadió el marqués.

—Puede haber mucha clase de irresoluciones. La irresolución de saber lo que se tiene que hacer y no hacerlo por pereza; la de no saber lo que hacer; la de tener un espíritu turbio y oscuro. Alguna de estas irresoluciones era la del rey.

—Yo le he visto al rey capaz de resolverse ante un peligro inmediato —observó el duque.

—Sí, pero incapaz de meditar algo serenamente y de realizarlo —replicó el doctor—. La gente egoísta y un poco apática tiene a veces reservas de decisión y de energía. Cuando el mal está hecho, cuando la suerte ha sido echada, el hombre vacilante se manifiesta a veces con vigor y con brusquedad. Lo que decía el marqués: esa brusquedad terca le evita el volver a pensar la cuestión, el examinarla de nuevo en su espíritu, cosa para él de las más desagradables; le evita también el consultar con otro. Esto le pasaba al rey, según dicen los que le han conocido mucho.

—Sí, es cierto. Don Alfonso era hombre que no consultaba con nadie —dijo el duque.

—Hombre que no oía, incapaz de modificar el pensamiento propio por la objeción de otro. Es lo que les pasa también a nuestros políticos.

—¿Y no cree usted, doctor, que esto podía ser porque le habían engañado muchas

veces? —preguntó el duque.

—¡Engañar! ¿Quién le había engañado? —y el médico se irguió—. Era más bien él el que tenía la especialidad de engañar.

—A mí quizá me pueda la simpatía —dijo el duque—; yo pienso que el rey tenía rasgos románticos. Uno de los empleados encontró en su pupitre, momentos después de marcharse, unos versos que había escrito a una señora conocida suya a quien llamaba su pitonisa.

—Pero ¡qué versos! —exclamó Roberto.

—¿Malos?

—Malísimos.

—Ya se sabe. Ahora todo lo que ha hecho el rey es malo —dijo el marqués.

—Se le critica por todo —añadió el duque—. Y, sin embargo, a mí me parece que es natural y lógico que el pueblo tenga afecto por su rey.

—Antes sí lo era —contestó el doctor—. Ahora no lo es. ¡Qué se va a hacer! Cada tiempo tiene sus dogmas. Hoy no se acepta un rey o un emperador más que si es hombre de talento o afortunado para su pueblo.

—Pero no todo el mundo es talentado y hombre de éxito.

—Cierto; tampoco todo el mundo es rey.

—¿Y usted cree que el rey era un hombre apasionado? —preguntó la marquesa.

—No. Don Alfonso era hombre frío, indiferente a la reina, indiferente también con relación a las demás mujeres. Algunos devaneos pasajeros, que en su posición de sultán eran facilísimos y nada más. El rey tenía los gustos y las inclinaciones de un señorito de la burguesía. Anduvo con una cupletista tonta, insignificante, que en Cuba, según dicen, estuvo liada hasta con los negros; se enredó con una cómica vulgar. Era, y perdonen ustedes que les diga, esencialmente un cursi. ¿Se puede convertir un palacio en una casa tan ramplona como aquella, si no tiene uno un fondo de vulgaridad y de plebeyez? Porque allí hasta se comía mal —añadió el médico, que sin duda era un *gourmand*.

—Ah, sí. Detestablemente —repuso la marquesa—. El pobre Juanito Pío me decía una vez en un castellano chapurrado de italiano: «*Sempre polo, sempre polo en questo palazzo*».

—¿Qué quería decir con *polo*? —preguntó el duque.

—Pollo.

—¡Ah, ya!

—No se puede hacer nada más chabacano ni más pobre con tantos medios —agregó el médico—. ¡Qué habitaciones interiores en el palacio! ¡Qué alcobas! ¡Qué cuarto de baño! Ni el señor Custodio, de Madrid, enriquecido en los pellejos o en los ultramarinos; ni el señor Puchol, de Barcelona, del ramo de géneros de punto, arreglan su casa de campo de una manera más cursi.

—¿Qué quiere usted? No sabían más —dijo el marqués.

—¡Qué miseria! Tenerlo todo y no poder hacer nada. No conseguir ni siquiera

tener un amigo verdadero, porque no lo tenía.

—Es verdad.

—Las dificultades nuestro rey las resolvía encerrándose en su cuarto y paseándose allí horas y horas con el cigarro en la boca.

—Él, sin duda, creía así pesar mejor el pro y el contra de las cosas —replicó el duque.

—Era un error suyo.

—A mí no me parece mal el hombre reconcentrado —dijo Roberto.

—A mí tampoco —repuso el médico—. La mayoría de los hombres se reconcentran y a veces se subliman por los instintos no satisfechos. El erotismo, el orgullo, el deseo de poder y de gloria, concentrados y no saciados saltan como el agua en una presa o refluyen hacia su origen, y el enamoradizo se convierte en un místico o en un poeta, y el soberbio, en un explorador o en un hombre de ciencia. Pero ¿en qué puede convertirse un egoísta vulgar a quien la vida le da con abundancia no lo que pide, sino más de lo que pide? No se puede convertir más que en una momia, en una rama seca y hueca, que parece que puede tener algo dentro, pero que, en realidad, no tiene nada.

—Le encuentro a usted muy severo, doctor —dijo tristemente el duque.

—No, yo busco determinar el caso. El hacer un diagnóstico, si no certero, aproximado. En el rey no ha habido, ni hay, vida interior; únicamente gestos pegadizos, frases superficiales, nada. Todo le estaba permitido, todo era lícito para él; nadie le contradecía, todo lo que hacía era perfecto. No ha afrontado ningún peligro deliberadamente. Si se ha encontrado con algún peligro por su alta posición no ha ido a él, le ha salido al paso como al que le cae un rayo.

—Creo que es usted un poco injusto.

—Creo que no. El rey no ha tenido nunca una decisión valiente; pero él se cree valiente. Se ha hecho su máscara a fuerza de petulancia y de jactancia. Cree que si fuera militar sería un héroe, cuando es egoísta, y rastrero. Cree que su padre era un gran capitán, cuando era un señorito insignificante. En una interviú que celebró el rey con un periodista inglés días antes del cambio de gobierno le dijo que España era monárquica y católica y que no habría revolución. «¿Y si la hubiera?» —le preguntó el periodista. «Si la hubiera, yo me pondría al frente de mi ejército y derramaría por las instituciones hasta la última gota de sangre».

—Sí; esas son baladronadas de mal gusto.

—El rey dijo, y muchos le oyeron, esta frase: «Si pierdo el reino, lo perderé en la calle»; y cuando ve el peligro inminente echa a correr como un conejo, se escapa como puede y deja a su mujer y a sus hijos metidos en Madrid, en el Palacio, rodeados de una multitud hostil, en una situación verdaderamente horrorosa.

—Sí, eso también a mí me ha parecido muy mal. Yo no me siento valiente, pero jamás hubiera huido de una manera tan fea —saltó el marqués.

—Le han aconsejado —repuso el duque.

—Él es muy capaz de zafarse de todos los consejos que le puedan dar. El hombre, cuando comprende que todo su valor es una farsa, que la máscara va dejándole al descubierto la cara verdadera para todos y hasta para él mismo, se muestra cínico. El pueblo durante mucho tiempo no le odia. Le cree más simpático de lo que es. Supone que es un golfillo calavera que se divierte y no le ve seco, egoísta, mezquino, preparando su fortuna como un avaro.

—Pero usted no puede creer que toda la culpa sea suya —dijo el marqués—; es un hombre que ha vivido gran parte de su vida aislado, encerrado, vigilado.

—Cierto. Su infancia produjo muchas preocupaciones y temores. Se aseguraba que su padre murió tuberculoso y se temía que la enfermedad apareciera en él. Por eso doña María Cristina le tuvo constantemente en la Casa de Campo y en El Pardo.

—Y él dicen que aseguraba que los historiadores del porvenir le llamarían el *rey conejo* —saltó Roberto.

—Hay que reconocer que teniendo los ascendientes suyos hubiera sido un milagro que hubiese sido completamente sano y equilibrado —aseguró el doctor—. Luego, en estas familias el matrimonio consanguíneo, frecuente en las casas reales, ha sido causa de degeneración.

—Afortunadamente para ellas, el adulterio ha sido la regla —dijo cínicamente el marqués—. Al menos eso se dice.

—Se dice y es verdad. El adulterio en las reinas ha sido biológicamente más bien bueno que malo. Es lo más probable —afirmó el doctor—. De este que ha sido nuestro rey, su padre, su abuela, su bisabuelo y su tercer abuelo eran frutos del adulterio.

—¿Se sabe? —preguntó la marquesa.

—Todo lo que se puede saber de una cosa así. De las reinas modernas, de Isabel de Farnesio, de María Luisa, de María Cristina y de Isabel II se sabe que tuvieron amantes. En las historias de autores graves y sesudos se asegura que María Luisa decía a su hijo, a Fernando VII, que no tenía ningún derecho a la corona porque no era hijo de Carlos IV.

—¿Pues de quién era hijo?

—Quizá de Godoy. Entre los Borbones franceses, el adulterio comienza en seguida. Luis XIII, el hijo de Enrique IV de Navarra, es un producto degenerado del Bearnés, parecido a su padre, sin su energía. Ya Luis XIV no es un Borbón, viene al mundo después de veintitrés años de un matrimonio estéril, no se parece a su padre oficial en nada. El doctor Raspail dijo en un escrito que Luis XIII tenía el tipo de un vasco, y que Luis XIV era un italiano. Hay quien supone que el Rey Sol era hijo del cardenal Mazarino, el amante de su madre.

—Yo he oído contar a mi abuelo el escándalo que hubo en Palacio poco antes de nacer Alfonso XII —dijo el marqués—. ¿Ustedes han oído hablar de ello?

Todos dijeron que no.

—Parece que don Francisco de Asís, el rey consorte, no hacía vida marital con su

mujer. Don Francisco, a quien consideraban impotente, tenía amores fuera de palacio y, según parece, varios hijos. Yo he oído decir a un médico antiguo de casa que don Francisco estuvo enredado con sor Patrocinio, «la Monja de las Llagas». El rey consorte era partidario de los carlistas y quería que la sucesión de la corona pasara a la rama mayor de los Borbones de España, es decir, a don Carlos. Al saber que su mujer había quedado embarazada por obra y gracia del oficial Puig Moltó, don Francisco llamó en su auxilio al general Urbistondo, hombre de pelo en pecho y ministro de la Guerra, y en su compañía se presentó en la cámara de doña Isabel dispuesto a armar un gran escándalo. Les salieron al paso el general Narváez y el marqués de Alcañices. Don Francisco de Asís increpó a Narváez y le llamó alcahuete. Urbistondo y Alcañices riñeron y se insultaron con tal violencia que, frenéticos los dos, sacaron la espada y se atravesaron. Urbistondo murió en el acto en la antecámara de la reina, y Alcañices, pocas horas después, en su casa. Los periódicos dijeron que Urbistondo había muerto de una pulmonía fulminante. Luego, algunos palaciegos carlistas llamaron a Alfonso XII *Puig Moltejo*, imitando el apodo de *la Beltraneja*. Después el apodo se olvidó.

—Son cosas que da la vida —dijo el doctor.

—¿Así, que usted cree que el matrimonio consanguíneo es siempre causa de degeneración? —preguntó la marquesa.

—No, no siempre. Cuando los cónyuges están sanos y proceden de familias que han mostrado condiciones especiales, de banqueros, de artistas, de diplomáticos, probablemente estas condiciones se acentúan en los hijos, que se hacen mejores especialistas. Esto pasa con los judíos, que han perfeccionado el sentido del dinero y de la banca. Ahora, cuando los cónyuges están enfermos o tienen taras hereditarias, entonces los hijos son degenerados.

—¿Así que tiene más garantías el matrimonio entre personas no consanguíneas?

—Sí, más.

—¿Y los hijos de nuestro rey?

—Han tenido mala suerte. El príncipe de Asturias, el hemofílico, parece que mostraba cierta crueldad. Para él era un gran placer matar conejos o pichones. Los palaciegos se los ofrecían para que él los matara a tiros. Este sadismo es frecuente en los degenerados; por lo que dicen los historiadores, don Carlos, el hijo de Felipe II, a quien los historiadores y escritores protestantes quisieron pintar como un héroe, entre ellos Schiller, parece que era también así.

—¿Y el mudo?

—Dicen que es también un turbulento, un vesánico. El mudo decía en el tren, al marcharse, a un pollo de San Sebastián, con aire vengativo: «Ahora, haceos todos *bizkaitarras*».

— **Y** ESA HEMOFILIA, ¿qué es? —preguntó la marquesa.

—Es una enfermedad constitucional, un tanto misteriosa.

—¿Y de qué depende?

—¡Ah! No se sabe. Se habla de trastornos hepáticos oscuros, de un fermento especial que obra en la sangre, de que los vasos se hacen más quebradizos; pero las causas no se conocen. Se sabe que influye la herencia. Por otra parte, los médicos de los países de la Europa del Sur no tenemos mucha experiencia respecto de la hemofilia, porque los casos vistos son poco frecuentes. Conocemos la enfermedad más de oídas que por experiencia, y en esa cuestión estamos casi a la misma altura que los profanos. La hemofilia les viene, seguramente, a los príncipes e infantes de la reina Victoria de España. Un médico austríaco me aseguraba que a los Battemberg les provenía la enfermedad de la familia polaca del conde de Hauke. Una de las mujeres de esa familia, abuela de la reina Victoria, casó de una manera morganática con un príncipe de Hesse.

—¿Y qué clase de enfermedad es? ¿A quiénes ataca?

—Es una enfermedad de gente del Norte, pálida, descolorida, poco pigmentada por falta de sol. Hay escasa hemofilia en los países del Sur, aunque, sin embargo, se encuentra en los indios y en los gitanos. Yo he tenido algunos casos.

—¡En los gitanos! ¡Qué extraño!

—Esta enfermedad del príncipe de Asturias debe de tener el mismo origen que la del último zarevich.

—Ahora que aquí no teníamos ningún Rasputín.

—Parece que lo siente usted, querido Roberto —indicó el doctor.

—Era un tipo magnífico.

—Por lo menos muy pintoresco.

—El rey tampoco creo que se parezca al zar Nicolás —dijo el marqués.

—Nada. Aquel era un cándido apasionado y alcohólico. El nuestro es todo lo contrario; es un hombre de temperamento pobre, seco y sin expansión, lleno de pequeñas perfidias. Alfonso no cree en los hombres; cree que todos son unos pobres majaderos que fingen como él. No cree en las mujeres, y menos en las extranjeras. Un profesor de la Universidad le dice que él también está casado con una inglesa, y el rey le contesta: «Pues está usted aviado». El rey no cree tampoco en las ideas; en cambio, cree en un Dios hecho exclusivamente para él, para un Borbón Habsburgo, a quien él puede conquistar un poco y engañar otro poco poniendo sus rodillas huesudas en el suelo de la capilla real. El personaje es chismoso y malintencionado como pocos, no cabe duda. A un aristócrata pontificio bilbaíno le prometía rehabilitar

su título en España siempre que le veía. Luego no lo hacía, se reía y disfrutaba con eso. Sentía también una gran satisfacción en mortificar y rebajar a las gentes humildes, a sus empleados o a los alabarderos; así ha resultado que la mayoría de los alabarderos y de los empleados de Palacio eran republicanos. ¿Se comprende esto? No, no se comprende sin que haya una razón de antipatía, de falta de gracia y de humanidad en el rey.

—Sí, si yo no lo dudo; tenía muchos defectos —dijo el marqués—; ¿pero quién no los tiene?

—Alfonso XIII se ve que creía que las fórmulas lo son todo. No comprendía lo que podía haber debajo de ellas. Hombre sin palabra, le parecía lícito engañar; creía solo en la superficie de las cosas. Con algunos hombres de fama se hacía el pequeño, pero luego se burlaba de ellos. Era un ventajista, un señorito de casino, con una mentalidad de charrán. Estaba acostumbrado a la vileza de la gente, a que un primer ministro hiciera de perro debajo de la mesa para divertir al príncipe de Asturias. Engañaba a los políticos. Después de la Semana Sangrienta de Barcelona, cuando Ferrer fue preso, estaba deseando suprimirlo. Ferrer, como pensador y como pedagogo, era un hombre mediocre, superficial, nulo, es evidente; pero como político, por su valor y por su decisión, era muy peligroso para la Monarquía. Por otra parte, todo el mundo sabía que en la Semana Sangrienta él no tuvo participación alguna, principalmente porque los republicanos no lo querían. En cambio la tuvo, y grande, en el atentado de la calle Mayor cuando la boda de Alfonso XIII. El rey estaba deseando condenar a muerte a Ferrer. Sin embargo, disimuló, consiguió que sus ministros Maura y La Cierva defendieran a ultranza el fusilamiento, y él, que era el que tenía más interés en matarlo, aparentó que no lo indultaba por la imposición de sus consejeros.

—Pero eso es una prueba de talento —dijo Roberto.

—Sí, es una prueba de habilidad.

—Maquiavelismo.

—Cierto; pero el maquiavelismo del hombre vulgar, a la larga es fatal, porque se descubre. Es como la mentira. Se necesita tener mucha memoria y mucho talento para que al fin no aparezca. A alguno de sus ministros Alfonso le echó la zancadilla en seguida al verle. ¿Por qué? No se sabe. Quizá por antipatía, por rivalidad de señoritismo. Un político catalán, que fuera de sus negocios y de su aire mefistofélico ha resultado un hombre huero y poco perspicaz, decía, queriendo echárselas de un Talleyrand o de un Mazarino: «Al rey lo que hay que buscarle es una querida que le haga olvidarse de la política». Tontería del Mefistófeles de Tarrasa, porque nuestro Borbón no ha buscado nunca más que mujeres guapas y estúpidas que no pudiesen influir en él.

—En eso creo que tiene usted razón —dijo la marquesa.

—Alfonso es un chulito, como su padre; un mangoneador y un cominero. Nunca se hubiera olvidado de los tiquismiquis de la política. Este rey fantasma, este rey

momia, de cartón piedra, con gustos de burgués petulante y con unas queridas de saldo que parecían patronas de casas de huéspedes, no nos alegraba la vida a los españoles.

—En España quizá ha quedado mal, pero en el extranjero tenía mucho cartel —dijo el duque.

—¡Bah!

—Ahora mismo los periódicos extranjeros le elogian mucho.

—¿Pero eso qué valor tiene? Son las mismas gentes que creen que las españolas llevan la navaja en la liga y que los grandes de España son toreros. Esa opinión no tiene ninguna importancia. Alfonso XIII ha sido uno de tantos valores falsos que dependía en parte de la utilidad. Inglaterra y Francia prefieren que España no se mueva, que sea un país hidalgo, un país solo de historia, un país neutro. ¡Y qué mayor neutralidad que la Monarquía nuestra y un rey como Alfonso! El rey tenía acerca de la política europea unas ideas muy primarias. Superficial en sus juicios, creía a Francia débil porque no veía debajo de este pueblo de tranquilos burgueses un imperialismo terrible, científico, el único imperialismo auténtico europeo de nuestra época. Creía en el Kaiser porque le parecía que la guerra era cuestión de bigotes, de uniformes, de sables y de paso militar. Durante el conflicto europeo, decía con una malicia estólida: «Como Borbón me entiendo con los franceses; como Habsburgo y por mi madre, con alemanes y austríacos». Le parecía que la guerra era cuestión solo de arrogancia. El general Silvestre, un sargentón alto, moreno, de cara siniestra, le parecía el prototipo del militar. Silvestre le decía: «Descuide Su Majestad, yo avanzaré». Y cuando avanzaba por tierras de Marruecos poniendo el pobre tinglado armado por los políticos españoles en peligro, el rey le telegrafiaba: «Olé los hombres».

—Pero ese es el sentimiento general de la gente —dijo el duque—. Todo el mundo cree que la guerra es así, una cuestión de valor y hasta de imprevisión.

—Que lo crea un menestral puede estar bien, ¡pero un rey!

—Hay que decir que pensaba como el pueblo.

—Pensar como el pueblo, en la mayoría de los casos es una prueba de tontería, de bellaquería. Durante los primeros años de la Dictadura, don Alfonso decía: «Así vamos bien». Y no comprendía que se iba hundiendo. Admiraba el fascismo porque Mussolini se le presentaba con su aparato de gestos, de frases y de lugares comunes. Mirándolo todo de una manera superficial, decía que el suplicio del garrote era un suplicio benigno, más humano que los demás, porque no dejaba sangre. ¡Como si al que le matan le importara mucho manchar o no con su sangre el pavimento! Cuando la condena de Galán, no veía ni comprendía la ebullición popular, y mientras jugaba al ajedrez en Palacio, decía: «Ese es asunto fallado y resuelto; que no me hablen de indulto». En todo tenía la idea del que no ve más que las formas.

—Eso creo que le pasa a la mayoría de la gente —dijo Roberto—, incluidos los reyes.

—Cierto; pero es que hoy los altos cargos exigen mayores capacidades que antes, porque no están apoyados en la efusión popular. El rey había llegado a creer — prosiguió el doctor— que apariencia es lo mismo que realidad. Cuando iba a visitar ciudades españolas se contentaba con ver un pueblo amañado, falsificado. Se sentaba sobre el mismo trono que el día anterior, adornado con unos tapices siempre los mismos, traídos unos días antes de Madrid. No se le ocurría pensar qué habría debajo de aquella guardarropía protocolar, qué pueblo sería aquel que no veía más que a lo lejos.

—Tiene que ser difícil. Para eso se debe tener mucho talento —dijo el marqués—, ser un Enrique IV, un Federico de Prusia.

—Para él, lo mismo daba parecer que ser; buscaba el aplauso de todo lo que consideraba fuerte y pudiese llevar a la popularidad; adulaba a los periodistas, a quienes íntimamente despreciaba. Creía que un ejército falso, débil interiormente, mal organizado, podía ser una máquina poderosa, y que con él bastaba para tener un gran país y una defensa para su persona y su familia. Ha podido ver cómo el ejército le ha abandonado con desdén. Como variaba de uniformes a cada momento, creía que era un gran militar, un gran marino, el primer agricultor, el primer republicano, etc., etc. Esta eterna ficción llega un momento en que se descubre y quiebra por todas partes.

—Pues nos ha fastidiado —saltó la marquesa.

—No era capaz de un sentimiento generoso ni de una resolución enérgica. Desconfiado, egoísta, vengativo en pequeño, creía que conocía a su pueblo y lo suponía muy tonto. No se le ocurría, cuando iba a cazar al coto de Doñana, en tiempo de la guerra de Marruecos, que a poca distancia, al otro lado del Estrecho, se batían los jóvenes españoles por una cosa que no les importaba nada, que no era popular y que no podían ver con gusto que ellos iban al matadero, a un matadero estúpido, sin grandeza, mientras el rey se divertía tirando a los conejos o a las liebres.

—Pero eso ha pasado siempre —dijo el marqués.

—Cierto; pasaba antes, y parecía natural y no se notaba; ahora que en nuestros tiempos se ha notado. El espíritu popular era otro.

—¿Y usted cree que es por su torpeza por lo que la gente le odia ahora? —preguntó el duque.

—Yo creo que la gente le hubiera admirado si hubiera sido un tirano un poco alegre e histriónico; por lo menos, hubiera tenido sus partidarios; pero era un funcionario triste, con aire de enterrador, quizá con un complejo de humillación, a pesar de su posición alta, tipo sin alegría y, naturalmente, sin popularidad. El mismo Fernando VII, un hombre encanallado, solapado y falso, tenía más gracia que Alfonso XIII. Físicamente no era tampoco atractivo. Tenía una voz gangosa, desagradable.

—El tipo estaba bien, era alto, esbelto —dijo la marquesa.

—Se parecía al retrato de Carreño de Carlos II *el Hechizado*.

—Viéndole en las instantáneas con su labio bello y la boca como un agujero negro, no tenía ningún gran aspecto —dijo Roberto.

—Pero era fuerte —dijo la marquesa.

—Sí, era fuerte —replicó el doctor—, pero con algunos estigmas de degeneración. Ese bello de los austriacos, de la familia de los Habsburgos, se ha dado en todos los decadentes de la familia.

—Este era un pequeño Felipe II seco y melancólico, que quería pasar por hombre amable —observó Roberto.

—Pero aquel rey comprendía a su país y a su tiempo, y este no —repuso el doctor—. A veces no sabía ni ser atento. A un famoso novelista valenciano recién llegado de América lo iban a llevar a Palacio. El hombre era vanidoso e hinchado de su importancia, con ínfulas aristocráticas disimuladas, como todos los republicanos. Había comido en el Nuevo Club con unos personajes palatinos con la satisfacción de la plebeyez triunfante, y al día siguiente esperaba en el hotel a que le avisaran para ir a Palacio. El rey no recordó la cita, y el novelista, ofendido en lo más profundo de su espíritu de burgués, se fue más republicano que nunca.

—¡Qué torpeza! —dijeron todos.

—En el fondo, a don Alfonso, como a un pequeño Calígula, le molestaban todas las superioridades. Le presentan en casa del duque de Alba a un profesor de filosofía, y, ofendido de que hubiera una superioridad que no fuese la suya, le dice: «Vamos, que se dedica usted al camelo». Es la plebeyez. Lo mismo hubiera dicho el dependiente de comercio. No puede aceptar que otro sepa lo que él no sabe.

—¿Y usted no cree que el rey buscó a su manera la felicidad de España? —preguntó el duque.

—Sí, quizá Alfonso XIII aspiró a la simpatía y a la amistad de los españoles; pero probablemente no comprendió que para esto se necesitaba primero conocerlos y luego conocer el país. De esto no se cuidó. Se hizo de sus súbditos una idea falsa y amanerada, y cuando vio que no alcanzaba lo que quería, tomó una actitud mixta de despecho y de chulería.

—Eso es un error más que otra cosa —observó el duque—. Es posible que él creyera de buena fe que, como monarca constitucional, debía llevar a la práctica esa consigna de que el rey reina y no gobierna.

—Eso es una farsa —dijo Roberto.

—En la práctica lo tiene que ser —aseguró el marqués—. Si no fuera así, entre los constitucionales no podría haber reyes buenos y malos.

—Yo, ciertamente —indicó el doctor—, no digo que el rey no quisiera que España tuviera fuerza e importancia, porque a todo el que está en un pedestal le conviene que este sea fuerte; pero en él eso era un deseo nada más. Por poco que hubiera investigado habría visto que los instrumentos de esta grandeza eran falsos, sobre todo el ejército. Había aquí más generales que en Francia o que en Alemania, las compañías tenían a veces más oficiales que soldados; todo era ficticio y

sacrificando el país al ejército; el ejército estaba descontento.

—Era difícil ver esto —murmuró el duque.

—No creo. Solo el buen deseo hubiera bastado. El rey cogió un país propicio para ser gobernado; las colonias se habían perdido, los carlistas estaban olvidados, los republicanos no tenían fuerza, la burguesía era monárquica y los estudiantes de entonces tiraban del coche real cuando el matrimonio de los reyes, como podían haberlo hecho en tiempo de Fernando VII. Únicamente el pequeño territorio de Marruecos español podía dar disgustos, y los dio, y ha contribuido a la caída de la Monarquía. El rey, en estas últimas épocas, se veía que estaba ya desalentado; se pasó media vida dominado por uno de sus favoritos, a quien odiaba, y luego por el dictador, a quien también odiaba como a un preceptor o a un amo.

—Indudablemente el dictador le dominaba —dijo la marquesa.

—¡Y cómo! El rey consiguió, al fin, echarle la zancadilla, sin comprender que al derribarle se caía también él.

—Al llegar a Cartagena dicen que el rey lloraba —afirmó el duque—. Al desembarcar en Marsella parece que don Alfonso exclamó: «Dejo España, que es lo que más he amado en mi vida».

—El infierno está poblado de buenas intenciones —repuso el doctor con cierta ironía.

—Y LA REINA, ¿qué le parece a usted? —preguntó la marquesa.

—La reina es una mujer de un carácter mucho más digno que su marido. Creo que era la única persona noble de la familia. La aristocracia, ustedes lo sabrán mejor que yo, le puso la proa; dijo que era tonta, y de ella salió el mote de «la Pava Real».

—La verdad es que al principio parecía tonta, vanidosa y superficial —afirmó la marquesa—; luego ya se vio que no.

—A la aristocracia, y perdonen ustedes, le gustaba más el chulo sacristanesco y ventajista que aquella muchacha medio inglesa, medio alemana, un poco cándida. La reina Victoria tiene indudablemente más tipo espiritual de alemana que de inglesa.

—Así lo creo yo también —dijo la marquesa.

—Es una mujer de espíritu romántico, con esa sensualidad alemana un poco difusa. Al principio, de buena fe, estaba enamorada de su marido, y luego dolida de su apartamiento. Hubiera podido ser una reina popular en otro ambiente. No tenía el orgullo exasperado ni la soberbia satánica para ser una madame Veto.

*Madame Veto avait promis
De faire égorger tout Paris.*

tararé Roberto con el aire de *la Carmañola*.

—La reina Victoria producía el entusiasmo de mucha gente; sobre todo en Francia y en Inglaterra se la admiraba por su belleza. La única persona a quien vi manifestarse contra ella fue a un revolucionario francés llamado Pioch. Había entrado nuestra reina en el Teatro de la Opera, de París, en un palco. Todo el mundo se puso en pie y comenzó a aplaudir con entusiasmo al verla tan guapa y tan rubia. Ella saludó amablemente. Entonces el revolucionario Pioch, hombre grueso, de bigote y melenas, se levantó en su butaca y gritó con voz estentórea: «¡Viva Landrú!», es decir, viva el matador de mujeres.

—Es una barbaridad, pero tiene gracia.

—La reina no sé si después, como dicen, ha acudido a bailes y a diversiones. En su situación, me parece muy lógico que haya querido aturdirse, olvidarse de una vida tan arrastrada, tan decorativa por fuera e íntimamente tan miserable.

—Podía haberse reportado un poco esa señora —dijo el marqués.

—Pues ¿por qué lo dice usted?

—Yo he visto a la reina y a sus damas, con unos cuantos palaciegos, en una verbena que tuvieron en una finca del Plantío y, ¡diablo!, aquello no me pareció muy decente. Bailaban al son del organillo de manubrio, a lo chulo, como podía haberse bailado en un baile de cocineras. Comían churros, bebían licores, fumaban ellas y ellos, se decían cosas brutales, las parejas se escondían en los rincones y, al último,

algunos y algunas se tiraban pedazos de churro mojados en chocolate al chaleco de los hombres y a los mantones de Manila de las mujeres. Aquello no me pareció nada bien.

—Esas son tonterías —dijo la marquesa.

—¿Por qué?

—Porque sí. A un sitio de esa clase de diversión se va o no se va. Si se va, hay que hacer lo que hacen los demás. Porque si la reina iba a ir a una fiesta de ese tipo a estar como reina de España y a bailar como la gigante en las fiestas de Zaragoza o de Pamplona, no se divertiría mucho. Al ir a esa verbena, iba como una mujer más, en aquel momento ni superior ni inferior a las otras. Tampoco iba a hacer una selección de sus damas y de sus palaciegos y a no permitir que fueran a una fiesta de esta clase más que señoras catequistas y señores de la Adoración Nocturna.

—Estoy con usted, marquesa. Tiene usted razón —dijo el médico.

—Yo no lo creo así.

—Pues así es. Además, que las fiestas han variado de nuestro tiempo acá. En nuestro tiempo, una muchacha que enseñaba la pantorrilla era una escandalosa, y estos últimos años las faldas se llevaban por encima de la rodilla, y no creo que las mujeres fuesen ni mejores ni peores que antes.

—Exacto —dijo el médico.

—Yo seré antiguo, pero para mí las formas tienen mucha importancia —repuso el marqués.

—¿Y sabría la reina Victoria que en su familia existía esa enfermedad de la hemofilia? —preguntó la marquesa.

—No creo. La que evidentemente debía de saberlo era la reina madre. No es posible que en las cancillerías y en los medios diplomáticos se ignorase una circunstancia de tanto bulto. Se asegura que la infanta Eulalia lo advirtió.

—Se dice, sin embargo, que Alfonso XIII tuvo una explicación violenta con su suegra por esta cuestión y que desde entonces riñeron y ya no se hablaban.

—¿Y usted cree en esos amores de la reina? —preguntó el duque.

—Yo he oído únicamente que hace unos años la reina tuvo una amistad platónica con un aristócrata. El rey se consideró ofendido y ordenó al aristócrata que desapareciera de España. No quería a su mujer, pero le ofendía aquella amistad.

—Sentimiento muy de español —dijo la marquesa con cierta ironía.

—De español y de todo el mundo —replicó el marqués.

—¿Y usted cree que la reina estaba encariñada con España?

—Yo creo que sí. Al marcharse lloraba, y varias veces dijo: «Me habré equivocado quizá, pero mis intenciones han sido hacer el bien». Creo que tenía razón.

—Y la reina madre, doña Cristina, ¿qué le parece a usted? —preguntó la marquesa.

—La reina madre era el tipo de las reinas que ha dado la familia de los Habsburgo —siguió diciendo el doctor—. Los Habsburgos, que proceden de Suiza, de Argovia,

tienen el gusto del orden burgués y de la economía de un relojero de Zúrich. La regente era como el cafetero o el criado suizo que va a otro país a ahorrar.

—Tiene usted razón. Era muy antipática —dijo Roberto.

—Esta reina archi-duquesa y archi-burguesa tenía al mismo tiempo un espíritu de administrador y de inquisidor. Le gustaba intrigar, curiosear y saber todo lo que pasaba en Palacio y en Madrid. Era maquiavélica, curiosa de cuanto fuera erotismo y aberración sexual, dominaba los instintos de cursilería de la aristocracia española, sobre todo de la más reciente, y por lo mismo más trepadora y más ansiosa. Esta Doña Virtudes, cuando se preparaba para un viaje, hacía ella misma sus maletas, mandaba zurcir los trajes de sus hijas a la mujer de un carabinero en San Sebastián, no desperdiciaba nada. Se aseguraba que no cobraba su asignación, y, sin embargo, dejaba al morir treinta y cuatro millones de pesetas. Este espíritu de ahorro es clásico en la familia de los Habsburgo. La regente era el tipo ideal de reina para la alta burguesía española de la Restauración trepadora y cursi.

—Cierto, cursilísima —dijo Roberto.

—Era la empresaria, la que estaba en la taquilla; lo mismo le daba que se representara teatro clásico que títeres con un oso, un perro y una mona. La cuestión era que hubiese buena entrada.

—¿Y cree usted que no influiría en el rey? —preguntó el marqués.

—Antes sí; últimamente creo que no.

—¿Y no se señala alguien que pudiera ser consejero del rey?

—Parece que no. Dicen que el rey en esta última época tenía una gran amistad con una duquesa pequeña de estatura, ya no joven, de aire un poco masculino. Los dos hacían una extraña pareja, porque ambos tenían tipo seco y duro. Dicen que discutían y hablaban de política. ¡Vaya usted a saber!

—Lo que se ha dicho muchas veces es que el rey y la reina se separaban.

—Sí; al parecer tenían razones personales y políticas. Al comenzar la guerra, la reina, inglesa, se sentía, naturalmente, partidaria de los aliados y deseaba su triunfo; en cambio, el rey, influido por su madre, era germanófilo, aunque públicamente no lo manifestaba. Esta discrepancia exageró la hostilidad latente entre la reina vieja y la reina nueva y también entre el matrimonio real. Se dijo que el rey y la reina estaban dispuestos al divorcio; que él iba a casarse con una española y ella con un duque. Parece que desde entonces las dos reinas ya no se hablaban y estaban en desacuerdo en todo. Se ha dicho también últimamente que esa duquesa pequeña y seca había acostumbrado al monarca a tomar morfina; pero quizá todas estas son habladurías. Lo que hemos visto de nuestro Borbón es bastante para juzgarle sin necesidad de ir a buscar informes en ningún gabinete secreto. Este Alfonso, además de torpe, tenía poca suerte. En Italia creían que con el número trece de su nombre daba la *jettatura*. Lo cierto es que todo se ha estropeado en su tiempo. Cuentan que cuando un ministro le comunicaba los datos de la elección última de abril, el rey, llevándose las manos a la cabeza decía: «Veinticinco años me habéis estado engañando»; pero si alguien

hubiera podido replicar, le habría contestado: «Para que no le engañen a uno basta con querer informarse, con querer ver con los ojos de la cara, con tener la voluntad del bien». Hasta las doce de la noche del domingo el rey estuvo recibiendo noticias adversas, y entonces dijo: «Esto está perdido, me voy». Su marcha ha sido también vulgar y de poca monta.

—Marcha de rey conejo —dijo Roberto.

—El Kaiser con todo su aparato, el zar de Bulgaria y el rey de Portugal hicieron lo mismo —replicó el duque.

—Cierto; todos contribuyeron al desprestigio actual de la Monarquía —contestó el doctor.

—¿Y cómo se explica usted la indiferencia de todo el elemento conservador de España ante el avance revolucionario? —preguntó el marqués.

—Ha sido un instante de inhibición, de cobardía, que se da en los individuos y en las sociedades.

—Cierto que el movimiento parecía arrollador.

—Sí; el material estaba preparado, el fuego lo comunicaron los telegrafistas desde Barcelona y ardió todo lo que tenía que arder. El elemento conservador se asustó; pero de tal manera, que quedó paralizado. Hubo unas horas aquí en Madrid que en realidad no mandaba nadie. El poder quedó en la calle para quien quisiera cogerlo. Trescientos hombres decididos partidarios de la Monarquía hubieran parado el primer golpe revolucionario, al menos en Madrid. Luego no se sabe lo que hubiese pasado... probablemente habría habido choques sangrientos... ¡quién sabe si no hubiera sido mejor!

—¿Y usted cree que no vendrá de nuevo la Monarquía?

—Creo que no; ¿para qué? Sería la ruina de España, produciría una terrible guerra civil y no arreglaría ya nada en sentido conservador y capitalista.

—El caso es que hemos asistido al derrumbamiento de una Monarquía secular —dijo el marqués.

—¡Qué quiere usted! Todo pasa.

—La cuestión es que ahora España vaya bien.

—Es lo que nos interesa a todos. Yo creo que tendrá sus dificultades, pero al fin se encarrilará y marchará, quizá sin gran brillantez, pero se vivirá.

—Yo también así lo creo —indicó la marquesa.

El doctor miró su reloj.

—Es un poco tarde y tengo que hacer todavía algunas visitas.

—Tiene usted el automóvil a la puerta.

El médico se levantó.

—Marquesa..., marqués..., querido Roberto... Buenas noches, duque... Adiós.

—Hasta siempre, doctor.

—Mi enhorabuena por el alivio de la enferma.

AL MARCHARSE EL DOCTOR, el ama de llaves apareció en la antecámara.

—La señora condesa dice que pueden ustedes pasar si quieren al cuarto.

Entraron todos en la alcoba.

—¿Qué ha dicho de mí el doctor? —preguntó la enferma a su hijo.

—Que no hay nada nuevo. Puedes estar tranquila. El análisis da el mismo resultado que la última vez. No aumenta la cantidad de azúcar.

—¿Es verdad? —preguntó la enferma a Margot.

—Completamente verdad. Ya se lo he dicho a usted.

—A ti te creo más que a nadie. Pero si no tenía yo nada, ¿por qué le habéis llamado al médico?

El marqués, para no hablar del sueño comatoso, inventó al momento una mentira.

—Me había parecido si tendrías algo de calentura.

—¡Qué voy a tener! Si tengo las manos frescas. Siempre estás pensando tonterías.

—Sí, sí; no digo que no. Son cosas que se le ponen a uno en la cabeza.

—¿Y qué? El médico ha estado hablando de los reyes, ¿verdad?

—Sí. ¿Le has oído?

—Claro que le he oído. Es un republicano, y yo me figuro que debe de ser masón. Cada cual que sea lo que quiera. Oye, Margot: tráeme los retratos del rey, de la reina y de los niños. Quiero verlos de cerca.

Margot cogió los retratos y los colocó en la cama. La anciana señora se puso los anteojos y estuvo contemplando las fotografías.

—Son guapos, digan lo que quieran —exclamó.

—No los han echado por feos —contestó el marqués con cierta sorna.

—¡Echarlos! No los han echado. Se han ido.

—Peor.

—Bueno, bueno. Déjame en paz. No me vengas con esas tonterías.

La anciana señora trataba siempre muy ásperamente a su hijo.

El duque se despidió de la enferma y con él salieron el marqués y la marquesa.

—Oye, Margot —dijo la enferma en voz baja—. Ahora que se han ido esos, llámale a Rosa. Dile que venga y que traiga sus cartas y sus libros.

La anciana, al indicar esto, guiñó un ojo con malicia. Salió Margot de la alcoba y volvió al poco rato en compañía del ama de llaves.

—Oye —le dijo la condesa a esta—, tienes que echar las cartas al rey y a la reina. A ver qué dicen.

—¿Ah, pero Rosa sabe echar las cartas? —preguntó Roberto—, y lo tenía oculto.

—¿Para qué lo iba a decir? —contestó la irlandesa—. Se hubieran ustedes reído.

—Yo no —dijo el joven—. A mí todo me parece serio y risible. ¿Y qué es lo que se hace? ¿Cada carta tiene un significado?

—Sí. Claro.

—¿Por ejemplo?

—En las cartas españolas las copas y los oros representan blancos y rubios; los bastos y espadas, los morenos; por su intención, los bastos y las copas son buenos, y los oros y las espadas, malos.

—¿Y en las francesas?

—En las francesas el *coew* es un color favorable, el *trêfle* no tanto, el *carreau* es malo y el *pique* es peor que el *carreau*.

—Entonces la tarea es muy fácil.

—No, porque el sentido de una carta modifica a la otra y se leen tres al mismo tiempo. Las cartas tienen distinto sentido si están al derecho o cabeza arriba y si están cabeza abajo.

—Además, Rosa tiene su procedimiento —dijo la condesa—; un procedimiento original, pues no se limita a seguir los usos de los libros.

—Un procedimiento irlandés —indicó Roberto en broma.

—No, en Irlanda se usa poco —replicó el ama de llaves con viveza—. Es más bien cosa de españoles, de franceses y de gitanos.

—Bueno, anda, no hagas caso —exclamó la anciana.

—¿Con qué las va usted a echar? ¿Con cartas españolas o con francesas? —preguntó Roberto.

—Con españolas, porque los interesados son españoles.

—Mirad si hay alguien en la antecámara, no nos vayan a sorprender —dijo la anciana con malicia.

Salió Margot y volvió poco después.

—No hay nadie.

—Ahora cierra la puerta.

Margot echó el pestillo. La irlandesa puso un tapete sobre la cama y encima el retrato del rey. Luego cogió las cartas.

—¿Qué carta representará al rey? El rey es más moreno que rubio, ¿verdad?

—Sí.

—Entonces el rey de bastos.

El ama de llaves sacó el rey de bastos y lo puso sobre el tapete.

—Ahora que corte el señorito Roberto con la mano derecha, porque el rey es casado.

—Ya está.

La irlandesa comenzó a barajar y hacer varios montones. Luego empezó a levantar las cartas. Roberto iba haciendo comentarios. La anciana miraba con atención, y Margot sonreía de aquello que le parecía una mojiganga.

—Para mí, estas tres primeras cartas son la dirección general de la vida —dijo el

ama de llaves.

—A ver qué son.

—El siete de bastos (laberinto), el as de espadas (desgracias) y el siete de copas (luto).

—¡Demonio! —exclamó Roberto.

—Ahora se hacen cinco grupos de a tres cartas. —Y la irlandesa los colocó en fila.

—¿Qué sale?

—Primero: un convite en Madrid con hombres importantes.

—Esto no es raro que un rey tenga convites.

—Segundo: lazos de amor con una mujer rubia. Tercero: hace puertas de casa con otra mujer.

—Es un don Juan. Adelante.

—Cuarto: Habla con disgusto y con lágrimas.

—¿Y por qué? ¿Lo dicen las cartas?

—Espere usted, señorito. Quinto: habla con disgusto y lágrimas porque tiene un hijo enfermo.

—Un hijo no. Varios —repuso Roberto.

—¡Qué cosa! —dijo la enferma convencida.

La irlandesa tomó de nuevo las cartas y le dijo a Roberto:

—Demos la segunda vuelta con trece cartas. Saque usted trece con la mano derecha.

Roberto lo hizo, y el ama de llaves formó trece montones de a tres y comenzó su interpretación.

—Primero: piensa en un casamiento afortunado para sus hijas; lo indican los oros. Segundo: tiene diferencias con la mujer; aquí está el ocho de bastos. Tercero: entra en una casa de una mujer morena y le habla de su vida. Cuarto: tiene en Madrid un disgusto grande con un hombre importante militar que le amenaza con la espada. Quinto: sigue el disgusto grande. Sexto: va a coger una gran cantidad de dinero. Séptimo: se lleva un chasco, el cinco de bastos al revés lo indica claramente. Octavo: sale del palacio hablando con un hombre importante. Noveno: no se entiende con él. Décimo: se le prepara un viaje grande que le cuesta mucho. Undécimo: sale con un hombre de mucha categoría. Duodécimo: le escribe una carta a su mujer; y último: se acerca a España y tiene que escapar.

—¿De verdad ve usted eso? —preguntó Roberto, que como muchacho enfermizo era impresionable.

—¡Claro que sí! —contestó la condesa.

—Vamos a dar otra tercera vuelta —dijo el ama de llaves, excitada ella misma con sus frases—. Corte usted con la mano derecha, señorito.

Roberto lo hizo, la irlandesa barajó los naipes y exclamó:

—¿Ven ustedes? Lo mismo que antes: laberinto, chascos, infidelidades,

desengaños, viajes con hombre de mucha categoría y destierro.

El ama de llaves iba entrando en su papel de pitonisa, animándose y exaltándose.

—Vamos a ver ahora lo que dice de la reina.

La irlandesa tomó el retrato de la reina y lo colocó sobre el tapete. Luego sacó la sota de oros.

—Margarita hará de reina.

—Corta con la mano derecha, Margarita.

Margot cortó. La irlandesa barajó rápidamente e hizo varios montones.

—Casi lo mismo —dijo excitada—; el cuatro de copas (riñas y enojo), el dos de bastos (pesadumbre y sorpresa), el ocho de copas (amores secretos).

—¡Qué cosas estamos descubriendo! —exclamó en broma Roberto.

—Vuelta de a cinco. Corta otra vez, Margarita.

Primero: esta mujer piensa en un matrimonio afortunado para sus hijas (oros); segundo: llora por una enfermedad de los hijos; tercero: recibe carta de una persona importante que le habla de esa enfermedad y del matrimonio de las hijas; cuarto: escribe a su madre consultando el asunto; quinto: la madre se opone.

—Más secretos de familia —dijo Roberto.

Margot hizo un gesto dando a entender que para ella todas estas cosas eran fantasías.

—Segunda vuelta de trece. Una: riñe con un hombre alto y moreno; dos: piensa en un hombre alto y rubio; tres: va a un convite; cuarto: asiste a un baile y baila con su elegido; quinto: lazos de amor; seis: le galantea un hombre importante de espada, ella no le escucha; siete: piensa en escapar de su casa; ocho: no se decide; nueve: va a casa de una mujer amiga y habla con ella; diez: quiere hacer un viaje; once: no le dejan; doce: disgustos; trece: discordia.

—Ahora el epílogo —dijo Roberto.

—La tercera vuelta de cinco: dificultades, viajes, lazos de amor, inquietudes, amores secretos y al último tranquilidad.

La irlandesa, al terminar sus horóscopos, parecía excitada e intranquila y le brillaban los ojos. Sin duda, como mujer nerviosa, aficionada al misterio, se sugestionaba y creía ver en las cartas lo pensado por ella de antemano.

—¡Pobres! —exclamó la vieja condesa.

—Ahora me debía usted echar las cartas a mí —dijo Roberto.

—A usted no. Hoy todo sale negro.

—No, no —dijo la condesa—. A ti no. De ninguna manera.

—Entonces vámonos a la cama.

La irlandesa y Margot comenzaron a hacer los preparativos para la noche en el cuarto, y Roberto, después de besar a su abuela, se marchó algo estremecido y preocupado a su alcoba.

LIBRO SEGUNDO

DON GARCÍA DEL CARRASCAL

—CREO QUE EN ANDALUCÍA habrá en estos momentos algo curioso que ver —dijo Fermín a sus amigos Michel y Anita.

—¿Usted está libre por algún tiempo? —preguntó Michel.

—Una semana o algo más.

—Pues vamos a Andalucía —indicó Michel—. Vamos en seguida.

Al día siguiente, el auto, con Michel, Anita y Fermín, marchaba camino de Sevilla, deslizándose por una magnífica carretera asfaltada.

—¿Y Joshé, el chofer de Errotacho? —preguntó Fermín.

—Se nos ha marchado a París.

—¿Sigue la familia del molino tan inquieta?

—Sí; lo llevan en la sangre.

Comieron en Talavera de la Reina. Al salir de aquí vieron Oropesa en un alto, con sus murallas, su castillo y sus torres amarillentas; luego, el puente de Almaraz sobre el Tajo, y poco después transmontaron el puerto de Miravete con sus grandes perspectivas. Fermín quiso descubrir en las alturas un antiguo castillo, pero no lo vieron. Después habló del paso de las tropas de los mariscales Marmont y Víctor en la guerra de la Independencia por aquellos parajes. Antes de llegar a Trujillo, las rocas redondas de los alrededores llamaron la atención de Michel.

—Esto parece una mancha granítica en medio de terrenos modernos —dijo.

—¿Sabe usted cómo llaman aquí a estas piedras?

—¿Cómo?

—Berruecos, y al conjunto, berrocales. Hay un cantar que dice:

*Si fueres a Trujillo,
por donde entres
hallarás una legua
de berrocales.*

A las primeras horas de la tarde se detuvieron en Trujillo. Fueron a parar a una fonda de la entrada de la ciudad. Dejaron el auto y se pasearon por la plaza. Vieron los palacios de los conquistadores y la tumba de Pizarro. Al anochecer estuvieron un par de horas en el cinematógrafo.

Michel suponía que la gente de Trujillo tendría un aire en consonancia con las calles, y los palacios de la ciudad, un aire trujillesco; pero la gente era como la de cualquier otro pueblo, sin rasgo característico alguno.

—Los descendientes de los conquistadores no se diferencian en nada de los demás.

—Usted hubiera querido encontrar el tipo de bizarro en cada esquina.

—No hubiera estado mal.

—No ha llegado hasta tal perfección el turismo en España.

—¿No sabe usted nada de este pueblo, Fermín?

—Sí, he leído algo; pero no tiene su historia nada de gran carácter. Aquí, hacia 1820, por lo que recuerdo, hicieron los trujillanos algo semejante a lo que han hecho los madrileños al comienzo de su movimiento revolucionario actual con la estatua de Felipe III de la plaza Mayor. Había en la torre Juliana una estatua colosal de piedra de un emperador romano. Las turbas trujillanas, al iniciarse el movimiento liberal, derribaron la estatua, la rompieron y arrastraron sus pedazos al grito de «¡Viva la libertad!» y de «¡Abajo las cadenas!».

—¿Y no sabían de quién era la estatua?

—Ni el pueblo ni aun los eruditos; porque unos dicen que era de César, y otros de Trajano. Hubiera sido lo mismo que hubiese sido del moro Muza.

—Sí; el pueblo reunido es difícil que haga algo que no sea una necedad.

Después de dar un paseo volvieron a la fonda.

En el escritorio, Michel y Fermín se sentaron y oyeron una conversación curiosa. Se la contaron después a Anita y la celebraron mucho entre los tres.

Una señora explicaba a otra cómo el presidente del Gobierno republicano provisional se había convertido a la masonería.

—Una mujer le ha visto en la iglesia uno de estos días oyendo misa con un libro en la mano —decía la señora—; se ha acercado a él y ha notado que lo que leía no era un devocionario, sino el libro de los masones. Entonces la mujer le ha dicho: «Señor presidente, a Dios no se le engaña».

—Eso está muy bien inventado —dijo Fermín después—; se comprende que a la gente le guste más una versión así, que es falsa, pero bonita, que la verdad vulgar y prosaica que va manando de los centros políticos madrileños y corre por las columnas de los periódicos. El presidente en sus discursos es un orador brillante y un tanto vacuo; en cambio, en esta versión popular toma un relieve satánico.

—Es cierto —añadió Michel—. Ahora yo le preguntaría a esa señora: «¿Y cómo conoció la mujer en la iglesia que el libro que leía el presidente era un libro masónico?».

—Eso no es necesario saber para creerlo. Usted es un racionalista empedernido.

Michel se echó a reír.

Cuando fueron a cenar a la clásica mesa redonda se encontraron con dos señoras, un cura y un viajante catalán. El cura era natural de Don Benito y canónigo de la catedral de Plasencia.

En la conversación hablaron todos de los acontecimientos del día, y el cura les preguntó si habían estado en Madrid durante el cambio de régimen.

Fermín, Michel y Anita contaron sus impresiones.

El viajante catalán tenía también mucha gana de hablar y explicó lo ocurrido en Barcelona.

El canónigo, a quien la dueña de la fonda llamaba don Tomás con tono de gran respeto, se mostraba hombre enérgico, autoritario y categórico. Dijo que no podía sancionar la cobardía de sus colegas, amilanados ante los revolucionarios y los socialistas. Aceptaba que estos tuvieran un mínimo de razón, pero él hubiera marchado a darles la batalla sin miedo, hasta dominarlos.

Don Tomás era buen tipo, hombre de unos cincuenta años, con cara de romano, cetrina, un poco sombría y atormentada, la boca de expresión amarga y el pelo gris. Tenía manos largas, huesudas; manos de esquizofrénico, como dijo después Fermín.

Hablaba muy bien, elocuentemente, con el acento duro y recortado del extremeño. Sentía gran entusiasmo por la unidad católica y por la unidad clásica de la cultura. Las veía con una luz de visionario.

Para él, la Roma pagana y la Roma cristiana constituían los fundamentos eternos de la vida social; lo demás era anarquía, desorden, la obra funesta del demonio.

El federalismo le repugnaba. Al catalanismo lo encontraba muy mal; pero el vasquismo le parecía aún peor. Debajo de la capa católica del vasquismo creía adivinar el fondo pagano, antilatino y antiespañol; la enemiga contra la ciudad, contra la urbe bien deslindada del campo; el culto por la selva, por la fuente y por el río, es decir, para él, el salvajismo puro.

Michel y Anita le escucharon un poco sobrecogidos. Fermín le daba casi siempre la razón con una amabilidad exagerada. Las señoras le oían como a un oráculo.

El canónigo afirmó que, si se hiciera un plebiscito imparcial, el catolicismo conseguiría en España una mayoría triunfante.

«Yo también así lo creo —dijo Fermín—. Para todos esta experiencia sería muy curiosa. Se podría hacer un mapa del sentimiento religioso de España, cosa que sería de gran significación.»

Al cura no le importaba seguramente la exactitud de este mapa, porque estaba dispuesto a no permitir el triunfo de los contrarios.

Fermín le preguntó por la política de su pueblo, que era esencialmente agrícola, y por incidencia el canónigo habló de un crimen cometido en él hacía ya treinta años, y lo contó con unos pormenores trágicos. Era la impresión que guardaba más viva de su mocedad.

El cura dibujó las siluetas de los personajes del crimen de Don Benito: el hidalgo García de Paredes, asesino siniestro, descendiente de don Diego García de Paredes, el célebre capitán de Trujillo, compañero de Gonzalo de Córdoba; su cómplice, Castejón, un parásito viejo, cínico, shakesperiano y valiente; un sereno cómplice, el sereno Cidoncha, y luego el pueblo, como el coro griego, enloquecido por el furor justiciero, vigilando a los reos y no permitiendo que salieran de Don Benito para ser juzgados en otra audiencia hasta verlos en el patíbulo.

Don Tomás contó la tragedia con detalles vistos.

Unos novios de dos familias enemigas se hablaban por la reja de noche cuando nadie les podía observar. Una noche los novios, ella desde la reja, él desde un carro,

ven al sereno de la calle, Cidoncha, pasar por delante de la casa de una costurera, Inés María, que vivía pobremente con su madre. El sereno llama en la reja de Inés María, sabe que estaba levantada y le pide agua como otras veces. La costurera coge un cantarillo, pero como no puede pasarlo por la reja, abre el postigo de la puerta. El sereno mete el pie e impide que se cierre, y al momento entran dos hombres, salidos de la oscuridad, en la casa. El sereno cierra de nuevo el postigo y la calle queda silenciosa. Los dos hombres, un hidalgo del pueblo, Carlos García de Paredes, y un amigo suyo, un tal Castejón, son los que han pasado al interior de la casa. Degüellan a la madre y sacan a la hija de debajo de la cama, donde está escondida, muerta de miedo. García de Paredes intenta forzar a Inés María y al último la mata y la fuerza.

Al día siguiente, la casa de la costurera está cerrada. No aparece nadie en la reja. A los tres días, la vecindad se alarma, se avisa al juez, viene este y encuentra a las dos mujeres muertas. Se registra la casa y se halla el estuche de un médico que visitaba a la costurera. Se detiene al médico, que niega, naturalmente, toda participación en el crimen. Al cabo de muchos días, los dos novios, desazonados; cuentan a sus respectivos padres lo visto por ellos la noche del crimen, y los padres van a ver al juez y le explican lo ocurrido. El juez manda detener al sereno y a Castejón. García de Paredes está en una dehesa de caballos propiedad suya. La Guardia Civil marcha a buscarle y en el camino encuentra a un criado suyo. El criado va a caballo al galope.

«¡Alto!», le dicen, y le apuntan con los fusiles. El criado se detiene. Iba a avisar a su amo. La Guardia Civil sigue su marcha, encuentra a García de Paredes y lo lleva al pueblo esposado.

Castejón y Cidoncha confiesan; García de Paredes, no. En su calabozo le ponen de noche el retrato de la víctima con una vela encendida.

El sigue negando por sistema, pero el hecho está ya comprobado.

La familia hidalga de los Paredes hace esfuerzos para salvarlo. Llama a un abogado de Madrid, criminalista de fama, y quiere conseguir que la causa se vea en Badajoz; pero el pueblo se opone y no cesa y vigila a los reos noche y día durante tres meses, hasta verlos ejecutados a los dos en Don Benito. Al ejecutarles, Castejón tenía el cuello muy ancho y no le cabía en el corbatín del garrote. El reo estuvo esperando a que lo arreglara el verdugo y él mismo indicó lo que había que hacer para que funcionara el aparato.

Después el cura recordó el romance en que se contaba el crimen, la hipocresía de García de Paredes, que tomó parte en la subscripción para el entierro de la costurera asesinada, y la terrible conversación entre el criminal y la víctima cuando al sacar a la muchacha de debajo de la cama la decía:

*Entrégate, Inés María,
que tu madre ya murió.*

Después Fermín y el cura hablaron del crimen del Huerto del Francés, en Peñafior, y del capitán Sánchez; pero reconocieron que no tenían las proporciones

trágicas del de Don Benito.

Cuando se marchó don Tomás, Fermín dijo a Michel:

—Ahí tiene usted a otro conquistador como Pizarro, tan despótico y tan visionario como él.

—Es un absolutista —exclamó el viajante catalán.

—Sí, sí; pero les ha intimidado a ustedes —observó Michel irónicamente.

—Mire..., cuando hablaba de política yo no me he atrevido... a contradecirle porque no sabía la opinión de ustedes y de esta señora... —dijo el viajante.

—Y usted, Fermín, tan discutidor, se ha quedado anonadado con la oratoria elocuente del canónigo —añadió Anita.

—Le diré a usted. Yo no le he hecho ninguna objeción. ¿Para qué? Nuestros respectivos puntos de vista eran tan distintos, que no valía la pena de argumentar. Él es un místico, un visionario, y yo soy un racionalista. Me ha pasado como al ajedrecista o al tresillista que encontrara otro jugador que no jugara con las mismas reglas que él. ¿Para qué va a jugar? El canónigo cree que España es la tradición católica, latina y monárquica; yo creo que ha podido ser esto, pero que puede ser otra cosa. Además, si le hubiese llevado la contraria no nos hubiera contado ese crimen trágico con tanto vigor como nos lo ha contado.

—¿Pero es que le gustan a usted esos relatos, Fermín? A mí me horrorizan —dijo Anita.

—Esa es también una forma de seducción. Hay gentes, que se creen austeras, que no quieren reconocer que el crimen atrae y sugestiona; ¿pero qué se va a hacer? Atrae y sugestiona porque todos sentimos inconscientemente que en algún momento somos o hemos sido capaces de pensarlo y hasta de ejecutarlo. La estafa, la violación, el robo, el asesinato... todo ello hubiéramos sido capaces de realizarlo si nuestra suerte y nuestro cerebro se hubieran trastornado un poco.

—No me convence usted.

—Quizá a usted no, pero a la mayoría nos emociona.

—No estoy muy conforme —contestó Anita—; quiere usted hacernos a todos peor de lo que somos.

—No del todo. También creo que en ocasiones favorables muchos hombres que hacen una vida vulgar podrían llegar a ser héroes y hasta santos, de manera que no quiere uno denigrar sistemáticamente al hombre, sino también ensalzarlo a veces.

AL DÍA SIGUIENTE Anita, Fermín y Michel salieron de Trujillo y fueron a comer a Mérida.

Vieron el anfiteatro, que les sorprendió por lo grande y lo majestuoso.

—Esta gente tenía el sentimiento auténtico de lo colosal —dijo Fermín.

—Sí. Es imponente. Ahora, un pueblo como este, si quisiera hacer algo, no podría construir más que una barraca de un cine o de un mercado —afirmó Michel.

Se encaminaron a Sevilla y pasaron por delante de Fuente de Cantos, la patria de Zurbarán.

—¿Este Zurbarán sería de ascendencia vasca? —preguntó Michel.

—Claro. El apellido es corriente en el país vascongado. Se llamaba Zurbarán y Salazar, dos apellidos vascos.

Al caer de la tarde estaban en Sevilla. El tipo de la gente de la ciudad defraudó un tanto al matrimonio francés. Esperaban un ambiente más castizo, un aire más especial, menos internacionalista.

Michel recordaba haber estado en su juventud en España, hacía treinta años, en ciudades clásicas, en capitales de provincia, con gente muy entonada.

—¡Qué quiere usted! —dijo Fermín—. Los pueblos españoles se han proletarizado casi por completo y han perdido su aire aristocrático. Aquellas capitales de provincia que usted recuerda, con el paseo, con sus coroneles de uniforme, sus catedráticos y sus médicos de levita y sombrero de copa, pasaron a la historia.

—Y, sin embargo, en Francia se conserva más el aspecto tradicional.

—Sí, es cierto. Francia se defiende mejor. Nosotros nos entregamos a la moda de una manera ridícula.

Fueron a parar a un hotel de la plaza de San Fernando, e inmediatamente marcharon a recorrer el pueblo.

La tarde estaba lluviosa y el cielo gris.

—Hemos tenido la poca suerte de venir con tiempo nublado, y así, Sevilla casi parece un barrio de Londres.

Después del paseo volvieron a cenar, y tras de una corta sobremesa se fueron a la cama. Al día siguiente por la mañana hacía un tiempo de sol hermoso. Fermín y Michel hablaron con el encargado del hotel. Según este, durante la revolución se habían hecho algunos destrozos en el pueblo.

Fermín y Michel no notaron apenas los destrozos. A la plaza de San Fernando le pusieron con pintura negra el título de plaza del Primero de Mayo. A varias otras les cambiaron de nombre, y el letrero de la lápida de una calle titulada de Alfonso lo rompieron de un martillazo.

De todo, lo más estropeado parecía un monumento levantado en la plaza del Triunfo delante del Alcázar. Faltaba en el pedestal la cabeza de una figura y las coronas de varios escudos.

El monumento no era ninguna obra de arte ni mucho menos, y no se había perdido gran cosa.

—Sevilla es indudablemente un pueblo bonito —dijo Michel—; pero me parece algo afectado, algo maquillado.

—Hay un poco de bambalina, es verdad.

—Y la gente, ¿tiene también algo de eso?

—Creo que sí. Todos estos pueblos que están convencidos de que son graciosos y de que hablan bien tienden al amaneramiento y a la afectación. No se vive impunemente en un pueblo celebrado por propios y extraños. Para mí, con que una ciudad de fama no defraude por completo ya es algo. En todas partes hay cosas bastante feas que tienen renombre por su belleza. Hay edificios y calles de París muy celebrados que a mí, al menos, no me gustan nada. Usted habrá oído seguramente cantar en España la belleza de la huerta de Valencia, de la montaña de Montserrat y de las palmeras de Elche...; yo las encuentro horribles...

—Pero, en fin, eso no tiene mucha importancia para nosotros, que no somos profesionales de la estética ni de la arqueología. Lo más interesante es el espíritu actual de estos pueblos.

—Es verdad. El espíritu andaluz tiene un matiz muy determinado en la literatura española. Hay pueblos, como los del Mediterráneo, que son los pueblos del *Fem de brut*. Se exaltan, se congestionan, gritan y se sienten grandes; otros, como el pueblo andaluz, son hiperbólicos, tienen la mentira fría. Inventan monumentos barrocos que se yerguen en el aire. Luego, cuando se va a confrontar estos artefactos con la realidad, se ve que no hay nada más que palabras.

—Sin embargo, aquí hay detalles buscados que están bien —dijo Michel—. Los azulejos, las flores, las rejas... Esto mismo de los organillos en las calles es simpático y alegre.

—Es verdad. Antes los había también en Madrid, pero algunos periodistas sesudos y graves dijeron hace años que las notas de los organillos impedían sus trascendentales lucubraciones.

—¡Qué pedantería!

—Yo pensaba que Sevilla habría olvidado estos días de pronto a sus saineteros y sus cantaores y que se estaba entregando al culto del beato Lenin. Hubiera sido, efectivamente, curiosa una evolución de esta clase.

—Parece que podemos tranquilizarnos. No hay peligro de un cambio así —dijo Michel.

—No, parece que no; pero ¿quién sabe?

Anita quiso ver el jardín del Alcázar, del cual le había hablado con elogio una amiga francesa. Fueron a verlo. La parte antigua con mirtos fue la que más les gustó.

A Fermín no le hacía gracia tanto azulejo.

Un lado del jardín del Alcázar se hallaba convertido en un parque inglés, y esto ya para los franceses no ofrecía gran curiosidad.

La parte de palacio real se encontraba cerrada desde el cambio de gobierno.

Al entrar y salir en el Alcázar, los empleados les saludaban ceremoniosamente.

—Ahora, en las oficinas y en los museos —dijo Fermín—, los empleados sospechan que cualquiera que pasa puede ser un señor con algún alto cargo recién nombrado, y porteros y conserjes saludan con más ceremonia que antes.

Volvieron al hotel. En las inmediaciones del Ayuntamiento, en la plaza de este nombre y en la de San Fernando, se veían grupos de obreros sin trabajo.

Fermín preguntó a uno de ellos:

—¿Qué esperan ustedes aquí?

—Esperamos que el Ayuntamiento nos dé trabajo.

—En dónde, ¿en el campo?

—En el campo o en la ciudad.

—¿No hay entre ustedes comunistas?

—No, señor; no los hay.

—Así que no quieren ustedes más que trabajo.

—Eso es; trabajo y pan, que no digan que somos unos vagos.

Por la tarde marcharon Michel y Anita a la catedral. Mientras tanto, Fermín entró en una librería de una calle próxima.

Se habían citado a la salida de la iglesia y se encontraron.

—¿Estaba bien la catedral? —preguntó Fermín.

—Muy bien. Magnífica. ¿Usted ha comprado algo en la librería?

—No; el librero que he visto me parece que, como todos los sevillanos, cree que no hay más que dos clases de bibliófilos: unos, que estudian la historia de Colón, y otros, la literatura de Cervantes. Yo le he indicado que ninguna de las dos cosas me interesan especialmente. Me ha ofrecido una edición antigua, muy cara, de *Rinconete y Cortadillo*, que a mí me parece una cosa falsa, inventada, que no tiene realidad ninguna, pero que produce el entusiasmo de estos amanerados y bizantinos eruditos españoles.

A la caída de la tarde quedaron contemplando el Patio de los Naranjos de la catedral. Estaba espléndido con su portada gótica de piedra amarilla y sus innumerables figuras a la luz de los últimos rayos del sol. Chillaban los alcotanes y se cruzaban en líneas vertiginosas por el aire del crepúsculo...

Salieron Michel y Fermín de noche. Fermín llevaba la misma gorra de paño, como un casco, que había llevado en el auto. Esta gorra tenía dos orejeras que se sujetaban debajo de la barba o se ataban con un botón en lo alto de la cabeza.

La gorra llamaba la atención de la gente, que se reía y señalaba a Fermín no solo al cruzarse con él en la calle, sino desde el interior de los cafés.

—Este Sevilla es un pueblo que tiene un espíritu provinciano incomprensible —

dijo Fermín—. Parece mentira que viniendo aquí tanto extranjero les choque un pequeño detalle de indumentaria, por ridículo que sea. En Ascaín o en Vera esta gorra no llamaría la atención.

—El Mediodía tiene la preocupación de lo ridículo —dijo Michel—; es como una enfermedad.

Al segundo día de estancia en Sevilla, Anita preparó su caballete y sus pinturas y quiso pintar desde el balcón de su cuarto una parte de la plaza de San Fernando con su estatua y sus palmeras.

Comenzó su cuadro de una manera un tanto infantil y amanerada.

—Pero ¿va usted a pintar palmeras? —le preguntó Fermín con un aire de sorpresa cómica.

—Sí.

—Yo creo que es perder el tiempo.

—¿Por qué?

—Porque eso no es un árbol. Es una ridiculez vegetal. Yo me figuro que una palmera no se debe poder pintar.

—¿Por qué no?

—Así me parece.

Anita, a los pocos días de vivir en el hotel, saludaba al pasar a algunos grupos de ingleses y luego más tarde hablaba con ellos. Le gustaba también hacer la vida en su cuarto y no andar constantemente en la calle, como Fermín y Michel.

Algunas mañanas Anita iba al Parque de María Luisa a ver los rosales en flor, las camelias y naranjos.

Fermín aseguraba que la vida de los pueblos del Sur le aburría, todo era andar por la calle; pero él no hacía otra cosa.

—Se ve que a estos andaluces, con pasearse, cortarse el pelo y cepillarse las botas ya les basta para vivir contentos —decía.

—Es la vida ligera —replicaba Michel.

—Sí; pero para nosotros esa vida ligera es la vida aburrida.

—Pues no lo parece —argüía Anita—, porque siempre están ustedes yendo y viniendo.

—Pero no tenemos así como un acuerdo íntimo, un entusiasmo profundo —decía Michel—. ¿Verdad, Fermín? Lo miramos todo con excesivo sentido crítico.

—No tiene nada de particular que a nosotros no nos entusiasmen estos pueblos —añadió Fermín—; no somos ciudadanos, no sentimos el culto de la ciudad, no tenemos tampoco esa sed de luz que tiene esta gente, y no nos gustan los toros. Desde este punto de vista estamos perdidos. Para un sevillano, una calle al sol, un día de toros es algo insuperable.

—Yo comprendo que está muy bien —dijo Michel.

—Pero usted prefiere un prado verde con árboles y unas chicas que bailan al son del tamboril.

—Ah, sí.

—La romería vasca. Cada uno es como es y una cosa no es mejor que otra. Todo está bien. Usted, como yo, es un aldeano, hijo de aldeanos que han vivido en contacto con el campo, y estos, en cambio, son hijos de ciudadanos, de menestrales, y tienen en el alma el espíritu de la ciudad.

Anita se encontraba a gusto en el hotel, como si siempre hubiese vivido allí. A veces le chocaban algunos detalles realistas de la gente del Sur.

El segundo o tercer día estaba pintando en su cuarto, cuando entró la criada, una vieja muy expresiva, vestida de claro, con los ojos negros y la cara muy tostada por el sol.

Anita, que era tímida, le dijo:

—Ya me marcharé para que arregle usted el cuarto.

—No hay necesidad —replicó la vieja— en un momento hago la cama y saco los orines.

Anita se puso un poco colorada, como si le achacaran algo vergonzoso.

En el hotel se gastaba mucha ceremonia. A veces preguntaba Fermín a algún camarero.

—¿Ha bajado don Miguel?

—No, señor. Estará en sus habitaciones.

—¿Qué afición a la hipérbole tienen estos andaluces! ¿Qué gana de aumentarlo todo! Estar en un cuartucho de fonda es estar en sus habitaciones.

En el hotel se comía abundantemente.

—¿Ha visto usted cómo come esta tropa? —preguntaba Fermín a Michel.

—Sí. ¡Y se dice que en España no se come!

—Es un disparate. Esta gente desayuna fuerte, come fuerte y cena más fuerte aún. En un clima cálido como este, tanta comida tiene que ser perjudicial.

Fermín exageraba su tendencia crítica.

—¡Mire usted ese matrimonio inglés! ¡Qué rigidez más grotesca! Cuando ella se pone derecha con los anteojos en la nariz, la boca con las comisuras para abajo, parece una maestra de escuela dispuesta a dar palmetazos. Él, en cambio, es una pobre momia. Parece una mosca seca.

—Y ese matrimonio francés, ¿qué le parece a usted? —le preguntó Anita.

—¡No me hable usted de ellos! ¡Están pared por medio de mi cuarto y les oigo hablar todas las noches! ¡Qué identificación más absoluta entre marido y mujer! ¡Y que vulgaridad! Es el dúo del cerdo y de la cacatúa. Cuando les oigo dando gallos en la conversación, les deseo la muerte.

—Es el sentimiento del solterón —replicó Anita riendo.

—Es muy probable.

En los primeros días de estancia en Sevilla recorrieron y visitaron todos los rincones del pueblo. Era difícil orientarse bien en la ciudad por la topografía intrincada de calles y plazas.

Fueron también al Museo. Anita y Michel tenían gran entusiasmo por Murillo. A Fermín le parecía un pintor algo soso, gran maestro indudablemente, con mucha ciencia del dibujo y del color, pero sin interés psicológico:

En el Museo sevillano, lo que más le gustaba a Fermín eran los cuadros de Zurbarán.

—Este es un visionario como todos los grandes españoles —decía—; ¡qué manera de ver la realidad más irreal! Es un realismo el suyo tan fantasmático, tan alucinado, que maravilla.

Había también en el Museo muchos lienzos de Valdés Leal; pero, con excepción de algunos, los demás a Michel y a Fermín no les gustaron nada.

Anita volvió otras dos o tres veces al Museo. Fermín y Michel siguieron paseando y curioseando por las calles y plazas.

—Estos pueblos así, como Sevilla, parecen al principio muy hospitalarios, como si dijéramos, permeables —decía Fermín—; pero no lo son.

—¿Ni para el español tampoco?

—Tampoco. Aquí el señorito es amable en la calle; pero cierra herméticamente la casa. Un poco a lo moro. En Sevilla se demuestra cómo un pueblo, a fuerza de querer divertirse y no pensar en cosas serias, llega a aburrirse perfectamente.

—Es peligroso querer vivir siempre en serio o siempre en broma. Hay que cambiar.

—La filosofía de esta gente es que para los cuatro días que va uno a vivir todo da igual, y que lo mejor es tomarse unas medias cañas de manzanilla y cantar unas malagueñas o unas peteneras; pero entre juerguecita y juerguecita de estas hay una cantidad de horas aburridas para llevar la ictericia al lucero del alba.

Fermín charlaba con el mozo del comedor del hotel, que les servía la mesa. El mozo contaba historias y anécdotas de la gente de la ciudad.

Un suceso con el delegado regio de la Exposición de Sevilla durante la dictadura le hizo gracia. El delegado era amigo del arzobispo, un navarro bastante austero y serio. El delegado se quejaba de que tenía mucho calor en el edificio del Gobierno civil durante el verano. El arzobispo le ofreció una casa de campo del obispado, a orillas del río. Unas semanas después el arzobispo quiso hablar con el delegado y le llamó por teléfono. Se puso el mayordomo del delegado al teléfono y dijo: «En este momento el señor delegado no puede comunicar porque está con su señora».

El arzobispo sabía que el delegado, soltero o viudo, no tenía mujer. Inmediatamente preguntó, se enteró y supo que el señor delegado había convertido la casa de campo del arzobispo en un harén.

EL MOZO DEL HOTEL que les servía la mesa era hombre muy listo, un tipo alto, cenceño, distinguido, moreno, ya un poco cano. Llevaba el frac con una gran elegancia.

Tenía facilidad de movimientos extraordinaria. Al mismo tiempo hablaba y servía la mesa, todo con soltura y gracia sorprendentes. Traía los platos y los llevaba, ponía un cubierto a tiempo, descorchaba una botella, contestaba a una pregunta sonriendo. Era un aristócrata y un prestidigitador; un verdadero artista.

—¿Qué pasó aquí el día siguiente del cambio de gobierno? —le preguntó Fermín —; unos dicen que mucho, que hubo varios muertos y heridos; otros dicen que no pasó nada.

—Hubo jaleo, no crea usted —dijo el mozo—. El 14 del mes pasado se celebró aquí una manifestación. Los obreros asaltaron el Gobierno civil y obligaron a la Junta Revolucionaria a que pusiera en libertad a un comunista y a tres anarquistas presos. Este día se vieron muchas banderas rojas en la calle y los manifestantes obligaban a los que pasaban a descubrirse ante su bandera. El día siguiente, el 15, vinieron masas de las barriadas pobres hacia el centro y algunos oradores improvisados hablaron a la multitud desde los balcones o desde lo alto de los coches. A eso de las diez de la mañana, mientras los obreros se reunían en un mitin, unos grupos de mujeres asaltaron la cárcel y pusieron en libertad a los presos. Este día, la clase pudiente de Sevilla estaba tan asustada que no se atrevía a salir a la calle ni a las ventanas de su casa. Mientras tanto, los obreros, subidos en camiones adornados con banderas rojas, cantaban *la Internacional* y daban vivas al comunismo o a la anarquía.

—¿Y estos señoritos tan pinchos?

—Esos estaban escondidos. Por la tarde del día 15 se celebró un mitin convocado por los sindicalistas. En ese mitin, según se ha dicho, un coronel de Seguridad quiso rebatir lo que decía un orador, y con esto se armó el gran escándalo.

—Era una imprudencia.

—Completa. El coronel dio la orden de avanzar a la guardia de a pie y de a caballo, un cordón de soldados rodeó al pueblo reunido aquí en la plaza de San Fernando, y, como sucede siempre en estos barullos, alguien disparó un tiro y se generalizó el fuego. Los guardias hicieron varias descargas, los obreros contestaron y se armó una gran tremolina.

—¿Aquí lo notarían ustedes?

—¡Figúrese! En el hotel hubo un pánico que ya, ya. La gente creía que iban a entrar a saquearlo.

—¿Y los señoritos?

—Los señoritos seguían escondidos. Los obreros, que quizá tenían algo preparado, se dividieron en grupos y abandonaron la plaza de San Fernando por distintas calles. Al paso de dos armerías las asaltaron y se apoderaron de escopetas y de pistolas. Más de tres horas se mantuvo la lucha a tiros en las calles de Sevilla. Algunos obreros armados, que sin duda estaban en el complot, dispararon desde los balcones y azoteas de las casas. Al día siguiente, en mi calle se veía la acera salpicada de sangre. Dicen que por parte de los obreros quedaron un muerto y más de veinte heridos, la mayoría graves. Se asegura que un obrero que huía cayó al río y quedó ahogado. De los guardias hubo bastantes heridos y dos o tres muertos. Aquella misma noche, rondas de Seguridad recorrieron las calles buscando, según dijeron, a los directores del movimiento, y al mismo tiempo los jefes del partido socialista fueron a presentarse al general que tenía el mando para ofrecerse a él. Eso es todo lo que ha ocurrido. No es gran cosa, pero la gente está asustada como si se anunciara el juicio final.

—¿Y cree usted que eso se repetirá?

—No me chocaría nada. El pueblo está muy alborotado.

—Pues no se nota.

—Es que la procesión va por dentro. Estos días han atracado a varias personas y han intentado robar en joyerías y en cafés. Se cree que son los que se escaparon, de la cárcel. Ayer o anteayer, a uno de esos atracadores, a quien sorprendieron en la calle, lo llevaron preso a la Audiencia a declarar. Era un tipo maleante. Los jueces comenzaron a interrogarlo acerca del atraco de una joyería, y el hombre, sin duda cansado de tantas preguntas, quiso interrogar él a los magistrados, y como no contestaban acordes a lo que preguntaba él, dio un salto, sacó una pistola y dijo: «Señores, esto se ha acabado». Los jueces echaron a correr, el atracador salió a la calle y se escapó seguido de dos alguaciles que no le pudieron pescar.

—¿Así que esto se pone malo?

—Muy malo. Algunos dicen que viene la liquidación social.

—¿Y usted tiene miedo?

—Pse... Miedo a quedar sin trabajo... Tiene uno mujer, hijos... Aquí el rico, el señorito, es muy orgulloso y muy déspota...; yo creo que si cediera algo, quizá se podría arreglar todo.

—Usted no es extremista.

—¡Yo! Ca, hombre. ¡Yo que voy a ser extremista! A mí lo mismo me da el absolutismo que el comunismo; yo me contento con vivir, y si hay civilización y humanidad, siempre se vive, que es lo más que se puede pedir, vivir.

—¿Aquí la burguesía sería partidaria de Primo de Rivera?

—Sí, mucho. ¡Como era andaluz!...

—¿Usted le vio al dictador?

—Sí.

—¿Y le habló?

—Sí, una vez. Yo estaba en tiempo del Directorio de camarero en la Venta de Eritaña, cuando aparecieron una noche en dos autos Primo de Rivera y Martínez Anido, el andaluz y el gallego, con dos ayudantes, unas mujeres y varios agentes de policía. Se los preparó la cena y comenzaron a cenar y a beber. El andaluz, muy charlatán, hablaba por los codos. El gallego, escamón, notó que había un cuarto cerrado próximo en donde no alborotaban, y se lo dijo a Primo. Este llamó con la mano a uno de la policía, que por el acento era castellano. Cuando se acercó le dijo con una voz ronca, de hombre que bebe:

»—¡Agente!

»—Mi general.

»—¿Quiénes están en ese cuarto de al lado?

»—No lo sabemos.

»—¡Que no lo saben! ¡Vamos, anda! ¿Y ustedes son de la policía?... Pues hay que enterarse inmediatamente.

»—Está bien.

»—¿Qué va usted a hacer?

»—Entraré en el cuarto..., les enseñaré la placa y les preguntaré...

»—Vamos, hombre..., que no dan ustedes una...

»Luego se dirigió a mí:

»—Usted, camarero, ¿quiere enterarse de quiénes son los que están ahí?

»—Sí, señor. Veré de enterarme.

»Le sustituí al mozo que servía en el cuarto de al lado, en donde había unos ganaderos con unas muchachas. Les ofrecí cigarros puros de varias marcas. Les hablé, y me dijeron quiénes eran y de dónde.

»Eran entusiastas del dictador, y al saber que estaba allí cerca quisieron saludarle. Se lo dije a Primo de Rivera, que convidó a tomar una copa de Jerez a los ganaderos. Luego me dio a mí un billete de cincuenta de propina y me dijo: “Usted es andaluz..., ya se nota...; estos castellanos son unas mulas”.

La conversación la interrumpió Michel, y los dos amigos salieron del hotel. Fermín le explicó lo que le había contado el mozo.

—Y usted ¿por qué cree que hay comunismo en Andalucía? —preguntó Michel a Fermín—; no hay indicios de ello.

—Me parece que tiene que haberlo —dijo Fermín— en Andalucía y en toda España. En otro país de Europa lo habría en un momento parecido. Aquí lo debe de haber porque no somos diferentes a los demás hombres.

—¿Así que usted tiene del comunismo una idea algo parecida a una epidemia de gripe?

—Sí, algo por el estilo.

—Pues parece que hay aquí quien afirma que no hay comunismo.

—Pues yo creo que sí. Por lo menos hay como el olor.

—Búsquelo usted entonces. A ver si lo encuentra.

—Ya veremos.

—¿Ha recogido usted algún indicio?

—Alguno que otro no muy significativo. Aquí mismo, en Sevilla, los bolcheviques rusos son conocidos de nombre por los obreros andaluces. Seguramente no han leído nada de ellos, pero representan, a su juicio, el comunismo. Esta mañana, delante del escaparate de una librería de la calle de las Sierpes, oía decir a un jornalero, dirigiéndose a otros: «Ese libro de Galán está muy bien, y ese otro de Lenin es magnífico».

—Quizá tenga usted razón y haya comunismo, pero hay que reconocer que está muy tapado.

A LA MAÑANA SIGUIENTE Fermín interpeló de nuevo al mozo del hotel mientras desayunaba.

—¿Usted cree que aquí en el pueblo hay mucho elemento revolucionario? —le dijo.

—Entre comunistas y anarquistas hay muchos.

—¿Pero dónde están? ¿Dónde se les ve?

—¿Y para qué los quiere usted ver?

—Hombre, sí; me gustaría verlos para preguntarles qué quieren, qué planes tienen.

—¡Bah! Eso lo sabrá usted tan bien como ellos.

—Sí, yo puedo conocer la teoría como cualquiera, la idea general; pero no las aplicaciones que ellos quieran hacer de sus ideas en los campos andaluces. Por eso me gustaría hablar con alguno.

—Aquí hay un médico que se llama Vallina. Yo no le conozco; pero ahora no sé si está en Sevilla o en Alcalá de Guadaira.

—¿Y este qué es?

—Anarquista. Hay también un sindicalista, Zimmermann, que debe de ser hijo de algún alemán; otro, Mendiola, y un comunista conocido, Adame. Puede usted enterarse mejor en una taberna y tienda de comestibles que llaman la casa de Cornelio. Allí dicen que se reúnen los sindicalistas.

—¿En dónde está esa taberna?

—En la calle de Bécquer.

—Ahora me tiene usted que decir dónde está la calle de Bécquer.

—La calle de Bécquer está en el barrio de la Macarena. Sale de la puerta de la Macarena y va hacia el convento de San Clemente.

—He pasado por la puerta de la Macarena. Es un arco con unos pináculos. ¿No es eso?

—Sí, señor.

—Pero no sé a punto fijo cómo se va hasta allá desde aquí.

—Vea usted en el plano de Sevilla que hay ahí, en el *hall*.

El mozo le acompañó a Fermín y le mostró el plano.

—Hacia esa esquina debe de estar la Macarena —señaló el mozo en el plano.

—Es verdad, aquí está. Cerca hay un paseo que se llama la Resolana.

—Eso es, al lado del hospital, y más adentro del pueblo la calle de Bécquer.

—Es verdad. ¿Y cómo se va hasta ahí desde el hotel?

—Toma usted por la calle de las Serpes adelante hasta la Alameda de Hércules,

sigue usted la Alameda a lo largo, luego va usted en la misma dirección, y antes de la Resolana tiene usted la calle de Bécquer.

—Entendido. ¿Y se sabrá dónde vive ese médico Vallina?

—Quizá esté en la Guía de la ciudad.

—Vamos a verlo. Vallina, Pedro, sociólogo, calle de Gerona y un número.

—La calle de Gerona no está muy lejos de la de Bécquer.

—Muy bien —se dijo Fermín—; ya tenemos plan para la mañana. Iremos primero a la taberna de Cornelio, veremos a ver qué se corneliea ahí. Luego iremos a la casa del médico.

Cuando bajó de su cuarto Michel y desayunó, los dos amigos salieron a la calle.

La mañana era alegre y gloriosa. El sol brillaba con un resplandor de júbilo en las calles blancas. En los balcones lucían diversidad de flores; en algunas casas grandes, tras de la cancela labrada, entre la verdura brillante, saltaban los surtidores. En las callejuelas humildes, ocupadas por gente bulliciosa y abigarrada, el aire estaba lleno de humo de aceite frito que se agarraba a la garganta. Resonaban los organillos con un ruido de campanillas.

Llegaron a la calle de Bécquer.

La casa Cornelio, una casa pequeña de ladrillo, tenía en el piso bajo una tienda de comestibles y un bar de dos puertas. A la fachada de la tienda la protegía un toldo; encima había un piso con dos balcones y más arriba una pequeña galería con tiestos. El espacio entre la galería y los balcones lo ocupaba un letrero anunciador de que la casa era sucursal de la Terraza de la Cruz, al parecer otro colmado.

Entraron Fermín y Michel en el bar. Se les acercó un joven de chaquetilla blanca, movedizo como una ardilla.

—¿Qué querían ustedes?

Le pidieron un vaso de vino blanco y le preguntó Fermín.

—¿Está el amo?

—No *zeñó*, no está —y se marchó rápidamente.

Michel y Fermín esperaron a ver si venía alguien con quien poder hablar. La gente se renovaba. En esto entró una muchacha con un mantoncito rojo y negro que produjo el entusiasmo de la concurrencia. Todos contemplaban a la muchacha encantados; ella se pavoneaba y se reía.

Al lado de Fermín había un viejo flaco con una cara de calavera, una chaquetilla amarillenta y un sombrero cordobés.

—¿Oiga usted, qué es esta muchacha? ¿Por qué la miran con esa atención? —le preguntó Fermín.

—¿*Ez* que *uztés* son *extranjero*?

—Sí; mi amigo es francés; yo soy del norte de España.

—¿No *ze* ha *fijao* en el mantón que *yevaba* la niña?

—No.

—*Puez* era rojo y negro.

—¿Y qué?

—Que *ezo zon* lo colore de la FAI.

—La FAI, ¿qué es eso?

—La federación anarquista; el comunismo libertario.

—Explíquese usted; ¿quiere usted tomar una copa?

—*Mucha grasia*. Tengo que ir al trabajo.

El hombre se marchó.

—¿Qué le parece a usted esto? —preguntó Fermín a Michel.

—Es extraño. Es un síntoma de que hay algo de lo que dice usted.

Fermín hizo algunas preguntas al dependiente de la chaquetilla blanca, pero este no contestaba acorde y no hacía más que ir y venir.

«Bueno, vámonos. A ver si encontramos a ese Vallina y nos dice algo.»

Volvieron a la Alameda de Hércules, y luego, preguntando aquí y allá, llegaron a la calle de Gerona. Dieron con el número. Una casa con su zaguán y detrás de la cancela un patio. Llamaron; una muchacha bastante zarrapastrosa y en chanclas daba con unos zorros al pasamanos de la escalera y al mismo tiempo cantaba desgañitándose:

*Delgadita de cintura,
zalerito, como junco marinero.*

—Oiga. ¿Vive aquí el doctor Vallina? —preguntó Fermín.

—¿Qué *dise uté*?

—¿Si vive aquí el doctor Vallina, un médico?

—Aquí no, zeñó.

Como junco marinero.

—¿Pero no ha vivido aquí ese médico?

—No sé *zi* ha vivió o no.

Como junco marinero.

—Déjele usted un poco al junco marinero y acérquese usted, prenda.

—*Ez uté* un guasón.

—¿No han oído ustedes hablar de ese médico?

—No, zeñó.

—Pues es un sindicalista o anarquista.

—¡Ah, ya!

—Eso le parecerá a usted muy mal.

—¿A mí, por qué? También entre *elloz* hay *buena perzonas*.

—Bueno; pues adiós, niña.

—*Adioz*.

Salieron del portal a la calle.

—Otro pequeño síntoma —dijo Fermín a Michel.

—Es verdad. Se ve que hay algo debajo de esta tranquilidad, pero lo que hay no se ve claramente.

—Tiene usted razón. No sabemos si este revolucionarismo es solo un escenario para tipos y frases de saineteros andaluces.

Volviéron a las calles céntricas. En las peceras de los círculos elegantes comenzaban los señoritos a mostrar las suelas de los zapatos al público.

MARCOS, el hermano de Margot, escribió por entonces una carta a Miguel Vidart. Le decía que iría al hotel donde estaba a saludarle su amo, don Antonio García Pérez. Fermín Acha pidió al mozo del hotel, su informador habitual, noticias acerca de García Pérez.

—Ese señor es muy conocido en Sevilla como hombre de fortuna —dijo el mozo—. ¿Es amigo de ustedes?

—No, no lo conocemos.

—Lo digo porque si van a entrar en algún negocio con él tengan cuidado, porque dicen que es un águila y coge siempre la parte del león.

—No, no tenemos negocios ni mi amigo ni yo. Él es rico y yo soy un empleado. ¿Y ese García Pérez qué es? ¿Usurero?

—Sí, señor. El padre de don Antonio García Pérez era ya usurero —dijo el mozo—; prestaba en pequeño a los comerciantes al cincuenta por ciento; el hijo ha prestado más en grande y se ha quedado con algunas fincas por el valor de la tasación con un contrato que creo que llaman de retroventa.

—Ese es el origen de casi todas las fortunas modernas —dijo Fermín—: la usura.

—Luego —siguió diciendo el mozo—, don Antonio se ha casado con la hija de un comerciante o contratista de Granada que dicen que ha hecho negocios sucios y ha aumentado mucho su caudal.

Dos días después de la carta, el señor García Pérez se presentó en compañía de una hermana suya en el hotel. Era un hombre de unos cuarenta años, calvo, de color atezado, bigote pequeño y nariz de loro. Su hermana, una mujer gruesa de más de cien kilos; de cara cuadrada, de dientes fuertes, con un colmillo saliente y agresivo; tenía una expresión habitual de mal humor.

Estuvieron de tertulia con Michel, Anita y Fermín en el salón del hotel.

El señor García Pérez, tipo de judío de monumento, era muy atildado en el vestir, exigente y despótico. Escuchaba con afectación y hablaba con más afectación aún. Decía: «Nuestra clase», «Estas señoras», con un retintín altisonante.

«¡Qué idea debe de tener de sí mismo este tipo!», pensó Fermín.

Cuando se refería a sus posesiones, a su cortijo, a su coto de caza y a sus caballos, García Pérez tomaba un tono feudal. Hablaba con frecuencia de la clase baja con desprecio. La hermana dijo al poco rato de comenzar la conversación:

—A mí no me *guzta ná* la gente de *Madrí*.

—¿Y por qué? —le preguntó Anita.

—Porque no *ez ná* amable.

—Pues tienen fama de amables.

Ni a Anita ni a Michel, a pesar de ser siempre muy atentos, se les ocurrió invitar a comer a aquellas dos personas.

Fermín mostró desde el primer momento gran antipatía por ellos.

—¿Pero ese señor García Pérez se creerá algo? —preguntó Fermín cuando se marcharon—. Porque habla de nuestra clase con una seguridad y un énfasis un poco ridículo. A mí me han dado ganas de preguntarle: ¿A qué se refiere usted con eso de nuestra clase?, ¿a la clase de hijos de usureros?

—Sí, este don García no es muy simpático —afirmó Michel.

—¡Hombre, don García! Eso está muy bien. Es magnífico.

—¿De qué se ríe usted? ¿No se llama así?

—Sí; pero se llama García de apellido. ¡Tiene gracia! ¡Don García!

—Yo creía que se llamaba García de nombre y Pérez de apellido —replicó Michel.

—Sí, antiguamente en España García se empleaba como nombre y como apellido. Estos modos antiguos pasan muchas veces al extranjero y desaparecen en el país; hay una comedia de Moliere, *Don García de Navarra...* A este señor le llamaremos don García. Como es tan petulante, cuando escriba a sus braceros debe comenzar sus cartas diciendo: «Nos, don García Pérez...». ¡Qué hermanos! —añadió Fermín—. ¡Qué señora! Ella no lee *ná*. ¿*Pa* qué? No *quíe* *hablá* con la gente *der* pueblo, *é* *mu* ordinaria. La gente de *Madrí* no le gusta, porque *é* *mu* *zuya*, y *zi* no *ze* tienen *amiztades* no *ze* puede *hablá* con nadie. Sin duda pensando en la gente pobre es aristócrata, pero pensando en la aristocracia se siente socialista.

—Estará acostumbrada a la gente de su propiedad —indicó Anita.

—Sin duda quiere que los demás les traten como los esclavos de su cortijo —dijo Fermín—. A mí, cuando estaba hablando me daban ganas de decirla: ¿Quién va a ser amable con usted, señora, si es usted un ballenato antipático?

—La amabilidad es una cosa circunstancial —repuso Michel—, y en cada pueblo tiene su carácter. A unos les parecen amables principalmente las formas y a otros no les basta esto.

—Para mí, la amabilidad —observó Fermín— no está en el empleo de fórmulas de cortesía, sino en algo más personal y más íntimo. Para algunos, don García, que prodiga sus frases, será un hombre amable; para mí no lo es.

Dos días después se presentó de nuevo el señor García Pérez en el hotel.

—Si quieren ustedes ir a mi cortijo a ver a su paisano Marcos y a hablar con él, yo les llevaré.

—No hay necesidad —dijo Michel—; hemos venido en automóvil.

Anita aceptó la invitación.

Cualquier ofrecimiento del señor García Pérez tenía un aire tan real, que daba ganas inmediatamente de rechazarlo. Don García se mostraba muy descontento con el nuevo gobierno. Ellos, los ricos, los latifundistas, no permitirían el cambio del régimen de la propiedad en Andalucía.

—Nos defenderemos con todas nuestras fuerzas, y si no vencemos somos capaces de marcharnos a vivir al extranjero.

El señor García Pérez siguió exponiendo sus ideas conservadoras y autoritarias de una manera categórica. Cuando se marchó, Fermín, que sentía hostilidad marcada por él, dijo:

—¿Qué van a hacer estas gentes en el extranjero? ¡Si no saben ni hablar castellano! Cuando oigan decir en Francia, refiriéndose a uno de ellos, *sale étranger*, o en Inglaterra *foreign*, se quedarán extrañados. Estos se consideran sin duda como ornamentos del país. ¡Figúrese usted, tener esa pretensión en España, en donde todos nos despreciamos cordialmente! Los ingleses, que son bastante brutos en su mayoría, pero con frecuencia guapos y bien plantados, cuando vean a este señor con su aire de vengejo y a su hermana con su colmillo de jabalí les preguntarán como hacían en Londres a unos americanos medio mulatos conocidos míos: «¿Y ustedes por qué no van a vivir a su comunidad?».

—Indudablemente, don García y su hermana tienen muchas ínfulas para lo que son —dijo Michel.

—No creo que en ninguna parte tomen un cambio de gobierno de una manera tan ridícula como estos señoritos de Andalucía. Ni los emigrados de Coblenza hablarían así en tiempo de la Revolución francesa. ¿Si resultará que don García es un Rohan, un Condé o un Montmorency? Indudablemente, hay que pensar que la República se ha implantado en contra de los García Pérez de Andalucía.

—¿Y usted va a venir al cortijo de ese señor? —preguntó Michel a Fermín.

—Sí. ¿Por qué?

—Porque parece que le mira usted como a un apestado.

—Sí; pero iré. No me separo de ustedes.

El camarero del hotel, cuando Fermín le habló del aire soberbio y despótico de García Pérez, dijo filosóficamente:

—Ya sabe usted el refrán: «Catalán con botas, gallego con mando y andaluz con dinero, para matarlos».

—No lo había oído nunca.

—Ponga usted al final una palabra más soez, y ese es el verdadero refrán.

VI
EL CARRASCAL

GARCÍA PÉREZ tenía un auto americano muy elegante y muy lujoso. Anita acompañó a la hermana de don García, y Fermín fue con Michel.

El cortijo se hallaba muy lejos de Sevilla, lindando con Córdoba o ya dentro de esta provincia. El pueblo y el coto, feudos los dos de García Pérez, se llamaban lo mismo: el Carrascal.

Avanzaron cerca de dos horas por la carretera.

—Esta comarca en realidad debe formar parte de Sierra Morena —dijo Michel, que tenía curiosidades de geógrafo y de geólogo.

—Pero aquí no se ve una sierra bien marcada —advirtió Fermín.

—Sí, es cierto; pero eso no le hace. Habrá usted notado que hemos venido subiendo. Sierra Morena no es una cadena de montañas con dos vertientes, es más bien un muro, un escalón. Su parte alta está al nivel de la meseta castellana, así que no tiene más que una falda, la que da a Andalucía, y esta no es muy abrupta, es más bien una serie de estribos o escalones.

—Lo ignoraba.

—Parece que todo el valle del Guadalquivir era en otro tiempo una entrada de mar que comunicaba el Atlántico con el Mediterráneo, y este gran canal tenía por el Norte el escalón de Sierra Morena y por el Sur los montes de Málaga y de Granada.

—¿Y en esa época existiría el estrecho de Gibraltar?

—Es probable que no estuviera abierto aún y todo el mediodía de España se encontrara unido a África.

A las dos horas de salir de Sevilla se acercaron al pueblo y al coto feudos de Don García. Cruzaron por entre cerros y tierras áridas con arroyos ya medio secos y por campos fértiles en donde se extendía la mancha verde de los trigos, de los habales y de los sembrados de cebada.

La vegetación era oscura, verdinegra; abundaban en los cerros las encinas, los alcornoques, los matorrales y los olivares, y en las partes bajas, el fresno, el chopo, al lado de los arroyos y los campos de sembradura.

En los ribazos, el romero, el tomillo, el brezo y otras plantas silvestres mostraban sus corolas blancas, amarillas y rojas, y las jaras y las retamas, en plena floración, llenaban el aire de un aroma intenso y penetrante. Por todas partes se veían letreros: «Acotado», «Vedado de caza», «Hay cepos y veneno».

El tiempo estaba espléndido, el cielo muy azul. En algunos sitios, destacándose sobre la vegetación verde intensa, se mostraban, las colinas con sus entrañas amarillas y sangrientas como calcinadas por el sol. Reinaba un silencio imponente. Llegaron al Carrascal. El pueblo se extendía monótono, alrededor de una iglesia con

una torre blanca; tenía bastante extensión y aire feudal; las casas casi todas eran de un piso, muy encaladas, con un poyo de piedra en los umbrales, también encalado, puertas grandes y ventanas pequeñas.

Por en medio de la calle principal cruzaba un arroyo remansado después en una balsa negruzca donde entraban a bañarse los cerdos flacos, de color azulado. Picoteaban por allí las gallinas. Desde la calle se veía por la puerta el interior de las casas, la mayoría muy pequeñas. Solo en la plaza próxima a la iglesia se encontraban algunas grandes. Retirada de ellas se levantaba la del señor García Pérez, con su aire palaciego, espaciosa, blanca, con las rejas y las persianas pintadas de verde.

Por la disposición del pueblo se veía que presidió en su contextura un pensamiento feudal, de amo único, sin iniciativas individuales.

El portal de la casa de don García, empedrado con losas, era amplio y hermoso y comunicaba por la cancela con el jardín, lleno de plantas verdes y con una fuente de mármol.

Ya dentro de la casa, las habitaciones, elegantes, se hallaban alhajadas de una manera presuntuosa, sin un mueble de gusto ni un cuadro mediano; únicamente se veían cromos en marcos dorados, muy anchos, armarios de luna y cosas de pacotilla.

La parte con pretensiones modernas era muy cursi. Lo viejo estaba bien. Había un despacho antiguo con sillones fraileros y un salón espacioso, como de aparato, con la chimenea grande con un escudo encima y un fogón bajo de piedra. Las paredes de esta sala, encaladas, tenían vasares con cacharros vidriados, poyos para las tinajas, junto al suelo, cornucopias pequeñas y dos cabezas de ciervo. El techo estaba cruzado por vigas azules. Aquella habitación, en invierno y con fuego en el hogar, debía de ser muy agradable.

Al llegar los forasteros apareció la mujer de don García. Era una mujercita más joven que el marido, con aire de colegiala, bonita y coqueta, con una coquetería disimulada. Tenía dos hijos: un chico, parecido al padre, y una niña con la cara de la madre.

La señora del dueño invitó a Anita a ir a su tocador a arreglarse, y después marcharon todos al jardín.

Mientras estaban sentados allí, se presentó Marcos el de Errotacho. Marcos era cuadrado, fuerte, con la cara muy correcta, los ojos azules, la piel dorada por el sol. Llevaba traje de mecánico.

—Estás grueso —le dijo Fermín.

—Sí, cuida uno de no comer demasiado; pero aun así y todo, engorda. No puede uno impedirlo.

—Sí, es difícil.

Anita le preguntó por su mujer y su hijo.

—Ya vendrán.

—No; iremos nosotros a veros. ¿A qué hora será buena? ¿A las cuatro?

—Sí; a las cuatro les esperaremos.

Se marchó Marcos.

A la hora de comer se sentaron a la mesa, además de García Pérez, de su hermana, de su mujer y de los forasteros, un señor grueso, amigo de la casa, y un joven ingeniero agrónomo que estaba haciendo trabajos en el coto y en la aldea. Anita se puso a hablar con la dueña, y Michel con el joven ingeniero. García Pérez no dejaba a sol ni a sombra a su mujer. Constantemente le hacía recomendaciones y reflexiones:

—María..., ese niño que se está atragantando. María, ¿qué le pasa a esa muchacha que no viene? María, este café no está caliente.

La hermana de García Pérez, que era como un gendarme femenino, subrayaba las observaciones con su voz dura, su acento gutural y hasta con su colmillo de jabalí.

El señor grueso amigo de la casa se puso a hablar a Fermín, quien le oía distraídamente, pues se fijaba en la mecánica sentimental de los comensales. Aquel señor era bajito, tripudo, con la cara redonda, de color tostado, el bigote blanco, ojos claros y expresivos y mirada irónica y burlona. Se manifestaba también contra la República; quería creer que España no podía tener tal clase de gobierno. Hablaba con más conocimiento que García Pérez; había estado en Inglaterra algunas temporadas; vendía máquinas agrícolas y viajaba de aquí para allá. El año era muy malo para los negocios, dijo; los Bancos no querían fiar, y sin crédito, la agricultura andaluza agonizaba. Respecto a la posibilidad del comunismo, era una utopía ridícula. Los obreros del campo no aceptaban medidas comunistas. En los cortijos buscaban el trabajar cada uno su trozo de tierra.

Una familia de pequeños arrendatarios necesitaba cultivar cincuenta fanegas para vivir. Algunos se esforzaban y podían trabajar ochenta, pero no todos.

—Aquí no es posible el comunismo —afirmó aquel señor—. El que tiene dos bueyes hace lo que puede para que los suyos trabajen menos que los demás, y todos rehúyen el ir a remover las partes malas o duras de la tierra.

Aquel hombre grueso, al dirigirse a Fermín, parecía decir: «Vosotros sois gentes inocentes, cándidas, que creéis en utopías. Nosotros, no; comprendemos lo que hay de verdad en las cosas. Aquí, donde me ven, no creo absolutamente nada de lo que dice el señor García Pérez; tengo tan pobre opinión de él como la pueden tener ustedes, pero me conviene su amistad porque le vendo máquinas y gano con eso».

El señor quiso demostrar, con la suficiencia del que ha estado en el extranjero, que el que en España hubiera anarquistas y sindicalistas era una muestra de atraso y de sentido cabileño y africano.

—Yo no veo eso —dijo Fermín con indiferencia—. El anarquismo filosófico tiene como padres a Kant, a Schopenhauer y a Nietzsche, que eran europeos del Norte, y el anarquismo popular tampoco tiene origen oriental o africano. Bakunin y Kropotkin eran rusos, y Reclus y Sorel, franceses. Más antecedentes orientales y judíos hay en el socialismo. Carlos Marx, Lassalle, Liebknecht, Rosa Luxemburgo y Trotsky, han sido o son judíos.

El aspecto ideológico y étnico no le interesaba al señor grueso del bigote blanco.

En la comida, Anita se hizo amiga de la señora de la casa, y Michel, del ingeniero. Fermín observó a los unos y a los otros con atención. La antipatía por el señor García Pérez se acusaba en él por momentos.

La sobremesa fue larga y pesada.

Fermín, hombre observador, al notar la indiferencia del joven ingeniero por la mujer de García Pérez y del ama de la casa por él, se dijo para sus adentros: «¡Hum! Aquí hay algo. Esto no es natural. No es lógico que en el campo y sin sociedad un hombre joven mire a una mujer de buen aspecto con tanta indiferencia, ni que ella se muestre tan desdeñosa».

Cuanto más les observó, se convenció más de que había algo entre ellos.

—BUENO; vamos a casa de Marcos —dijo Fermín.

—Les dejaremos hablar con ellos —indicó el señor García Pérez—. ¿Quieren ustedes pasear, al caer de la tarde, por el coto?

—Muy bien —dijo Anita.

—Pues a eso de las cinco y media, si quieren, saldremos de casa. Marcos vivía en el cortijo a la salida del pueblo.

Fueron Anita, Michel y Fermín a pie. Al pasar por la calle, Anita tuvo la curiosidad de ver una de aquellas casas de braceros.

—Pasen *ustés* —les dijo un viejo que se encontraba a la puerta—. ¿Son *ustés franseses*?

—Sí.

—Entren *ustés*.

Subieron una escalera y pasaron al portal y de aquí a la cocina. El suelo, de barro mezclado con cal, tenía muchos altibajos; la cocina era muy chica, con un fogón pequeño apagado, una tinaja grande para el agua, la mesa de pino blanca y las sillas de esparto.

Además de la cocina había dos cuartos y un corralillo con una cerca y un chozo de paja.

En el portal, una mujer joven arreglaba una cesta. En la cocina, una vieja denegrada por el sol mecía la cuna de un niño pequeño. Mientras lo acunaba cantaba una canción:

*Aquí tenéis
a Regaera,
tararí, tararí, tarará.
Mató a su suegra,
que era muy vieja.
Tararí, tararí, tarará.*

—No me parece que aquí la vida sea muy alegre —dijo Anita en francés.

—La alegría está, si se quiere, en el sol —repuso Michel—; pero en la vida no.

—Si es que es alegre el sol —replicó Fermín.

Anita repartió algunas monedas entre los chicos. Salieron a la calle y siguieron adelante hasta llegar a la entrada del cortijo.

—Esa pobre gente —exclamó Anita— vive mal. ¿Se han fijado ustedes en la canción que cantaba la vieja al niño?

—Sí; de uno que mató a su suegra porque era vieja. ¡Qué pedagogía para los niños!

A la puerta del cortijo estaba Marcos.

La casa de labor era grande, de dos cuerpos rectangulares unidos en ángulo recto. Ellos limitaban en parte una plazoleta con un enlosado en medio.

La plaza en aquel momento estaba llena de máquinas agrícolas. Sin cerrar del todo el espacio había otros dos edificios bajos, con cobertizos para carros, lagar, bodega, gallinero, corrales, establo y el tinado para las vacas, llamado allí el tinaón.

En la casa principal, grande y anchurosa, vivían Marcos y su familia.

La mujer les recibió amablemente. La estancia en Andalucía había hecho al matrimonio un poco entonado. Anita habló a la mujer en vascuence. Ella apenas lo recordaba.

El chico de Marcos, de siete u ocho años, muy bonito, hablaba como un andaluz. Marcos y su mujer no parecía que sintieran la menor nostalgia por su país.

—Allí llueve demasiado —dijo Marcos—. Aquí, en cambio, falta la lluvia muchas veces.

Michel y Anita le dieron noticias de su madre y de sus hermanos. Él las oyó con bastante indiferencia.

Anita preguntó a la mujer de Marcos si ella tampoco sentía deseos de volver a su pueblo; ella reconoció que, influida por su marido, por el ambiente y por la costumbre, ya no se acordaba para nada de su tierra.

—Somos muy poco nostálgicos los vascos —dijo Fermín—. Lo mismo nos da una tierra que otra.

Marcos les obsequió con café. La vida entre andaluces les había hecho a los dos aficionados a la ceremonia.

Fermín habló del amo con la mujer de Marcos. Esta no tenía gran simpatía por García Pérez. Lo consideraba muy déspota.

La mujer de don, García, según contó, era hija de un comerciante rico de Granada, sin duda de clase humilde, y para evitarle los posibles desprecios que en un colegio del mismo pueblo le podían hacer las compañeras de la burguesía y de la petulante aristocracia andaluza, su padre la llevó a educar a un colegio del Puerto de Santa María. García Pérez se había casado con ella por dinero. Después de casado la llevó al cortijo y allí la tenía encerrada, vigilada, sin dejarla hablar con nadie.

—¡Pobre mujer!

—Esto que cuentan ahora del divorcio le vuelve loco a don Antonio —dijo la mujer de Marcos con malicia.

—¿Y no sospecha de ese ingenierito? —preguntó Fermín.

—¿Usted también se ha fijado? Es cosa rara. Todos en el cortijo hablan de eso; pero él no se entera.

—Así hay que decir como en una comedia famosa del siglo XIX:

Todo Madrid lo sabía.

Todo Madrid menos él.

—No le diga usted nada a Marcos porque se pone furioso. Es muy partidario del patrón; todo lo que dice y lo que hace le parece perfecto. No acepta que nadie pueda estar en contra de él.

Marcos, influido por las ideas del amo sobre los obreros, creía que estos no eran más que unos holgazanes.

«Que trabajen», decía.

Su moral era la moral del capataz. Según él, el patrón debía disfrutar de todos los derechos porque daba de comer. El trabajador, en cambio, de ninguno. Los comunistas y anarquistas, según Marcos, pensaban: «Un poco que tengo y algo que me den en el reparto, y ya no necesito trabajar».

—¿No será eso un chiste? —preguntó Fermín—. Porque aquí con hacer una chirigota ya creen que han resuelto todo.

—Yo no lo he oído decir —repuso Marcos—. Aseguran que se da el caso de propietarios que han dejado a los obreros la cosecha de la aceituna y los obreros la han recogido y la han vendido y después han dicho al amo: «No nos ha resultado la ganancia; no hemos llegado a recoger ni el jornal de siempre. Así que abónenos usted la diferencia».

—Puede que sea verdad, pero es muy posible que sea una historia inventada.

—Dicen que no, que es verdad.

—Pero nadie sabe en qué cortijo ha sucedido eso.

—Cierto; ahora que a mí no me chocaría nada. Conozco a esta gente.

—Esta gente no parece tonta ni mucho menos.

—Claro que no es tonta. Ahora que se figuran que va a venir el reparto —aseguró Marcos— y entre ellos se habla de a quien le tocará tierra de huerta y a quien trozos de olivar. Están convencidos de que la República ha de traer el reparto de las propiedades, y esto, claro, es lo que más les interesa.

—El que haya gente ignorante y torpe no quiere decir nada.

—No solo ignorante y torpe. Lo malo es que es holgazana y vengativa. Está usted creyendo que ha obrado con justicia dentro de lo que uno puede hacer, y se encuentra usted con que se tienen enemigos capaces de pegarle a uno un tiro por la espalda si tuvieran valor para ello. En otros lados se le presentaría a usted un obrero cara a cara y le diría: «Yo creo que me ha perjudicado usted por esto o por lo otro», y habría una explicación; pero aquí no, se callan y luego si pueden lo revientan a uno.

—Ese es el hábito de la servidumbre.

—¿Y por qué lo tienen?

—Porque llevan cientos de años viviendo oprimidos y mal.

—Pues que protesten.

—Es lo que hacen.

—Pero lo hacen mal. Mezclan ese hábito que usted llama de la servidumbre con los enredos y las mentiras. Hoy en estos cortijos los braceros están convencidos de que el amo y los empleados los explotan y nos quedamos con lo que es suyo. Es

decir, que si yo mismo trabajo y cuido de mi huerta y cojo unas berzas o unas judías para mí, le estoy perjudicando a él. Así no puede ser. Luego la gente no quiere trabajar. Yo pretendí aumentar un poco la tarea y dar más jornal. Todo el mundo se quejó, principalmente las mujeres, que decían que sus maridos con más dinero se harían viciosos. Así ¿qué quiere usted hacer? Figúrese usted si viniera el comunismo y hubiera un plan de trabajo y una disciplina rígida y dura; estos serían los primeros enemigos del comunismo.

—¿Y por qué crees tú que esta gente no quiere trabajar?

—¡Qué sé yo! Porque se entretienen con nada, mirando al cielo. Además, se cansan por cualquier cosa o dicen que se cansan. Aquí no tiene usted a nadie como en nuestro país que por divertirse ande tres o cuatro leguas a pie, y vaya a las fiestas de un pueblo cercano a comer, a beber y a bailar, y luego vuelva andando otra vez sus tres o cuatro leguas. Aquí no tienen qué hacer y se tumban. Usted no sé si habrá oído esa canción:

*Cada vez que considero
que me tengo que morir
tiendo la capa en el suelo
y me jarto de dormir.*

—Es la influencia del sol y del clima; pero creo que hay exageración en esto.

—No, no. Mire usted; yo tengo la seguridad de que si mañana yo le llamo a cualquiera de estos braceros y le digo: «Mira; te voy a dejar mi puesto y tú vas a trabajar las doce o catorce horas que yo trabajo al día, y te instalas aquí en mi casa...», pues no acepta nadie.

—No sé.

Fermín habló de la posibilidad de que con el tiempo viniera un cambio en el régimen de la propiedad. La economía capitalista de Europa se iba desmoronando y podía venir algo como el comunismo o el socialismo de Estado sin que lo deseara la mayoría. En un caso así se necesitarían hacer muchos ensayos y pruebas. Esto no se podría arreglar inmediatamente.

Marcos el de Errotacho escuchaba con la misma desconfianza e ironía que el señor vendedor de máquinas que comió con ellos en casa de García Pérez. A Fermín se le ocurrió contarle lo hecho por sus hermanos en Vera y en Jaca, y Marcos dijo:

—Esos siempre han sido unos locos.

Fermín tuvo un momento de irritación.

—Tus hermanos han trabajado por una idea noble y generosa. No hay que creer tampoco que la única ocupación decente del hombre es defender los intereses de los ricos, ni que no hay más tierra en el mundo que en este cortijo y en Andalucía.

Marcos sonrió, pensando sin duda que le decían una simpleza.

—¿Pero usted no acaba de decir que duda que el Gobierno resuelva estas cosas?

—Yo puedo sospechar que no las resolverá, pero no pienso que sean imposibles

de resolver, ni mucho menos que sean tonterías.

—Sí, sí. Está bien.

—No, yo no pretendo imponer mi opinión. Es más, yo no tengo opinión alguna. Únicamente quiero enterarme, oigo lo que dicen los socialistas y pienso: Sí; hay en esto algo bueno, hay algo malo, algo que puede ser práctico y algo que no lo es. Tú niegas. Alguna idea tendrás también.

—Yo creo, sencillamente, que hay que meter en cintura a todo el mundo.

—¡Bah! Eso no me parece nada. Hace cuatrocientos años que en España estamos metiendo en cintura a todo el mundo, y esto no se arregla. Al revés, cada vez está peor.

—Bueno; ¿quieren ustedes echar un vistazo al cortijo?

—Vamos.

Bajaron al patio y vieron las distintas dependencias de la finca, en su mayoría muy bien cuidadas.

Salieron de los cobertizos donde trabajaban hombres y mujeres a contemplar con curiosidad a los forasteros. Había entre ellos caras tristes, angustiadas, y a veces cómicas, de campesinos, caras pálidas y otras muy morenas. Casi todos tenían un aire de inteligencia y de comprensión.

Apareció también una vieja gorda, cuadrada y pesada, con un delantal blanco y una flor en lo más alto de la cabeza.

—Es una cosa cómica —dijo Fermín—. Un elefante florido. Quizá se considere en calidad de tiesto.

—Encuentro aquí que el hombre tiene mejor tipo que la mujer —dijo Anita en francés.

—En el mediodía siempre —dijo Fermín—. La mujer, de soltera, está bien; pero cuando lleva unos cuantos años de casada se convierte en un ballenato, *ballenatus meridionalis*.

Había unos chicos en el patio correteando y jugando. Uno de ellos, dirigiéndose a Marcos, le dijo:

—Mire *uzté eze* niño, *zeñó* Marco.

—¿Qué le pasa?

—Sin *má* que *hase pinguito* y que me va a *trepá*.

—No les entiendo nada —dijo Michel a Marcos.

—Quiere decir que anda dando saltos y que le va a tirar —explicó Marcos.

DESPUÉS DE RECORRER las distintas instalaciones del cortijo entraron en un gran despacho, en donde se veían varios estantes con aparatos de análisis de tierras, frascos con muestras de semillas, un plano en grande de los terrenos del cortijo, un aparato de radio, un teléfono y un armario con libros.

Fermín, como bibliófilo, fue con curiosidad a ver lo que había allí.

En el armario encontró varias guías, un diccionario y unas novelas por entregas manoseadas y sucias. Entre ellas dos tomos gruesos empastados de *El Rey de Sierra Morena*, de Fernández y González. En las hojas de este libro Fermín halló unas relaciones de ciego. Una era la descripción burlesca del modo de vivir, usos y costumbres de los gañanes en los cortijos; la otra, una andaluzada titulada *Soy un mosito é verdá*.

Fermín comenzó a leerla:

*Soy un mosito tan crúo
y de tanta caliá
que donde pongo lo cliso
no lo pone otro chavá,
y si me tercio la nube
o me echo el estache atrá,
arrimo ma navajaso
o diño ma bofetá que
estreyas hay en er sielo
o areniya tiene er mar.*

—Este es un cachorro de Don Juan Tenorio o de Segismundo —dijo Fermín.

El otro papel era la Canción Andaluza de Diego Corrientes.

—¿Quién era ese Diego Corrientes? —preguntó Michel.

—Un bandido ajusticiado en Sevilla a final del siglo XVIII. Mire usted la canción:

*Aquí está Diego Corriente
con zu cabayo cuatralvo,
zu jembra en el penzamiento
y zu trabuco en la mano.*

*No le tengo miedo a naide,
venga er mundo contra mí;
muy zeguro en mi cabayo
a tooz espero ayí.*

*Mas que venga la justicia
y un batayón de zordaos,
con mi trabuco en la mano
Dioz loz haiga perdonao.*

—Si espera más, hace el elogio del anarquismo —dijo Fermín— y dice que es de la FAI y de la Confederación Nacional del Trabajo.

—No había mirado nunca esos libros —dijo Marcos, como si su falta de curiosidad de vasco fuera algún mérito grande.

—¿Y usted sabe algo del bandolerismo andaluz? —preguntó Michel.

—Sí, he leído bastante. Eso del bandolerismo lo daba en Andalucía la tierra despoblada, la falta de comunicaciones, el poder pasar de una región a otra y refugiarse en la Sierra, mal conocida y sin caminos. También influyó la guerra de la Independencia y la guerra civil. Muchos caballistas que comenzaron de guerrilleros acabaron en bandidos.

—¿Y quiénes fueron los héroes del bandidaje?

—Estos: Diego Corrientes y Don Miguelito Caparota, de a fines del siglo XVIII; luego, Juan Caballero, los «Siete Niños de Écija».

—¿Eran niños de verdad?

—No.

—¿Pero eran siempre siete?

—Sí, porque si moría alguno lo reemplazaban en seguida. Contaban con los aldeanos, a los que tenían atemorizados; y se dice que llegaron a reunirse para perseguirlos cuatro mil hombres y no les dieron caza.

—¿Y cómo acabaron?

—Muchos murieron a tiros; uno de los jefes, que era de los más crueles, el Padre García, fue agarrotado en Sevilla; el principal, Juan Palomo, se dice que murió en la guerra civil. Luego aparecieron el guapo Francisco Esteban, el Rubio de Espera y José María *el Tempranillo*, el más famoso de todos. José María *el Tempranillo* es el tipo del bandido generoso:

*El que a los ricos robaba
y a los pobres protegía.*

—Un anarquista de la época.

—Eso es. El guapo Francisco Esteban era de Lucena; había cometido algunas muertes, pero no vivía del robo, sino de vender tabaco de contrabando y del juego. Nadie se atrevía con él; le disparaban varios tiros y no le herían. Decía la gente del pueblo que para matarlo había que dispararle balas mojadas en agua bendita. Un día mató en una riña a un mozo que estaba de huésped en casa de un compadre suyo llamado Romero. Romero se incomodó, esperó en la calle donde vivía a Francisco Esteban, le pegó un tiro, y, como se le enredó el pie en el estribo, fue arrastrado, ya

muerto, por el caballo. Entonces, la mujer del guapo Francisco tomó un trabuco, buscó a Romero y lo mató también. El Rubio de Espera, de un pueblo de la provincia de Cádiz que se llama así, fue contrabandista y capitán de ladrones, y acabó de comerciante en Nueva York. Al más célebre de todos, a José María *el Tempranillo*, el Gobierno de Fernando VII lo indultó a condición de perseguir a los ladrones y de proteger el paso de las diligencias. Una de las veces en que iba en un coche, lo pararon los bandidos, y uno, llamado el Gitano, le pegó un tiro y lo dejó muerto. Estos primeros bandoleros tuvieron su cantor en el novelista Fernández y González.

—¿Y qué hizo ese José María?

—Tuvo muchas aventuras resonantes.

Fermín explicó algunos de los hechos de José María. Contó cómo desarmó con su partida a setenta voluntarios realistas que querían prenderlo y se llevó sus setenta escopetas con sus mulos de trofeo; cómo se encontró con un capitán, que le había preparado una emboscada, y por toda venganza le atravesó el chacó de un tiro y le dijo: «A los valientes les perdono la vida. Váyase usted. Ahí lleva usted en el chacó mi recuerdo».

Contó también la escena en un cortijo de Andújar en el que se celebraba una boda. Se presentó allí José María y se sentó a la mesa. Estaba en la fiesta el notario de Andújar. Este notario había prometido coger al bandido y le había dicho al aperador de su cortijo: «Si viene aquí José María a beber le das en el vino una buena dosis de arsénico». El notario, al ver al Tempranillo, se puso pálido como un muerto y se echó a temblar.

Entonces uno de los convidados se acercó a la recién casada y le dijo:

—Este que ha entrado es José María, que viene a hacer una muerte. Quiere vengarse del notario.

La recién casada se echó a temblar. Comenzó la comida. El notario estaba como muerto. La recién casada llenó un vaso de Montilla, lo tocó con los labios y lo pasó a José María.

—Gracias, mi reina, por la fineza —dijo él.

—Concédame usted una gracia, señor José María —exclamó ella.

—Lo que usted quiera.

—Olvide usted el mal querer que le trae aquí y no haga usted que en mi boda haya sangre.

José María se dominó y dijo:

—Lo que usted quiera ha de ser, hija de mi alma. Notario, no tiemble usted. Todo está olvidado. Vamos a tomar una copa juntos... sin arsénico. Y ahora siga la broma.

José María cogió la guitarra y cantó y tocó hasta la madrugada; luego se despidió de todos y media hora después entraban en el cortijo los miqueletes.

Después, ya el bandolerismo bajó de categoría. En tiempos de Isabel II dio que hacer el Chato de Benamejil con su cuadrilla. Durante la Restauración se habló de los bandidos de Andalucía: de Melgares y del Bizco del Borge, porque se decía que se

entendían con los políticos.

—En mi época se distinguieron el Vivillo y el Pemales, los dos de Estepa. El Pemales era hombre selvático, tipo de bandido generoso. El Vivillo era un cuco. Se aseguraba que conocía a gente pudiente y que había comido varias veces en el Romeral, la finca que tenía en Antequera Romero Robledo. Con el Vivillo se echaron al campo el Pajarito, el Soniche, el Canuto, el Niño Gloria y el Macareno. Casi todos murieron en el campo. El Pajarito estaba en la cárcel de Córdoba hace un cuarto de siglo condenado a noventa y un años de presidio.

»El Pemales y su lugarteniente, el Niño del Arahal, murieron luchando a tiros con la Guardia Civil, en un camino de Villaverde, pueblo del partido de Lora del Río.

»El Vivillo estuvo en América y volvió de allí hecho un caballero.

Marcos escuchó estas relaciones asombrado de que un hombre cabal se ocupara de tales cosas; en cambio, los demás oían con curiosidad.

En esto entró el ingeniero joven. Era hombre esbelto, moreno, de sonrisa amable y ojos brillantes y expresivos.

—¿Va usted a venir con nosotros a dar un paseo por la posesión? —le preguntó Fermín.

—No habrá sitio en el auto.

—Sí, porque yo llevaré mi coche —dijo Michel.

—Entonces iré.

—¿Va don Antonio? —preguntó Marcos.

—Sí.

—¿Irá a caballo?

—Sí, eso ha dicho.

—Entonces le voy a preguntar por teléfono si quiere que vaya yo con él. Desde el mismo despacho telefoneó.

—¿Ustedes quieren ir a caballo?

—Yo no —dijo Fermín—; no estoy acostumbrado.

Michel añadió que tenía que llevar a Fermín en el coche e iría él en el volante.

—Pues ahora voy a sacar los caballos, y si quieren pueden ir a la casa.

MARCHARON ANDANDO a la casa. Anita, la mujer del dueño del cortijo, la hermana y una señora de la vecindad montaron en el automóvil de don García; Fermín, el ingeniero y Michel, en el de este. García Pérez, Marcos y un guarda tuerto, en unos caballos briosos.

Los campos estaban verdes, el cielo muy azul, con grandes nubes blancas; en los ribazos brillaban flores silvestres, botones de oro y de grana. En algunas chozas informes de paja negra próximas al pueblo se veían cajas con tiestos de geranios.

De aquellas chozas salían hombres y mujeres, viejos y chicos, tostados por el sol, todos con cierto aire de siervos humillados por una humillación ancestral. Los dos automóviles iban despacio para no avanzar demasiado a los caballos.

El señor García Pérez dio sus explicaciones acerca de los cambios y mejoras realizados en su propiedad. Luego, al entrar en el coto, habló de la manera de preparar las cacerías. Marcos le escuchaba como a un semidiós.

«¡Qué hombre! ¡Qué talento!», debía de pensar el vasco. Aquella facundia y petulancia meridional asombraban, sin duda, a Errotacho. Estaba convertido en un perro de presa. Probablemente, el amo le hubiere mandado matar y hubiera matado.

—Ha hecho del vasco un sargento de gendarmes —dijo Michel.

—Peor que eso, un capataz de negros —contestó Fermín.

Michel, que conocía las especies botánicas, vio en una hondonada de mucho sol y poco viento una plantación de tabaco bastante extensa.

Se lo dijo a Marcos, y este le indicó:

—No diga usted nada.

Sin duda, el señor García Pérez defraudaba con ello al Estado.

Recorrieron gran parte del coto y se detuvieron en un altozano.

Desde este cerro se dominaba casi todavía extensión de la gran propiedad.

El señor García Pérez dijo, mostrando una parte de vega no cultivada, que aquella zona le aconsejaban cediera a un Sindicato de labradores de una aldea próxima; pero él no se hallaba dispuesto a ceder nada; en tal caso, se la tendrían que pagar al precio que él fijara.

—Nada de dar —dijo su hermana—; a nosotros no nos han dado nada. Hay que recordar aquel cantar:

*Si quieres que te aplaudan
y te desprecien en tu vida
repartas lo que tuvieres.*

Fermín observaba con atención la actitud del ingeniero y de la mujer del amo.

«Cuanta más indiferencia fingen, más se les nota. Y ese hombre celoso y

desconfiado no cae. Tiene gracia.»

La hermana de García Pérez les quiso dar algunas explicaciones sobre la forma del cultivo. Las palabras en boca de aquella mujer no las entendían bien. Hablaba muy rápidamente del repartido de los pegujaleros y de los manijeros, que ella pronunciaba *peguhalero* y *manihero*.

—Parece que se llama pegujaleros —dijo Fermín a Michel— a los que toman tierras en arriendo, parcelas relativamente poco extensas. Pegujal vendrá probablemente de *peculiaris*, del bajo latín *peculiarum*, *peculium*.

—¿Y el gañán qué es? —preguntó Michel.

—No sé con exactitud cuál es la función en estos cortijos de los gañanes —contestó Fermín—. En Madrid, en general, la palabra gañán no se emplea más que de una manera despectiva, como insulto. La palabra no debe de ser latina; debe de indicar algo como mozo de mulas o de ganado.

—Yo no entiendo bien lo que dice esta gente —afirmó Michel.

—Es natural; la pronunciación es distinta y hablan con mucha rapidez. El andaluz es un verdadero dialecto del castellano. Una usted a la pronunciación distinta y a la rapidez, el que esta gente tiene cierta imaginación verbal, una gran facundia para inventar palabras, y se comprende que un extranjero, por bien que sepa el castellano, no los entienda de pronto. En estos días que estamos en Andalucía yo he oído una serie de palabras que evidentemente son castellanas, pero que no estoy acostumbrado a oírlas: el *pago*, la *haza*, la *besana*, el *pegujal*, el *pegujalero*, el *manijero*, el *cojumbral*, el *albero*, el *cachucho*, la *senara*... Añada usted a estas palabras otras que aquí cambian de género: el cuerno, que dicen *la cuerna*; la oveja, *el ovejo*; el risco, *la risca*..., y ya basta para la confusión.

—Toda esa riqueza de léxico podrá servir para los escritores.

—¿Para qué? ¿Para escribir en un lenguaje que no lo entienda nadie? No vale la pena. ¿Usted cree que hay lectores que cuando encuentran una palabra que no comprenden van a ver su significado al diccionario? Quizá los haya. Yo no he conocido a ninguno.

AL ANOCHECER volvieron a casa, y en la cena el señor García Pérez estuvo más impertinente que en la comida. Riñó a cada paso con su mujer, con las criadas y con su hermana. Fermín se levantó de la mesa, violentándose para no decirle algo desagradable. A Fermín y a Michel les llevaron a dormir a unas alcobas estrechas que daban a aquel salón grande con una chimenea baja.

—¡Ha visto usted qué hombre más insoportable! —exclamó Fermín.

—Sí; pero no hay que tomarlo en serio. Déjelo usted; ¡qué importa!

Fermín no tenía sueño y sí ganas de hablar; en cambio, Michel estaba deseando irse a la cama.

—La verdad es que en España no hay espíritu revolucionario —dijo Fermín paseando por la ancha habitación—. Ha caído la Monarquía, el fruto estaba ya podrido; pero nadie quiere cambiar profunda y radicalmente las cosas. Los republicanos tienen una serie de doctrinas viejas, tópicos usados, un poco rancios, y antes los matan que desprenderse de ellos. Estamos viviendo en una época de lugares comunes. Tantas lucubraciones pesadas vulgares, parlamentarismo, democracia, falsas además de manoseadas, nos las quieren servir como fruta fresca. Las masas comen con avidez las sobras de ese restaurante. ¿Quién va a alimentarse bien con esa bazofia? ¿Quién podrá hacer algo un poco original en un momento así?

—¿En dónde se hace algo original? —preguntó Michel.

—Los socialistas quizá sepan las cuestiones de las ciudades, de los oficios y del comercio; pero los problemas del campo no los conocen. Yo creo que se debían establecer Juntas municipales y comarcanas que fueran formando el plan de lo que necesitan para lo futuro. Cierto que don García y nuestro paisano Errotacho no aceptan la menor modificación en la propiedad individual y territorial. El joven de Madrid pretendiente de Margot dice que hay que fundar un soviet de campesinos y de soldados. A mí esto me parece una ridiculez. Nuestros soldados no quieren más que marcharse a sus casas. Yo siempre recuerdo el letrero que vi en la Ciudadela de Jaca: *El ijo de la señá Ustaquia cumplió y lleno de contento*. Yo creo que la cuestión sería llevar un poco de libre examen a las cuestiones políticas y sociales.

—No creo que esto sea fácil en el primer hervor de la democracia —dijo Michel, bostezando de sueño.

—Sí; en general, la democracia tiende al absolutismo y a satisfacer los instintos igualitarios primarios rencorosos de la masa, que muchas veces no son más que lugares comunes sin vida. El lugar común de la República es peor que el de la Monarquía porque parece más nuevo y es igualmente viejo y muerto.

—Pero si ellos creen que son vivos, ¿quién les va a quitar esa ilusión?

—Es evidente. En un momento revolucionario hay que dar una parte de carnaza, de palabrería, aunque no sea más que para contentar al pópulo; pero no hacer que todo sea carnaza. Para mí, hay actualmente el temor de que el nuevo Gobierno y las Cortes traten con demasiada extensión las cuestiones teóricas respecto a la organización del Estado y soslayen, en cambio, asuntos de vida o muerte para el país, como el nuevo régimen de la propiedad y del trabajo.

—Es que eso es muy difícil y es lo que ha de producir más descontentos.

—Sí; pero es necesario. Hoy la existencia de los labradores en los campos y en las aldeas de España es precaria. En algunas partes se une la pobreza de la tierra con la organización deficiente; en otras, aun siendo el campo rico, los campesinos son miserables. El dinero y, lo que es más importante quizá, la inteligencia, dado el régimen capitalista, se acumulan de una manera automática en las ciudades y dejan los campos y las aldeas exhaustos de medios materiales, intelectuales y morales. Los que producen, los que crean, viven tristemente; y los que consumen, los que gastan, se pasan la vida alegremente.

»Hay labradores que durante el verano trabajan catorce y dieciséis horas diarias, mientras los burócratas trabajamos, o decimos que trabajamos, tres o cuatro. Además, el rico se marcha de su tierra y deja en ella al administrador, que suele ser un pirata.

—¿Y quién va a obligar al propietario a quedarse en sus tierras?

—Pues habría que ponerle en la alternativa, o quedarse en sus tierras para cuidar de su propiedad o dejarla. Este es uno de los motivos por los cuales los productores no tienen comodidades ni entretenimientos, ni la menor higiene; viven en los pueblos una vida oscura, vegetativa, dominados casi siempre por la tiranía caciquil y la clerical. El pequeño burócrata, el empleado de la ciudad, es un privilegiado, en comparación de la gente de las aldeas. De esta manera ninguna persona inteligente quiere vivir en el campo ni en el pueblo pequeño.

—Eso pasa en todas partes. En Francia ocurre lo mismo.

—Pues tiene que cambiar. La ciudad sorbe la substancia de la campiña, se lleva todo de ella y no le deja nada. La ciudad es un monstruo que se traga el campo. Si con el tiempo se quiere llevar a la práctica esa preocupación igualitaria de socialistas y comunistas, que a mí en principio me parece una ridiculez, lo primero es hacer desaparecer la ciudad con sus teatros, sus iglesias, sus lujosos almacenes. Todo esto, como diría un economista con su lenguaje pedantesco, está producido por la plusvalía. El campo paga atenciones de la ciudad; el aldeano de las Batuecas contribuye a que en Madrid haya una Academia, un Conservatorio, un Museo, cosas que a él no le interesan y que no le pueden beneficiar en nada.

—Pero lo mismo pasa en las aldeas de Francia, Inglaterra o Alemania.

—Cierto; pero allí comienza a haber algunas compensaciones. En la aldea hay una buena carretera, una buena escuela, un salón de baile, un cine, una biblioteca circulante. Aquí al aldeano se le quiere considerar como al ganado. Los curas contribuyen a ello. España, para que tenga una vida normal, debe dar tono a los

campos, aunque pierdan algo las ciudades. Hay que hacer que la vida aldeana sea una vida civilizada y humana. Si esto no lo sabe hacer un Estado moderno, se puede considerar que es un fracaso. Mientras el campo no ofrezca más que una vida áspera, dura y desagradable, la gente huirá de él y se reconcentrará en las ciudades, y las ciudades se desquiciarán en seguida, porque no tienen medios para aceptar y aprovechar esta gran afluencia de aldeanos. La tranquilidad del campo no puede venir más que de una vida relativamente cómoda. Para esto hay que cambiar como sea el régimen de propiedad y de la tierra.

—Me parece muy peligroso.

—Sí, claro es. Todas las revoluciones coinciden en hacer cambios radicales en el régimen de la propiedad; revolución sin cambio de régimen de propiedad no es revolución. Si se quiere dar como inmutable el régimen actual de propiedad y sancionarlo para mucho tiempo, no se resuelve nada. Los trabajadores de los campos y de las minas debían tener representantes que hablaran por ellos en los Congresos con conocimiento de causa e hicieran aunque fuese un programa mínimo. Sería conveniente que los campos y las aldeas presentaran sus planes de expropiación de tierras, minas, saltos de agua y la organización de sus proyectos; por lo menos, que consiguieran el reconocimiento de la razón que tienen.

—Esto creo yo que es la misión de los socialistas. Yo supongo que la habrán cumplido.

—No sé; creo que no. No estoy muy enterado de la política. Ahora me ocupo en ella porque todo el mundo lo hace y el ambiente es casi exclusivamente político.

—Sí, eso parece.

—El perro de la política está tan hinchado de viento oratorio que el mejor día va a dar un estallido.

—¿Cree usted?

—La verdad es que en ninguna parte la política absorbe toda la vida como actualmente en España; la poca atención que sobra se dedica al *sport* y a los pelicularos. Lo demás, la ciencia, la literatura, el arte van a quedar tan esmirriados y tan pobres en nuestro país, que no se les va a notar.

—Pero se dice que va a ser todo lo contrario. La República va a aumentar el número de escuelas y enseñará a todos a leer y a escribir.

—Sí; aprenderán a leer para no leer y a escribir para no escribir.

—¿No ha seguido usted la campaña socialista en España?

—No; la verdad. Nuestros socialistas han sido muy prudentes y un tanto cursis en sus gustos literarios y artísticos. Siempre han tenido una actitud poco gallarda, y eso a la gente no le entusiasma. No hay en ellos romanticismo alguno. Todo lo han pensado con relación a su clase. Son ciudadanos, no les interesan los campesinos. Son hombres, no hacen nada por las mujeres. Son del montón, no quieren nada con los que se distinguen. Es una manera de ser egoísta y un poco antipática. Antes, en cambio, las minorías de anarquistas, rebeldes y valientes hasta la temeridad,

producían en unos, en la mayoría, un odio furibundo, y en otros, un entusiasmo terrible.

—Todo se arreglará, amigo Fermín; pero para eso, como para todo, se necesita tiempo. El progreso vendrá poco a poco.

—¿Cree usted? Yo lo dudo.

—Todo vendrá.

—Quizá. Yo dudo hasta de que haya progreso, al menos moral y espiritual. Que las leyes y la autoridad han dominado al hombre es evidente; ¿pero lo han hecho mejor de instintos y de inclinaciones? Esto ya es más dudoso.

Fermín hubiera preferido seguir hablando; pero Michel tenía mucho sueño, bostezaba y quería ir a la cama.

En esto entró Anita.

—¡Qué gente esta!

—¿Qué ha pasado?

—Han tenido una riña marido y mujer, odiosa.

—¿Y por qué?

—Por el chico, que es insoportable. El padre le echa toda la culpa a la mujer; según él, no sabe educarle, no sabe ser madre, no sabe ser mujer de su casa. Le ha dicho una porción de estupideces con un tono agrio y despótico.

—¿Y solo por eso?

—No. Parece que hace días el marido encontró en el pupitre de su mujer un papel secante emborronado y con un espejo leyó entre las líneas algunas palabras que le han escamado: «mi querido amigo... estoy harta..., no puedo vivir así...». Ella dice que le escribió a una amiga y que rompió luego la carta.

—¿Y el hombre está con la mosca en la oreja?...

—Sí, y de cuando en cuando le da un arrechucho de desconfianza y de celos.

—¿Y ella?

—Ella se revuelve. Luego ha venido a verme llorando y me ha contado sus penas. Él es un terrible celoso.

—Esta clase de gente —dijo Fermín— tienen celos físicos, orgánicos. Don García espía a su mujer como a su latifundio. Es su propiedad y teme que nazca en ella algo que no sea para él.

—Pues ha de ser un desgraciado.

—¡Pchs! Hay tantos.

Fermín se acercó a una de las cabezas de ciervo del salón y dijo señalándola:

—Don García. Ese es tu sino.

Michel se echó a reír y dijo:

—Bueno. Vamos a la cama.

A LA MAÑANA SIGUIENTE, mientras Michel con un mozo limpiaba su automóvil, Fermín fue al cortijo a hablar con Marcos. Este seguía defendiendo a capa y espada a los propietarios andaluces.

—¿De quién es la culpa —decía— si no hay trabajo?

—Tampoco se le va a dejar a esa gente morir de hambre.

Como Errotacho insistía, Fermín le replicó:

—Yo no sé si tienes alguna razón en lo que dices; pero ten en cuenta que ponerse contra la corriente es un disparate y una imprudencia. Bien está que defiendas al propietario que te paga, pero no te hagas odioso a los trabajadores.

—Mire usted, don Fermín, para eso no hay más que un remedio.

—¿Y es?

—Marcharse.

—Pues piénsalo, chico, porque vivir odiado por todos tiene que ser muy desagradable y peligroso.

—Sí, lo comprendo.

—Además, ten en cuenta que este movimiento no se para. Esto sigue.

Marcos movió la cabeza en señal de indecisión. Luego dio datos de los pueblos y las ciudades próximas en donde había sindicatos agrícolas de carácter casi comunista.

Fermín se despidió de Marcos y fue a encontrarse con Michel y le dijo que valdría la pena de detenerse en algunos de aquellos pueblos y visitar los Sindicatos.

El señor García Pérez indicó que no les podría acompañar en la visita.

«Es natural. Usted es un gran propietario.»

La mujer de García Pérez apareció a despedir a los viajeros.

El automóvil salió a la carrera.

—Esperemos —dijo Fermín— que para el año que viene don García del Carrascal tenga una de aquellas hermosas cornamentas en la cabeza.

—No hay que tener malos deseos —dijo Anita—. Todos somos desgraciados.

LIBRO TERCERO

LA CASA DEL PUEBLO Y EL CÍRCULO DE LA UNIÓN

AL SALIR DEL CARRASCAL, el día estaba tormentoso. Una muralla violácea, negruzca, de nubes se mostraba amenazadora en el horizonte, fingiendo una alta cordillera. La luz, en el ambiente enrarecido por el viento sur, tenía un tono artificial y lívido. Pasaron por varios pueblos blancos y se detuvieron a la entrada de uno de ellos. Había un hotel nuevo recién pintado. Parecía cómodo y limpio y decidieron detenerse allí.

Llevaron el auto al garaje y pidieron habitaciones en la fonda. Después de comer estuvieron charlando y descansando, y a media tarde salieron a la calle.

Era domingo.

El viento sur dominaba, pesado y caliente. El cielo estaba gris, y la luz blanca y cernida venía por entre las nubes. Esta luz blanca daba un aire de desolación y de tristeza al pueblo.

La avenida en donde estaba el hotel se encontraba inundada de claridad, con sus casas blancas.

—¡Qué ciudades estas del Sur! —dijo Fermín—. Son como fantasmas; tan grandes, tan blancas, tan desiertas. Parece que no se está en la realidad, sino en un sueño. Se marcha por las calles, en donde no hay un alma; se ve levantarse la cortina de un mirador, se desea contemplar una cara humana y la cortina cae; se le llama a un chico para hacerle una pregunta, y el chico echa a correr. Luego, de noche, hay ese perro que el amo deja intencionadamente en la calle y que aúlla de una manera lastimera hasta la madrugada, y cuando calla el perro empiezan a dar estallidos con el escape abierto tres o cuatro camiones o algún autobús.

—¡Qué pintura tan halagüeña! —exclamó Anita riendo.

—Esta calle tan ancha, tan silenciosa, es terrible —dijo Fermín—. ¿Qué hace uno aquí si no tiene un rincón donde meterse?

—¿Para qué querrán unas puertas y unas rejas tan grandes? —preguntó Michel.

—Esto es como la retórica del meridional, que lo amplifica todo —repuso Fermín.

—Ese blanqueado es terrible para nuestros ojos. ¡Qué entusiasmo por el blanco!

—Los andaluces blanquearían, si pudieran, hasta el tejado.

Por en medio de la ancha avenida pasó en aquel momento un jinete.

Era un tipo flaco y denegrido, montado en un caballo delgado y esquelético de largas crines. Llevaba un sombrero cordobés ancho, negro, y un trajecillo de percal gris. Tenía un aire indiferente a todo.

Parecía un fantasma, algo ensimismado, aristocrático.

Lo vieron pasar con curiosidad.

Al final de la avenida comenzaba una calle que conducía a la plaza, y luego un dédalo de callejuelas estrechas.

En la primera casa había un tipo de vagabundo sentado en el escalón de una puerta. Tenía barbas negras con manchones blancos, ojos brillantes, piel atezada de color de tierra. Llevaba un sombrero seboso sobre sus pelos crespos, una alforja negra y una garrota nudosa. Era un tipo de Ribera.

Fermín se acercó a él y le preguntó a qué se dedicaba. El hombre le contestó que componía botas y alpargatas, y algunas buenas almas le daban limosna. Fermín le dio unos céntimos.

Siguieron por la calle hacia la plaza. Por todo el pueblo andaban cuadrillas de jóvenes bronceados por el sol, con sus americanas amarillas de dril, dando voces y cantando. Los viejos marchaban con su aire serio, y las muchachas pasaban en grupos hablando rápidamente, adornadas con flores.

Salieron fuera del pueblo. El viento sur había cesado y comenzaban a soplar ráfagas frescas del Norte. Las nubes iban corriendo por el cielo, que quedaba de un azul brillante.

El campo parecía muy fértil; la tierra, oscura. Los olivos escalaban los cerros grises; los trigales aparecían muy verdes, y en los ribazos y al borde de los caminos se mostraban las pitas gigantescas con sus brazos como espadas.

Por la tarde volvieron al hotel y a las ocho fueron a cenar.

El comedor de la fonda era grande. Había bastante gente en las mesas; varios militares, curas, señores vestidos de negro, con aire de profesores de instituto; una familia que iba de viaje.

Un mozo servía la mesa torpemente. No era un prestidigitador como el camarero del hotel de Sevilla, sino un grullo torpe, embarazado con su traje negro y sus guantes blancos. Ponía los cinco sentidos en los platos, las cucharas y los tenedores, y aun así lo hacía mal y se le enredaban en las manos.

Fermín le hizo algunas preguntas, pero comprendió que le perturbaba con sus palabras y no insistió.

Al terminar la comida, Fermín fue a ver al encargado del hotel, un señor serio, de anteojos, y le dijo:

—Este amigo que viene conmigo en el auto, que es francés, quisiera visitar la Casa del Pueblo de aquí. Supongo que esto no será difícil.

—Nada más fácil —le dijo el encargado—. Ahí está cenando un médico que es de la Casa del Pueblo y le expresaré su deseo.

—Muchas gracias. Si quiere usted invitarle a tomar café con nosotros, lo hace.

—Sí, señor; se lo diré.

Poco después se acercaba a la mesa un muchacho de buen aspecto, con el pelo castaño claro, los ojos azules y la tez blanca.

—¿Usted es el médico? —le preguntó Fermín.

—Sí, señor.

Este hizo las presentaciones y se sentaron a la mesa a tomar café.

El médico hablaba de una manera tan melosa, que a cualquier forastero no acostumbrado a ello se le ocurriría pensar si estaría fingiendo.

El joven tenía cierto sentimentalismo social, un poco exagerado y lacrimoso.

Fermín le hizo varias preguntas acerca de la vida del pueblo y del incremento de las ideas comunistas desde la República. El médico habló largamente.

—Hoy es mal día, domingo, y es tarde. Mañana, si se quedan aquí, al anochecer, a eso de las seis, les vengo a buscar y les acompaño a la Casa del Pueblo. No tiene nada que ver. Únicamente la gente.

—Muy bien; le esperaremos a usted.

—A esta señora no la invito porque aquello es una casa pobre y poco interesante. Se marchó el joven.

—Parece que ahora el comunismo en España es del género sentimental —dijo Michel.

—Sí, es cierto; pero este médico es un joven simpático.

—Por el tipo, podría pasar por un francés o por un belga —añadió Anita.

Ya era hora de retirarse y cada uno se fue a su cuarto. A la mañana siguiente, al marchar al comedor a desayunar oyeron voces. Había un viajero con un pijama que reclamaba y vociferaba porque no funcionaba el baño. El dueño del hotel le daba explicaciones, diciéndole que habían cortado el agua; pero el viajero no se convencía.

—¡Qué ridículos son estos españoles modernistas! —dijo Fermín—. ¡Qué le pasará a este hombre porque no se pueda bañar hoy! Ya se bañará mañana. Pero no. Esto es un atentado a su higiene, una cosa tan excelsa como la higiene de este señor.

—Tiene razón —replicó Anita.

—No, no tiene razón —contestó Fermín—. El pueblo no ha podido arreglar la cuestión del agua y pasa esto. ¿Qué se va a hacer? ¿Quién tiene la culpa? Probablemente, la burguesía del pueblo... La verdad es que si Hernán Cortés o Pizarro hubiesen tenido, como estos señores de pijama, el culto de su cuerpo y de la higiene no hubieran hecho gran cosa.

Anita se rio. Desayunaron.

—¿Damos nuestra vuelta? —preguntó Michel.

—Vamos.

Tomaron la carretera, no muy buena, hacia la Sierra de los Santos. El cielo estaba limpio y claro y se veían montes a lo lejos.

—Esto será parte de Sierra Morena —dijo Fermín.

—Sí, debe de ser —contestó Michel inseguro—. En el período carbonífero, cuando el mar se internaba por el valle del Guadalquivir, formando un gran canal entre el Mediterráneo y el Atlántico, debía de existir una cordillera que iba en la península del Noroeste al Sudeste, la cordillera Herciniana, que luego fue arruinándose. De aquí esta anarquía de la dirección de los montes, que son cordilleras entrecruzadas.

—Todo esto parece muy seco.

—Sí; la flora es de país seco: el lentisco, la coscoja, el tomillo, el espliego, los grandes jarales.

—¿Y esto no podría ser más húmedo poniendo bosques? —preguntó Fermín.

—¡Ca! Eso es una ilusión. Son las lluvias las que producen los bosques, no los bosques los que producen las lluvias.

—Sin embargo, las guerras, las conquistas y hasta la fundación de las ciudades han debido de ir destruyendo los bosques y las selvas.

—Sí; pero poco relativamente. En este país la zona que está expuesta a los vientos del sudoeste, del Atlántico, es húmeda y puede ser fértil, la que no, es seca y árida. Además, es una ley general la disminución de las lluvias y, por tanto, la deforestación de la tierra.

—¿Así que todo eso de la repoblación de los bosques para cambiar el clima es una fantasía?

—Sí, casi una fantasía.

—Pues sí que es un consuelo. ¿Así que la Tierra está condenada a convertirse en una piedra seca?

—Es lo más probable.

—¡Demonio! ¡Qué manantial de pesimismo! —dijo Fermín en broma—. Porque si al menos se pudiera vender la Tierra en pedazos, como asperón, a los habitantes de otros planetas, aún quedaría una esperanza.

PARA LA HORA DE COMER estaban en el hotel, y al caer de la tarde fue a buscarlos el médico. Salieron camino de la Casa del Pueblo. Cruzaron una hermosa plaza ancha, de casas grandes, blanqueadas, con rejas pintadas de verde, y tomaron por una calle larga.

—Creíamos que íbamos a ver una Sevilla medio comunista y demagógica y está igual que siempre —dijo Fermín al médico—. Se han cambiado algunos nombres de las calles, se han roto las coronas de un monumento que hay delante del Alcázar, y que vale poco, y todo sigue lo mismo.

—Sin embargo, en Sevilla hay comunistas —replicó el médico—. Lo que pasa es que los andaluces tenemos poca perseverancia. ¡Pero eso no importa! El comunismo vendrá.

—No creo —replicó Fermín.

—Yo creo que sí. Es una solución necesaria y lógica y que se impondrá.

—Ya veremos. A mí no me entusiasma.

—El comunismo ha de ser la solución para todo el mundo.

—Pero ¿cree usted que ha de bastar el que se diga: el Estado es comunista, los bienes son de todos, para que el técnico sea bueno, el obrero inteligente, el director de un trabajo, probo, y, en general, el hombre honrado y cumplidor de su deber?

—Yo creo que sí.

—A mí me parece absurdo. ¿Qué comunismo vamos a tener nosotros en un país donde nadie acude con puntualidad a las citas, donde no hay posibilidad de cooperación ni de colaboración y en donde no los niños, sino las personas mayores van echando las cáscaras de naranja en las aceras, sin pensar que el que venga atrás puede resbalarse y matarse? Es ridículo.

—Hay que educar.

—¿En quince días?

—No, con el tiempo.

—Todos somos indisciplinados en España —añadió Fermín—. No hemos podido formar escuela en nada, y los hombres notables aparecen en la indiferencia del ambiente o contra el ambiente. Cervantes escribe parte del *Quijote* en una cárcel; Tirso representa sus comedias sin permiso de la comunidad; Gracián publica sus libros en contra de las órdenes de su Compañía, con la firma de su hermano, y muere secuestrado por los jesuitas; Luis Vives, Servet y Loyola andan corriendo por el mundo, siendo perseguidos; últimamente, el único sabio español de nombre europeo, Cajal, hace sus cosas por tesón, por cabezonería, sin medios.

—Estoy de acuerdo; pero todo eso hay que cambiarlo.

—Ya cambiaremos en siglos.

—No, cambiaremos en seguida. Las leyes económicas nos obligarán a ello.

—¿Es usted marxista?

—Sí, entusiasta. ¿Usted no?

—Yo no. He leído poco de Carlos Marx. Me ha parecido pesado y difícil.

—¿Y de Proudhon ha leído usted algo?

—Sí.

—¿Y qué?

—Era un francés patriota, retórico, palabrero y pedestre. Se comprende que no lo lea nadie.

Habían llegado a una plaza con unos arbolitos pequeños.

La Casa del Pueblo era una casa blanqueada, con un piso y un balcón corrido. En el tejado había una manta de hierbas verdes de jaramago florecidas.

Se pasaba de la puerta de la Casa del Pueblo a un patio empedrado con cantos, y de él subía una escalera a una sala grande destartada, la sala de Juntas. Cerca de esta se hallaba un cuartito para la dirección. Tenía una mesa de tabla, y en las paredes, encaladas, una porción de proclamas y varios retratos de Lenin, Pi y Margall, Pablo Iglesias, Ferrer y Salvoechea.

—Siéntense ustedes —dijo el médico—. Todavía no ha venido nadie. ¿Quieren ustedes tomar algo?

—No. Muchas gracias.

—Pues, sí; hay que cambiar en seguida; hay que hacer de la abeja solitaria la abeja sociable —dijo el médico, siguiendo la conversación iniciada de antemano.

—¡La abeja! —exclamó Fermín—. ¡Qué animal más antipático, doctor! La historia natural de las abejas me parece la historia de Israel.

—¿También es usted antisemita? —preguntó el médico.

—Sí, un tanto.

—Los andaluces no podemos ser antisemitas porque descendemos en parte de los moros.

—¡Bah!

—Ya sabe usted lo que se dice:

Al andaluz,

hazle la cruz.

Si es sevillano,

con la una y la otra mano.

Si es cordobés,

con las manos y con los pies.

—Sin embargo, usted podría ser mejor, por el tipo, un vándalo que un almorávide o que un almohade.

—Mis instintos no son de vándalo. Odio la violencia.

—¿Por qué? ¡Una cosa tan bella! Además, usted, como político sistemático, quiere dominar.

—No; queremos convencer, persuadir.

—Yo no creo que las gentes se hayan movido nunca por convencimiento.

—Pues ¿por qué?

—Por contagio, por sentimiento.

—Nosotros tenemos la esperanza de que la Humanidad se irá haciendo más racional.

—Su esperanza me parece lo mismo que una fe religiosa.

—¿Usted cree, entonces, que no ha de mejorar esto?

—No sé. El avance que ustedes suponen con arreglo a sus normas no lo veo tan claro. Esa repartición de lo que llaman los economistas plusvalía no creo que basta, como ustedes suponen, para el bienestar general. Aunque a cada uno le dieran el producto íntegro de su trabajo, no entraríamos en una era de felicidad.

—Pero sería justo.

—No digo que no. Hacerlo por instinto de justicia o por rencor, me parece bien; pero pensar que eso sería una solución para la felicidad humana, no. No se necesita ser muy lince para comprender que en un país viejo como el nuestro, en el cual no hay riquezas desconocidas, el propietario y el fabricante viven de un tanto x que sacan al trabajador. Supongamos que un fabricante tiene quinientos obreros y a cada uno le saca del producto íntegro del trabajo, diariamente, cincuenta céntimos, después de pagados todos los gastos. Él tendrá doscientas cincuenta pesetas al día y podrá vivir con abundancia. Supongamos que los obreros pueden suprimir al fabricante y quedarse cada uno con esos cincuenta céntimos diarios que les arrancan; pues seguirán hechos unos pobres miserables.

—Entonces usted ¿dónde ve la solución?

—Suponga usted que no haya solución.

—Eso no. Eso es horrible.

—Quizá con el tiempo aparezca algún grupo de jóvenes inteligentes y escogidos que conquisten el poder y hagan las reformas necesarias del momento sin dejarse llevar por utopías ni por sentimentalismos.

—Nosotros pretendemos la reforma íntegra. No queremos mencheviques —dijo el médico.

—No comprendo tampoco esa acomodación que quieren ustedes hacer de la vida política y social española al patrón ruso, sobre todo para ideas y cosas corrientes que existen en los demás países.

—Rusia es nuestro modelo. Todo o nada.

—Pero en Rusia, según los informes de la mayoría, se vive mal.

—Porque se le hace la guerra al Estado bolchevique. Cuando se organice Europa para la paz será otra cosa. Nuestro grito es: «¡Viva la paz! ¡Viva Lenin!»

—Entonces el nuestro va a ser: «¡Viva la guerra! ¡Viva Darwin! ¡Viva

Nietzsche!»

—No, no cree usted eso.

—¿Por qué no?

—¿Es posible que ni en principio se sienta usted comunista?

—Claro que es posible. Los de mi generación hemos sido gente un poco insociable. Nuestros padres espirituales eran Dostoievski, Nietzsche, Ibsen, Schopenhauer. Nuestro ideal, el análisis y la crítica. Queríamos disolver, disociar, casi pretendíamos demostrar al pueblo que era idiota, que no debía permitirse el lujo de tener opinión. El pueblo, con unas ideas ya usadas y simplistas, quiere mandar por medio de sus delegados, que en realidad no son delegados suyos. ¡Que mande! Nosotros vimos que la tendencia colectivista se iba haciendo ya por entonces cada vez más intensa y pesada, y ante esa opresión sentimos un mayor entusiasmo por los valores humanos individuales: libertad y cultura.

—Hay que construir.

—¿A qué llama usted construir? A inventar una utopía. Esas están inventadas desde hace muchos siglos.

—El comunismo no es una utopía.

—No, es posible que no. Lo que es imposible es que el comunismo traiga la felicidad humana. Yo no comprendo que un hombre de talento pueda creer en un comunismo integral.

—¿Por qué no?

—Primero, porque, como le digo a usted, no me parece posible; luego, porque no me parece deseable. Convertir los pueblos en conejeras tranquilas. ¿Para qué?

—Entonces Darwin, Bismarck, la guerra...

—Lo prefiero. Ya se lo decía a usted antes. La lucha, el odio, la violencia, hasta la envidia, que es cosa fea y social, todo ello me gusta más que la manada. Para nosotros, por encima de todo está la conciencia y la libertad.

—¡La libertad! Ya dijo Lenin que a él no le interesaba la libertad.

—Sí; quizá a él no le interesara la libertad, pero a nosotros sí. La libertad nos interesa más que Lenin.

—La libertad es un concepto burgués.

—Lo mismo probablemente aseguraría hoy Torquemada, si viviera. Él diría que pensaba en la salvación común. No queremos salvación común ni tutela política.

—Pero, entonces, para usted todo gobierno es un enemigo, Monarquía, República o Comunismo.

—Por lo menos no es un amigo.

—Pero eso es la anarquía. ¿Usted no colaboraría con un gobierno?

—Yo no.

—¿Por el solo hecho de ser gobierno le parecería malo?

—Sí; sobre todo abusivo.

—Demonio, es usted un rebelde.

—Tanta política nos va a embrutecer a los españoles.

—En todas partes hay política.

—Sí; en todas partes hay también fiebre tifoidea. Ahora, que nuestra fiebre tifoidea es un poco mediocre.

—Los vascos no son ustedes políticos.

—No; no hemos tenido nunca esa especialidad. Somos campesinos, no ciudadanos. Hubo en nuestro país unos cuantos señores que intervinieron en la política, pero era gente mediocre, de segundo orden, la mayoría maquetos o maquetizados, como diría un *bizkaitarra*.

—Pues aquí se les tiene a ustedes un poco, como a los catalanes.

—No. ¿Nosotros qué tenemos que ver con la gente del Mediterráneo? Nos podremos entender con los castellanos, sobre todo con los castellanos viejos; pero con catalanes y valencianos, nada. Ellos aspiran a ser griegos o latinos. Nosotros no tenemos nada de griegos ni de latinos.

—Es usted un anarquista furioso.

—Es posible. Queremos libertad. La realidad es que, al menos en España, no hemos vivido nunca en un régimen de libertad. Ahora con la República tampoco vivimos en él.

—Cierto que no.

—Lo cual quiere decir que es difícil y que es un ideal no realizado.

—Y que quizá no se realizará jamás.

—Es muy posible.

—Comprendo que para un escritor, para un intelectual, la cuestión de la libertad, sobre todo la libertad de pensamiento, sea muy importante, pero para el trabajador no tiene trascendencia; el trabajador lo que necesita es vivir, hacer una política de clase.

—El máximo a que puede llegar es a repartirse el dividendo del propietario. Pero si con ese dividendo en los países civilizados antes se creaban los hombres de ciencia y las individualidades poderosas y luego no se pueden crear otras, no se saldrá ganando, sino perdiendo.

—La selección natural ha de transformar al hombre, favoreciendo no al lobo sino al cordero.

—La selección actual, es cierto, en nuestro período socialista, no favorece al lobo que acecha a las ovejas, sino al cordero que sabe manejar el rebaño.

—¿Lo siente usted?

—¿Por qué no?

—Usted es escritor.

—No.

—Sí; es escritor —afirmó Michel.

—¿Por qué lo decía usted?

—Porque el entusiasmo por el hombre fuerte y atrevido es una cosa muy de escritor. Ellos son los que glorifican la moral de Maquiavelo.

—Confiese usted que no ha leído su obra.

—Lo confieso, pero sé lo que es.

—¡Maquiavelo! Hoy se le tendría casi por inocente. Su moral política, que en un tiempo se tuvo por tortuosa, hoy parecería clara. Su obra es leal, valiente, de un naturalista.

—Los individualistas exaltan a los tipos como César Borgia, Pizarro o Hernán Cortés.

—¿Qué quiere usted? Son muy interesantes.

—Interesantes bandidos.

—¡Como usted quiera!, pero interesantes. Llamen la atención. ¿Que también la llamaban José María *el Tempranillo* y en nuestro tiempo los del crimen de Don Benito, los del Huerto del Francés y el capitán Sánchez? Es cierto. Esa atención, esa curiosidad por los que se distinguen, es una manifestación humana que no se puede pasar por alto.

—Es una enfermedad que hay que curar.

—A mí las curas no me producen gran entusiasmo. Para curar al hombre hay que matarlo. El socialismo se parece demasiado a la religión. El uno predica al Estado y la otra al individuo. Con disciplina, orden y fe el individuo llega a la perfección religiosa; con disciplina, orden y fe el Estado llega a su perfección social. Ahora, como nosotros, los de mi cuerda, somos liberales, no queremos corregir a nadie, no soñamos con la perfección del Estado ni con ninguna perfección humana; queremos la libertad y el desarrollo individual, aunque haya un poco de desorden y hasta de inmoralidad.

—Eso me parece cínico y absurdo.

—Cínico, por de contado. Absurdo, no tanto. Yo creo que el socialismo tiende, como el catolicismo, a una supuesta perfección moral y al mismo tiempo a la unidad, a la universalidad, a la disciplina, al anonimato. La verdad, se comprende esta tendencia en los pueblos agrícolas de tierra llana y extensa; es la vuelta del monoteísmo semítico, la tendencia a la unidad; pero en los pueblos pequeños, como el vasco, en donde se vive en riscos, con tierras diminutas, no se comprende ni se desea. Nosotros somos politeístas de corazón, antiunitarios, antiinternacionales, y por debajo del barniz cristiano aparece nuestra simpatía por la variedad y por los diversos dioses. Yo pienso que eso del comunismo es bueno para rusos y para chinos.

Mientras discutían el médico y Fermín, fueron entrando obreros campesinos, jóvenes y viejos; se sentaron en un banco y escucharon la conversación con interés.

—¿Ustedes van entonces al anarquismo individualista? —preguntó el médico.

—¿Quién sabe adónde vamos? Probablemente a la desaparición. Anarquismo individualista, no comunista, no ha existido más que entre los literatos. No somos, yo al menos, partidarios de utopías.

—¿Por qué no?

—Porque no lo somos. No sé yo qué es mejor, si coleccionar utopías o destruirlas.

El socialismo y el comunismo tienen una parte de utopía mesiánica que a muchos nos es poco simpática. A mí me puede parecer plausible una teoría como un mapa bien trazado, pero creer en ella como en un dogma no es mi especialidad.

—¿Pero usted no cree entonces en el sistema socialista como un último resultado de la ciencia económica?

—No. Aunque lo creyera no podría afirmar que hay que sacrificar el presente defectuoso para producir el porvenir perfecto. ¿A nombre de qué ese estúpido sacrificio? Tampoco encuentro bien el sacrificio individual. El sacrificar la vida por las ideas me parece una estupidez. La mayoría de las veces la vida de la gente tiene algún valor para alguien próximo; en cambio, las ideas, en general, no valen nada ni para el próximo ni para el lejano; no son más que lugares comunes defendidos por la terquedad y por la estrechez de meollo de un pobre desdichado. La vida de los aventureros anarquistas a veces es muy curiosa... Ahora, sus teorías no son más que lugares comunes más o menos delirantes.

—Está usted en contra de la ideología actual.

—¡Pchs! ¿Qué importa? No creo en la infalibilidad del socialismo. Mucho menos en esa cándida ilusión de los bolcheviques rusos, de que hay una dialéctica, la dialéctica hegeliana, que demuestra, a + b, que el comunismo es exacto. La teoría socialista es cosa ya digerida, asimilada y hasta defecada. No eran tontos ni Dostoievski, ni Nietzsche, ni Bergson, ni Renán, ni otros muchos que conocían las obras de Carlos Marx y que, sin embargo, no la aceptaron. El socialismo es una tendencia, pero no es la única de la sociedad.

—Parece que no nos entendemos —dijo el médico sonriendo.

—En el fondo nos entendemos —repuso Fermín—; con buena voluntad nos entendemos todos. Esa ridícula hipocresía de la gente que se llama comunista la tiene usted que notar como yo. Son tan egoístas como los demás, tan interesados como los demás; pero disimulan de una manera farisaica. Son los curas de la acera de enfrente.

—Yo no sé si lo seré, pero no me considero fariseo.

—No, no. Creo que usted es un comunista convencido. Usted vive en un pueblo, comparte usted la existencia con los trabajadores. Creo en su buena fe y en su afán de proselitismo sincero; pero no creo gran cosa en el comunismo de estos señoritos de café que se rizan el pelo y andan de teatro, de cine y de baile.

—Pero ya sabe usted que los rusos bolcheviques dan mucha importancia al baile.

—Bien. Esa es la parte de cursilería y de esnobismo del bolchevismo y de la judería rusa. La vida humana puede no tener importancia para esos bolcheviques; pero, amigo, el teatro es sagrado. La ciencia del baile y de la pirueta están a la misma altura que la dialéctica de Hegel y van a sustituir al pope por el cómico y el bailarín. Yo creo que el comunismo, si es un poco lógico, tiene que tender a hacer desaparecer la ciudad, que es un monstruo, una especie de vampiro del campo que sorbe su sangre. Esa plusvalía de que hablan los economistas es la que ha formado la ciudad.

—A mí no me dolería nada la desaparición de las ciudades —dijo el médico.

—A usted no, porque vive una vida sencilla, pobre. ¿Pero cómo voy yo a creer en el comunismo práctico de esos judíos bolcheviques rusos que en pleno fervor comunista los he visto en los grandes hoteles de la Engadina, en Suiza, adornados como monos, y a sus mujeres llenas de pieles y de joyas?

—Bien; el caso particular no indica nada contra la teoría.

—Yo estoy contra la teoría y contra el caso.

—En España no ocurre nada parecido.

—Aquí también los socialistas pretenden la igualdad, pero no para ellos. El ministro socialista del Trabajo dice que no es partidario del reparto de las tierras entre los trabajadores, por que hecho el reparto, el más activo, más inteligente y económico iría adquiriendo las parcelas de los menos activos, inteligentes y económicos. Por si acaso, el ministro socialista quiere la igualdad absoluta en los campos, pero no en los ministerios ni en la burocracia, donde hay grados y categorías. Yo no veo esto así; generalizar la propiedad, donde se pudiera, me parecería bien. Cada uno en su tierra que hiciera el máximo de esfuerzo para vivir mejor; pero recomendar la haraganería y la pasividad desde lo alto del gobierno, aunque sea para favorecer la igualdad socialista, me parece repulsivo.

—Hay que empezar por algún lado, de alguna manera.

—El Estado socialista se siente hoy cariñoso con sus empleados, con los obreros de la ciudad, los cuida y los mimas y olvida al hombre del campo; pero un día puede llegar en que el hombre del campo que trabaja doce o catorce horas diarias se plante y diga: «No, no pago las contribuciones»; y entonces veremos qué dicen los socialistas y los burócratas que viven del Estado como de una sinecura. El ser empleado es cómodo. El Estado es un buen patrón; pero si sigue esto así, ¿quién querrá el trabajo libre? Ni el industrial, ni el agricultor, ni el médico, ni el escritor, ni el artista; todo el mundo querrá ser empleado. Mientras los servidores del Estado sean unos pocos relativamente que viven sobre muchos, podrán tener entre ellos la igualdad de los parásitos; pero entre los hombres que viven de su trabajo siempre habrá desigualdad, y una desigualdad profunda, que la dará el carácter, la energía, la cultura, etc.

—Yo no veo, la verdad, esa desigualdad tan grande entre los hombres —observó el médico.

—No me diga usted eso. Habla en usted el espíritu de partido. Las diferencias son enormes.

—¿Tanta como entre un blanco y un negro?

—A veces más. Entre el autor de un libro bueno y el autor de un libro malo hay un abismo. ¿Y entre un médico bueno y un médico malo? Yo, enfermo, hay médicos con los que no consultaría. ¿Y la diferencia entre un Mozart y un Beethoven y el autor de una habanera o de un tango argentino? ¿No es colosal? Entre actividades que no parecen importantes las diferencias son tremendas. Un cómico bueno y uno malo, un payaso gracioso y otro sin gracia...

—Pero en lo estrictamente humano no hay diferencia.

—Yo no sé lo que es lo estrictamente humano.

—Yo comprendo todos los reparos que se hacen a las doctrinas socialistas, y, naturalmente, las considero perfeccionares; pero creo que hay un argumento a favor superior a los demás argumentos.

—¿Y es?

—El ver en qué condiciones trabaja esta gente, por ejemplo, los segadores. Los segadores trabajan de sol a sol, y entre el sudor y el polvo se les pone la camisa como si fuera de yeso.

—Eso, evidentemente, es horrible; pero eso se puede hacer con máquinas. Si no se hace es por brutalidad y por abandono.

—Es que la gente vive mal y no ve más que lo inmediato, lo del día. ¿Qué criterio van a tener estos pobres braceros? Las familias no ganan lo suficiente y matan el hambre en algunas temporadas con higos chumbos, vino malo y tabaco detestable. Luego, si estos desdichados se reúnen y forman un sindicato, se les acusa de anarquistas y de incendiarios.

—En eso estoy con usted. Es cierto.

—Crea usted que si no se arregla de algún modo la cuestión de la tierra, el mejor día Andalucía entera va a arder de un extremo a otro.

El médico reconocía que, además de la miseria, existía en el fondo del país una gran indisciplina social, producida por las injusticias de los ricos y la incultura de los pobres.

INTERRUMPIÓ LA CONVERSACIÓN el conserje de la Casa del Pueblo.

—Oiga usted, doctor.

—¿Qué ocurre?

—Que ha venido ese capataz del cortijo de las Palomas con la niña.

—Ah, pues que entre.

—Es un tipo curioso —dijo el médico a Fermín y a Michel—; un hombre que ha recogido una niña vagabunda y la ha llevado a su casa, por pura humanidad, porque la chica no es bonita.

Entró el capataz con una niña de ocho o nueve años de la mano.

—A la paz de Dios, *cabayeros* —dijo descubriéndose.

—Salud, señor Manuel —respondió el doctor.

El capataz era hombre esbelto, sonriente, de una mirada viva y clara; había recogido en su casa a la chiquilla vagabunda, en un estado lamentable. Él y su mujer la cuidaron, la alimentaron y la limpiaron hasta convertirla en una persona.

—Era una errante —dijo el capataz—. Ahora ya se la puede ver.

La chica, acostumbrada a la vida del camino y a un abandono horroroso, tenía todavía úlceras en las piernas y los ojos inflamados. No era una chica bonita, aunque sí de aire vivo e inteligente. La acción del capataz, puramente piadosa y humana, no provenía de ningún sentimiento egoísta.

—¡Qué gente más rara! —exclamó Fermín.

El médico examinó a la niña, le miró las úlceras de las piernas y los ojos.

—Qué, ¿les quieres a tus padrinos? —le preguntó el doctor.

—Mucho.

—¿Ahora vives bien?

—Sí; tengo un cuarto muy bonito y duermo en una cama muy blanca. Hay también una jaula con un pájaro y una virgen.

—Y antes ¿dónde dormías?

—Antes dormía en el campo.

—¿Siempre?

—Sí, siempre.

—¿Con la lluvia?

—También. Entonces nos metíamos en las cuevas.

—¿Tu padre no hacía nada?

—No. Desenterraba y despellejaba burros muertos y vendía la piel.

—¡Pobre chiquita! —exclamó el médico—. Has vivido mal. ¿Ya tomarás la medicina?

—Sí, señor.

—Bueno; pues vete. Y ya te curarás y te pondrás guapa.

El capataz dio la mano al médico y se marchó llevando a la niña.

—Buena gente, ¿eh? —dijo el médico.

—Sí, es algo conmovedor —repuso Fermín.

—Esta chica estaba, cuando yo la vi, en un estado lastimoso. Estos vagabundos y medio gitanos son terribles. Viven como perros. Comen los animales muertos por enfermedades y enterrados. En la aldea donde estuve antes de médico se mataron y se enterraron cuatro cerdos muertos de carbunco, de pústula maligna. Pues a los pocos días, una banda de gitanos los desenterraron y se los comieron. Y además no les pasó nada.

—Quizá a esa infección le pase como al curare —dijo Michel—, que no encontrando herida en el organismo no se absorba.

—Puede ser muy bien una cosa así.

—¿Y todos los asociados de esta Casa del Pueblo son comunistas? —preguntó Fermín.

—¡No, cá!, la minoría; la mayoría son medio anarquistas. Tenemos aquí dos viejos campesinos curiosos: el uno es comunista, el otro es anarquista de la FAI. A pesar de su diferencia de ideas hacen muy buenas migas. ¿Estarán por ahí? —preguntó el doctor.

—Sí —dijo un joven.

—Diles que vengan si quieren.

Entraron en el cuartucho dos viejos flacos, acartonados. El uno tenía un perfil aguileño, el otro una cara tan esquelética que se le transparentaban los huesos; sus ojos brillaban en las órbitas hundidas. Se quitaron el sombrero cordobés para saludar a los forasteros y les dieron la mano, una mano dura y callosa como un tronco de árbol.

—Aquí tienen ustedes estos dos amigos —dijo el médico— que están conformes en todo menos en la política.

—Se puede ser buen amigo y no estar conforme en algunas ideas, ¿verdad, caballero?

—Hombre, es natural —dijo Fermín—. Así parece que la amistad tiene más mérito.

—Bueno. Aquí una explicación para que estos señores se den cuenta de nuestras ideas —observó el médico—. Usted, señor Jeromo, que es anarquista, ¿qué le encuentra usted de malo a nuestro comunismo?

—¿El comunismo estatal? —dijo el viejo anarquista esquelético—. Eso es peor aún que la dictadura. Yo estoy, por encima de todo, por la libertad.

—Y el Pringoso, ¿qué dice de eso?

—Hombre, doctor; a mí que no me cuenten infundios. Lo que cree mi compadre a mí me parece muy bonito y muy cándido; pero yo creo que cuando eso del

comunismo libertario esté en planta ya le habrán salido pelos a las ranas en la barriga.
Fermín y Michel se echaron a reír.

—EL TÍO JEROMO es un superviviente de la Mano Negra —afirmó el doctor.

—He oído hablar de la Mano Negra como de una asociación misteriosa, pero no recuerdo qué hizo. Yo debía de ser muy chico por entonces —observó Fermín.

—Lo que pasó con el proceso de la Mano Negra fue que se hizo una canallada muy grande —dijo el tío Jeromo.

—¿Y eso cuándo fue?

—En 1883. Hace ya cerca de cincuenta años.

—Yo no puedo recordar; tenía entonces diez años. ¿Y qué ocurrió?

—Cuente usted su vida, señor Jeromo.

—No hay mucho que contar —repuso el viejo—. Yo, señores, soy de Mairena del Alcor, que corresponde al partido de Carmona, en la provincia de Sevilla; soy bracero, hijo de braceros y nieto de braceros. En mi familia no creo que haya habido nadie que se haya distinguido. Para eso hay que tener dinero o saber, para dar un salto a mejor posición, y uno tiene tanto brío para saltar, mal comparado, como un sapo. De chico estuve en las gañanías, trabajando en los cortijos; sabía manejar el azadón y el hocino; pero de letra ni esto. Cuando vino la quinta me enviaron a Ceuta y luego a Cádiz. No tenía más familia que mi madre y una hermana. Me licenciaron, y como allí, en mi pueblo, no había trabajo, fui a segar a la campiña de Arcos de la Frontera, y allá me quedé en un cortijo. Yo he tenido siempre mucha corcha.

—¿Qué quiere usted decir con eso?

—Que he sido bastante bruto y tosco. Vivía, pues, como una bestia; igual. En esto se presenta en la gañanía del cortijo un hombre derrotado, trabajador del campo, antiguo empleado de consumos y maestro de escuela sin título; una buena persona, un santo, lo que ustedes oyen. *El Maestro de Escuela*, así le llamaban a Juan Ruiz, nos reúne en la gañanía, nos habla y nos dice unas cosas de la Humanidad y del socialismo que a mí, al menos, me trastornan. Yo tenía la cabeza como un bombo. «A mí me gustaría enterarme de eso —me decía—. ¿Pero cómo? Si no sé leer ni escribir». A la segunda o tercera plática el maestro Ruiz se pone a hablar conmigo y me pregunta mi opinión sobre lo que ha dicho él.

»—Mire usted —le contesté yo—, yo no entiendo nada de eso. No sé leer, no sé escribir y no me han hablado nunca de esas cosas, y aunque comprendo que en lo que usted dice hay algo, yo no me doy cuenta de nada.

»—¿Es que tú quieres aprender? —me pregunta él.

»—Si es posible, sí.

»—¿Por qué no ha de ser posible?

»Efectivamente, me dio siete u ocho lecciones y empecé a leer. Me hice un

aficionado a la lectura tremendo. Escribir nunca he llegado a hacerlo bien. Siempre he tenido la mano pesada y mi pluma se clava en el papel, no sabe resbalar. Se marcha el Maestro de Escuela y vuelve cuatro o cinco meses después y me dice que se está fundando una asociación de obreros del campo para mejorar su vida; cada afiliado pagaría cinco céntimos a la semana como gastos de correspondencia. El órgano de la asociación sería la *Revista Social*.

»—¿Tú quieres formar parte? —me pregunta Ruiz, el Maestro de Escuela.

»—Con el alma y la vida, lo que usted diga —le contesto yo.

»¿Aquella sociedad era una sociedad secreta? Yo no lo sé. Nosotros la llamábamos Federación del Valle. Dicen que había un Comité de acción, que se llamaba Tribunal popular, que se reunía todos los meses en algún cortijo. Yo no oí hablar de este Tribunal popular hasta que vino el proceso y me llevaron a la cárcel. El caso fue que empezaron las traiciones a la sociedad. Algunas malas personas iban a la policía para cobrar unas pesetas a denunciarle a este y al otro y a contar mentiras. Por entonces mataron a un cantinero cerca del Puerto de Santa María, en el ventorrillo del Empalme, en la carretera de Sanlúcar, y poco después murió un vecino de Arcos de la Frontera de un golpe. Se quisieron achacar las muertes a nuestra asociación, pero no se demostró nada. En esto se habla en Jerez de la desaparición del Blanco de Benaocaz, el día de San Andrés.

—No sé cuándo es ese santo —dijo Fermín.

—En noviembre —contestó el médico—. Lo dice el refrán «Dichoso mes, que empieza en Todos los Santos y acaba por San Andrés».

—El Blanco de Benaocaz era un matón, un mal ángel —siguió diciendo el tío Jeromo—. Había atropellado a una chiquilla de trece o catorce años de una manera bestial, y amenazaba a los de nuestra asociación con denunciarles. Entonces los nuestros, los dos hermanos Corbachos y un tal Vázquez, se reúnen en el Alcornocalejo, en la choza del Maestro de Escuela. Ruiz era secretario del grupo de acción. Hablan allí y deciden matar al Blanco de Benaocaz. Yo nunca he creído que esto estuviera bien hecho. Del Alcornocalejo van al molino de la Parrilla, se juntan con otros asociados y preparan la muerte. Uno le busca al Blanco en la taberna del Pollo, y con engaños lo lleva por el arroyo de la Plantera, donde estaban emboscados varios con escopetas. Lo matan al Blanco, llevan el cadáver al campo del Algarrobillo, propiedad del «Contrabandista», donde habían hecho una fosa de más de una vara de honda, lo entierran y siembran cebada encima. La policía supo pronto que había desaparecido «el Blanco» el día de San Andrés, y por confidencias se enteró de que la muerte se había hecho en el cortijo de los Corbachos. Inmediatamente, el juez mete en la cárcel a los Corbachos, a Vázquez, a Ruiz, a todos los del Comité de acción, y luego nos prenden lo menos a trescientos. Dijeron que encontraron claves y listas y se empezó a hablar de la Mano Negra; yo hasta entonces no había oído hablar de ella. Se lo juro a ustedes. Nos llevaban a declarar.

»—¿Tú qué sabes de la Mano Negra?

»—Yo no sé nada.

»Y nos hartaban de palos.

»—Ponga usted lo que quiera, decía uno, ya trastornado y perdido.

»Al final de marzo nos trasladaron a Jerez, y en junio comenzó el proceso. El fiscal pedía quince penas de muerte.

—¿Y se cumplieron? —preguntó Fermín.

—No; mataron a siete y condenaron a ocho, entre ellos a Ruiz, a presidio. Nosotros seguíamos en la cárcel, y siempre con la maldita historia de la Mano Negra. Yo se lo aseguro; al menos para mí, no había habido más Mano Negra que la Federación y la *Revista Social*. Hasta la cárcel llegaban todas las mentiras de la Prensa y de los conservadores. Se dijo que la Mano Negra cometió muchas muertes e incendió muchos campos y que secuestró personas. Yo no me enteré de nada. Lo pueden ustedes creer. Yo no sé más que me metieron en la cárcel sin motivo y que allí me maltrataron durante mucho tiempo. En la cárcel circularon unos papeles: uno se titulaba *La Mano Negra: Sociedad de pobres contra sus tiranos y verdugos*; el otro, *Reglamento del Tribunal Popular*. Puede usted creerme que todo era mentira. Cuando tuvieron que ejecutar a los siete condenados, el alcalde de Jerez presentó la dimisión, y entonces un aristócrata de allí, un marqués, hermano de otro condenado por estafador, hace poco, de un Banco, en Madrid, pidió el cargo, porque decía que para él era un honor facilitar la ejecución de los reos.

—Oiga usted. ¿Y en esto intervino Salvoechea? —preguntó Fermín.

—No. Estaba por entonces preso en el Peñón de la Gomera. Luego sí tomó parte en lo de Jerez del 92, y le condenaron a doce años de presidio en Valladolid y en Burgos.

—Bueno, siga usted.

—Yo pasaba los días en la cárcel rabiando, hecho un veneno. Cuando cumplí, iba dispuesto a ser un bandido. Salgo de la cárcel y me encuentro con mi madre, que había envejecido en dos años como si hubieran pasado diez, y me dice que si no la atiendo y no voy con ella se muere de hambre y de miseria, y tuve que sofocar mi rabia y ponerme a trabajar.

»Nos vinimos aquí, pero aquí no estaba uno en paz; le perseguía a uno la sombra negra y la fama de anarquista. Cuando lo de Jerez del 92, me metieron en la cárcel, y cuando lo de Alcalá del Valle, también.

»Esta burguesía andaluza es infame. Yo la odio con todas las fuerzas de mi alma.

Al hablar así, al señor Jeromo le brillaban los ojos con furia y tenía un sobrealiento jadeante. Era el viejo esclavo de la gleba que se rebelaba contra el despotismo ancestral; su cara, de color de corteza de árbol, parecía incendiarse. Luego, poco a poco se fue calmando, sacó del sombrero cordobés un pañuelo tosco a cuadros y se lo pasó sobre su cabeza y su cara.

Después se levantó y apretó fuertemente la mano de todos los presentes.

Ya se había hecho de noche.

—Pasaré por el hotel —dijo el médico.

Fermín y Michel salieron a la calle.

—Es una vida dramática la de este viejo.

—Sí, es verdad.

—La mayoría de esta gente es gente inteligente por naturaleza, aunque no sepa gran cosa —dijo Michel.

—Yo sabemos cómo serían si tuvieran más cultura. Quizá les pasara como a las campesinas guapas. Al verlas se dice: ¡Esta mujer bien vestida, cómo estaría! Y a veces no estarían mejor, sino que estarían peor.

—Es terrible que la sociedad haya tenido que castigar inocentes y culpables para defenderse —dijo Michel.

—Sí, eso ha dejado un rescaldo de odio difícil de extinguir, sobre todo en estos tipos de anarquistas, que son impulsivos, sentimentales y vengativos.

—¿Y esa clase de tipos no se podría extinguir?

—Yo los licenciaría con todos los honores posibles. Les reconocería que han sido en su mayoría valientes, generosos, abnegados... y les diría: «Ha pasado ya su tiempo. Fuera heroicidades inútiles; ahora a su casa».

Al llegar al hotel contaron a Anita lo que habían visto y oído en la Casa del Pueblo.

POR LA NOCHE el médico fue al hotel a acompañar a Fermín y a Michel al casino.

—No le invito a usted —dijo a Anita— porque no es costumbre de que vayan las señoras.

—Yo estoy un poco cansado —aseguró Michel— y me quedaré.

Anita le instó a que fuera, y salió también.

—Verán ustedes un casino andaluz de la burguesía —les dijo el médico en la calle—. El círculo, bastante aparatoso, no tiene más objeto, como verán ustedes, que pasar el rato y burlarse unos de otros. Hay una gran cantidad de chiflados, gente que vive en la holganza. La ocupación principal de los socios es preparar bromas malintencionadas. Por ahora, las víctimas elegidas por nuestro grupo son don Matías, el conservador, y don Tadeo, el teósofo. A don Matías le han mandado un oficio falso encargándole que redacte las bases de una nueva Santa Alianza europea, y a don Tadeo, que organice el Instituto Teosófico de Iberia.

El casino, llamado Círculo de la Unión, se hallaba en una casa antigua, grande, antes de algún rico propietario, en una calle próxima a la plaza Mayor. Tenía una escalera palaciega de dos cuerpos, un patio con columnas encristalado y varios salones altos, ornamentados de una manera aparatosa. El salón principal era muy amplio, con espejos descomunales ya deslustrados, algunos retratos bastante feos y divanes un tanto raídos. Había salas de juego y billares, y un cuarto del crimen, donde hacía tiempo ya no se tallaba, y una biblioteca siempre desierta, con libros lujosos, con los armarios perfectamente cerrados.

Por las noches se llenaba el círculo de gente, casi toda ella acomodada. Iban a tomar café, a jugar y a charlar.

La tertulia del médico se congregaba en el fondo del salón principal, alrededor de una mesa.

El doctor llevó a ella a Fermín y a Michel. Los hizo instalarse en los sillones y fue señalando y caracterizando a los socios en pocas frases. Todavía no estaban los contertulios del médico.

El primero que se presentó fue un señor grueso y cano, de aire irónico y burlón, el presidente del círculo. Este señor se consideró en el caso de ayudar en el cargo de cicerone al médico.

Apareció después el secretario del círculo, un joven abogado, zaragatero y charlatán, que hacía muchos gestos y hablaba como un orador, párrafo tras párrafo, como si no pudiera detenerse cuando comenzaba sus discursos.

El joven colaboró en dar informes a los forasteros.

—Aquí le tenemos a don Matías el conservador —dijo el presidente—. Se lo

presentaremos a ustedes.

Don Matías, hombre ya viejo, soltero, delgado, cetrino, de barba blanca corta, hablaba de una manera nerviosa.

—Estos señores son dos extranjeros —dijo el presidente del círculo—. El señor es don Matías González de Bocanegra Sarmiento y Tovar, que ustedes conocerán de fama por sus trabajos.

Fermín y Michel se inclinaron.

Don Matías se sentó. Llegaron otras personas. Cuando el presidente hacía una presentación rápida se podía colegir que el tal no era una víctima propiciatoria para los bromistas.

Después de don Matías el hidalgo, vino don Tadeo Martín, empleado en una fábrica de aceites. Su presentación fue muy detallada.

—Este señor es don Tadeo Martín, hombre de gran cultura —dijo el presidente—, renovador de las ciencias ocultas y de la teosofía en Europa.

—No tanto, no tanto —dijo el aludido.

—Sí, señor; renovador, fundador de la alta química, y que en estos momentos está organizando el Instituto Teosófico de Iberia.

—Todavía no puedo decir nada de eso —contestó don Tadeo.

—Yo lo que no comprendo es cómo don Tadeo puede dedicarse a la alta química —afirmó el telegrafista— sin tener idea de los cuerpos simples ni de lo que es el oxígeno o el hidrógeno.

—No diga usted tonterías —contestó don Tadeo agriamente—; nada de eso existe.

—¿Cómo, no existe el oxígeno y el hidrógeno?

—No, señor.

—¿Y Lavoisier?

—Lavoisier sería un ignorante como usted.

La gente se echó a reír, unos comprendiendo la tontería y otros por imitación.

—Es cierto, es cierto —gritaron varios socios—; don Tadeo ha aplastado al telegrafista.

—Pues yo afirmo y afirmaré siempre que Lavoisier no era un rana —dijo el telegrafista mostrándose como ofendido.

—¡Mire usted que argumento, que no era un rana! —exclamó el secretario—. No sé cómo discute usted con un ignorante así, don Tadeo. No debe usted discutir con él.

—Yo no discuto, ¿para qué? —dijo don Tadeo.

—Pues hace usted mal —le indicó el presidente.

—¿Por qué?

—Porque hay que iluminar los espíritus con la ciencia.

—Don Tadeo será capaz de decir que no existe tampoco la electricidad —exclamó el telegrafista.

—Pues claro que no existe —dijo el teósofo.

—Este hombre me espanta, me deja turulato. Todas mis ideas naufragan ante su crítica. Si no existe la electricidad, ¿qué hacemos los telegrafistas?

—Perder el tiempo —dijo uno.

En esto se acercó al grupo un cura bibliófilo, a quien Fermín conocía de Madrid. No le hicieron caso en la tertulia. Estuvo hablando de libros. Según él, ya no se encontraba nada por los pueblos.

—¿Y aquí en el casino? —le preguntó Fermín.

—Aquí en la biblioteca no hay nada. Libros de gabinete de dentista, con las pastas rojas y los cantos dorados. No los lee nadie. Habrá usted visto que los armarios están cerrados con llave.

—Sí.

—¿Usted viene de excursión?

—Sí; para ver con un amigo lo que hay en Andalucía.

—Esto marcha mal. Los Bancos no dan crédito a los agricultores, y no pueden trabajar sin algún préstamo. Hay muy poco dinero.

—¿Y usted viene a charlar un rato?

—Vengo a echar una partida de ajedrez. Ahora me voy a casa. ¿Ustedes se van a quedar aquí, en el círculo?

—Sí.

—Estos señores los van a tener a ustedes hasta las tres de la mañana con sus bromas.

—¡Pchs! Por una vez no importa.

El cura bibliófilo se marchó, y entró un veterinario grueso, grasiento, rubio, pesado, con un aire de eunuco.

Por lo que dijeron, era vegetariano y partidario del desnudismo integral. Marchaba siempre que podía al campo y se ponía desnudo.

El veterinario era hombre linfático y pesado, con un color de cobre y una sonrisa bonachona y algo cazurra.

—Tiene un anverso que más parece un reverso —dijo uno de la tertulia. Toda la reunión dirigía bromas violentas al veterinario, que las oía como quien oye llover.

El veterinario hacía prosélitos, y el número de los desnudistas, al parecer, aumentaba, con gran escándalo del pueblo.

No era raro, según se decía, el ver tres o cuatro personas pasearse o exhibirse al sol en traje de Adán.

Había también un teniente de la Guardia Civil que soñaba con fundar una sociedad fascista socialista e imperialista. Era un hombre todavía joven, con unas ambiciones políticas absurdas. Se consideraba inventor de un plan para la organización del mundo. Todos podían entrar en la sociedad sin dejar sus ideas, y los anarquistas, los socialistas y los conservadores podían convivir tranquilamente.

Este señor tenía muchos libros sobre la Rusia soviética, que se habían publicado en Madrid, y los leía como si de allí fuera a sacar su quintaesencia y la panacea

universal. Al parecer, no era un buen sujeto de broma y no se le cultivaba.

La conversación en aquella tertulia era verdaderamente absurda e interrumpida por las carcajadas del presidente y del grupo de burlones que le seguían.

ERA LA UNA y la sala del casino iba quedando desierta.

—Bueno. Esto se pone triste —dijo el presidente—. Vamos al club. Llamad al Mosquito.

El Mosquito, parásito de la tertulia, era hombre todavía joven, flaco, harapiento, con una chaqueta de color de canela, pantalones negros deshilachados, cara afilada, verdaderamente de cínife, anteojos negros, las botas viejas, un cuello postizo grande y la corbata desteñida y ostentosa.

El Mosquito era un manchego que había vivido mucho tiempo en Madrid de agente de teatros. Se había arruinado y había caído en el pueblo, en donde ejercía de alcahuete y de parásito.

—Oye —le dijo el presidente—. Dile al Cañitas que prepare algo de comer: unos bocadillos, aceitunas, pescado si hay, y que ahora vamos.

—Muy bien.

Salió el Mosquito y volvió al cuarto de hora. Poco después dijo el presidente:

—Señores. Vamos al club Cañitas; hay que debatir asuntos muy importantes.

Salieron del círculo.

El Mosquito se acercó a Michel y le fue sirviendo de guía. El Mosquito hablaba de una manera achulada y desdeñosa y en un argot para el francés incomprensible.

—Aquí la gente, ya se sabe —le dijo—, toda la vida en la tasca, dándole al morapio y al tintorro. Se mete uno en uno de esos tascucios y sale uno más cargado que el verbo divino. Lo que falta es pasta, que si hubiera pasta no le digo a usted nada.

El local del club Cañitas era un bar estrecho con un mostrador de mármol a la entrada y una porción de cacharos niquelados, brillantes.

En el club Cañitas, el altavoz de un gramófono iba vertiendo al aire los quejidos de los fandanguillos y de las milongas cantados por Juan Breva, el Chato de las Ventas y la Niña de los Peines.

En el bar había bastante gente y se lucía una de las glorias más legítimas del pueblo, el torero Facultades, elegante como un *dandy*.

—¡Qué apodo! —dijo Fermín—. ¡Qué pedantería torera más cómica!

En el grupo del torero estaban un enano, un cantador gordo y dos mujeres guapetonas, ya un poco viejas, que bailaban en un cine.

El enano tenía cara de perro y la voz ronca de aguardentoso.

El presidente, al pasar junto a él le dijo:

—Fernandillo. Vaya unas *gachís* estas, ¡eh! Si te las dieran...

—¡Ju, jui! —y el enano hizo un gesto sucio y le brillaron los ojos.

—¿Quiénes son esas mujeres? —le preguntó Michel al Mosquito.

—¡Esas! Esas son unas furcias, unas leopardas de las que mueven el solomillo en un tablado por unas cuantas *leandras*.

Michel hizo un gesto de asombro.

—¿Bailarinas?

—Burracas; el desecho de la tiente y cerrado en eso de mover el *bullarengue*.

—No le entiendo nada a este hombre —dijo Michel a Fermín.

—Si habla en un argot madrileño.

—Pero ¿qué dice ese *tío vaina*? —exclamó una de las mujeres, que sin duda había oído al parásito—. ¡Qué asqueroso lameplatos! ¡El Mosquito! Si eso no es un hombre. Eso es una porquería viva. No quiero escupirle porque me da asco.

—Cállate tú y ten más educación —gritó el Mosquito.

—Con un canco como tú no hay que tener educación. Eso se queda para las personas.

—¡Sinvergüenza! ¡Golfona!

—¡Alcahuete! Anda y que te maten, ¡marrano!

El presidente del círculo empujó al Mosquito hacia dentro para cortar aquel diálogo escandaloso.

Pasaron quince o veinte personas al fondo y se sentaron a una mesa larga adonde el mozo fue llevando lo que pidió cada uno para comer y beber.

Cesó poco después el gramófono, y el cantaor que estaba con las leopardas, como las llamaba el Mosquito, comenzó a rasguear la guitarra y a entonar después unos fandanguillos tristísimos.

—¡Qué canciones más lúgubres! —exclamó Michel.

—Esto es lo clásico del país —le contestó Fermín—. Mientras va uno intoxicándose con el alcohol, se sumerge en la soledad, en la desgracia y en el cementerio. A veces a fuerza de exagerar la nota se llega a lo cómico. Un amigo mío cantaba con gracia la canción de un agarrotado, con sus lloros y lamentos, y acababa con la frase: «Y el verduguito apretó»; lo que daba mucha risa.

Cuando se terminaron los platos de aceitunas y de pescado, las cañas de manzanilla y los *bocks* de cerveza, el presidente se levantó muy serio y ceremonioso y dijo:

—Señores, tenemos entre nosotros dos personas cultas, dos extranjeros que han venido a nuestro pueblo en viaje de estudios, y como saben que aquí hay hombres de gran altura mental, y, la verdad, no necesito nombrarlos, porque su fama se extiende por la península y por fuera de la península, yo he pensado si alguno de ellos querrá dirigirnos la palabra en el seno de la intimidad e ilustrar nuestras almas oscuras con los destellos de su espíritu poderoso. No sé si me engaño...

—No, no.

—No sé si pido demasiado...

—No, no.

—Por muy alta que sea la mentalidad de esos hombres, y por muy oscuros y cerrados que seamos nosotros, tienen el deber, la obligación de iluminarnos —exclamó el telegrafista con aire de enfado.

—Yo no me hubiera atrevido a decir tanto —dijo el presidente—; pero ya que nuestro distinguido amigo y telegrafista ha hecho esa interesante sugestión, traspaso su ruego y el de toda la reunión del club Cañitas a nuestros ilustres compañeros.

—Ante unas alusiones tan claras, creo que don Matías González de Bocanegra no tiene más remedio que hablar. Esa, al menos, es mi modesta opinión —dijo uno.

Don Matías se levantó en la silla y se le aplaudió estrepitosamente.

El pobre hombre hablaba tropezando, de una manera nerviosa, que producía la hilaridad de todos.

—Señores —dijo—, el mundo marcha mal. Algunos de vosotros no lo creen así porque son socialistas y anarquistas y masones. Yo los respeto, aunque los considero como enemigos.

—¡Muchas gracias, don Matías! —exclamó el farmacéutico.

—Yo los considero como enemigos en política y en religión, como enemigos leales, y estoy dispuesto a darles la mano de amigos.

—¡Bravo!

—¿Qué era el mundo en mi tiempo? Era como un altar: la familia, la patria, la propiedad, el honor eran respetados.

—Pero había más caciques que ahora.

—¿Y ahora qué hay? No hay más que miseria, angustia, dolor, odio...

—Yo no le veo nada ridículo a este hombre —dijo Fermín a Michel.

—Yo tampoco.

—Sí, señores —siguió el viejo—; se ha roto todo vínculo social y llevamos camino de convertirnos en unos salvajes, que se odian solamente al verse.

—Yo no sé que los salvajes se odien al verse —saltó uno.

—Sí, todas las ideas respetables se han convertido en disfraces de Carnaval —aseguró don Matías—, y las vemos ya defendidas en las tabernas como se puede ver un frac en una prendería, y quien dice un frac dice una levita...

—O una americana.

—¿Y se sabe de dónde viene este desprestigio de todo lo más santo y lo más noble?

—¿De dónde viene?

—Del comercio; de los judíos, del dinero... Se ha exagerado la vida mercantil, se han abierto Bancos en todas partes, se ha considerado que todo se puede comprar y vender, y ha venido la inmoralidad y la abyección más completa... Ya ¿qué remedio queda? Para mí no queda más que uno. Preparar la guerra.

—¿Contra quién?

—Contra todo el mundo —exclamó don Matías—. Debemos comprar armas, cañones, ametralladoras... Los españoles nos echaremos primero contra Gibraltar y

luego todos los países de Europa nos reuniremos y haremos la guerra a Rusia, en donde los canallas de judíos y bolcheviques, que todos son unos, han proclamado el derecho al aborto...

—Acabemos con el cornezuelo de centeno y con la ruda y con los demás abortivos populares —dijo el boticario.

—Esos hombres todo lo han falsificado, lo han corrompido; han envenenado la sangre de los niños y han levantado el Becerro de Oro enfrente de todas las ideas nobles de la Humanidad... Yo, que soy un viejo, pero que comprendo que viene alguna catástrofe después de esta tragedia, me pondré al frente de todos los que quieran seguirme.

El pobre señor profetizó el Juicio Final y el crepúsculo de los dioses. Pero allí estaba él, el último de todos, dispuesto al sacrificio. Él comprendía la obra indispensable que había que realizar y estaba dispuesto a dirigir los terribles combates contra las hordas inmundas de los adoradores del Becerro de Oro, dispuesto a dar la vida si fuera necesario. Para la norma de la lucha iba a presentar a la Sociedad de Naciones un proyecto de la Santa Alianza Universal, concebido en los términos que iba a leer.

El viejo sacó un papel del bolsillo y comenzó a leer un reglamento de artículos absurdos. Estos artículos contrastaban con lo dicho antes por él, que no era tan disparatado.

Las palabras de don Matías se oyeron en un coro de risas y carcajadas, y cuando concluyó se le aplaudió a rabiar. Uno de los concurrentes le preguntó al viejo si le permitiría hacer una fotografía, Él de pie y el admirador de rodillas.

Don Matías rechazó la proposición con dignidad, porque no quería la humillación de nadie.

DESPUÉS SE INVITÓ A HABLAR a don Tadeo el teósofo. Este notaba la broma a medias y no quiso levantarse para hablar.

Había padecido una enfermedad en la cara, mezcla de seborrea y de eczema, y estaba rojo, lustroso y sin cejas. Como todo lo que podía ser malo y denigrante para los demás se convertía en cosa excelsa para él, se llamaba a sí mismo El Mago Rojo de la Carolina, porque era de este pueblo.

Don Tadeo dijo muchas necesidades con muy poca gracia. Don Tadeo era más bien un pedante que un loco. Tenía un arsenal de libros de teosofía baratos donde libaba sus lucubraciones.

Don Tadeo, además de su cazurrería y de su mala intención, tenía una marcada incoherencia en el pensamiento y pasaba de una cosa a otra sin poder acabar sus razones.

Así, al referir una discusión sostenida por él en Sevilla, se puso a hablar de la Giralda y de su altura; después, de los suicidas; luego, de un militar alemán que, para ascender, enviaba a sus superiores píldoras de cianuro por correo y les recomendaba que las tomaran, y, por último, de la fábrica de aceite donde trabajaba.

El mago rojo era tan estúpido como incoherente y no valía la pena de oírle.

Fermín comenzó a hablar en voz alta con don Matías.

—Yo, en parte —le dijo—, estoy muy conforme con usted; pero creo que usted exagera un poco.

—Sí, sí, no digo que no; pero es por convencer, por hacer efecto en el público —dijo el viejo candorosamente.

Eran ya cerca de las dos y hora de retirarse. Fermín y Michel se despidieron de todos. El médico se acercó a Fermín.

—No creo que me considerará usted, como comunista, como un chiflado más, dentro de este cuadro de perturbados —dijo.

—No, hombre; no.

—Adiós, hasta mañana, que iré por el hotel a verles a ustedes. ¿No se marcharán mañana por la mañana?

—No. En tal caso nos iremos por la tarde. Venga usted a comer con nosotros.

—Muy bien. Iré.

LIBRO CUARTO

EL CAZADOR FURTIVO

AL DÍA SIGUIENTE el médico joven apareció en el hotel y se sentó a comer con los forasteros. Hablaron muy largamente de asuntos de actualidad.

—¿Piensan ustedes marcharse hoy? —preguntó el doctor.

—Sí; nos iremos por la tarde, después de comer. Podemos llegar a Madrid por la noche.

—Sí, con facilidad. ¿Qué les pareció a ustedes la reunión de ayer en nuestro círculo?

—Muy curiosa, muy interesante —contestó Fermín—. Don Matías es un gran tipo, un Quijote, hombre noble; el otro, no; el teósofo es un mamarracho.

—Tiene usted razón.

—Lo que es curioso es que en una ciudad relativamente pequeña haya tal cantidad de chiflados —observó Michel.

—Es la consecuencia de la holganza —dijo el módico—. Si rigiera el comunismo no habría un casino así. Mire usted. La Casa del Pueblo es una cosa seria, pobre y miserable, si usted quiere; pero seria.

—Sí, es verdad. El casino, en cambio, es pintoresco —repuso Fermín.

—Cierto, muy original. Hemos venido a Andalucía por curiosidad, y lo más curioso es lo que hemos visto aquí —dijo Michel—. Nuestro amigo don Fermín aseguraba que en Andalucía íbamos a ver cosas trágicas.

—¿Y no han visto ustedes nada trágico por ahora?

—Nada, afortunadamente. Hemos estado en Sevilla una semana y luego hemos pasado un par de días en un cortijo. En esa propiedad está de aperador un paisano nuestro, un vasco que se llama Marcos.

—¿No será en el Carrascal?

—En el mismo. Qué, ¿conoce usted el pueblo?

—Sí, hombre; he estado año y medio de médico ahí. ¿Así, que habrán parado ustedes en casa de don Antonio García Pérez?

—Sí, señor.

—¿Es amigo de ustedes?

—No, no lo conocíamos. Lo hemos conocido por Marcos.

—Puede usted hablar mal del señor García Pérez si quiere, porque para mí, al menos, es un hombre bastante antipático —dijo Fermín.

—El señor García Pérez es uno de los déspotas más acabados de esta región —aseguró el médico—. Es hijo de uno de los grandes usureros de Andalucía.

—Eso nos dijeron en Sevilla —afirmó Michel.

—Su padre, por artes de usura, se quedó con la posesión que tiene en el Carrascal

y con el enorme coto de caza. Esa posesión era de un marqués que se arruinó haciendo tonterías.

—Es el procedimiento general de arruinarse —dijo Fermín.

—Algunos se arruinan también haciendo maravillas y heroicidades —observó Michel.

—Pero son pocos.

—El señor García Pérez —prosiguió el médico— se considera como un señor feudal. Para él no hay leyes ni nada. Sus leyes son sus fueros; sus pragmáticas, su voluntad. Cree que su coto es sagrado. Antes, en la época de la Monarquía, cuando algunos muchachos de las familias pobres del pueblo entraban a robar bellotas o a coger leña, mandaba darles terribles palizas y a algunos les afeitaba la mitad de la cabeza, o con una máquina de cortar el pelo ordenaba que les hicieran dos rayas formando una cruz en la coronilla, o que les afeitaran las cejas. A los hombres que cogía *in fraganti* los llevaba a la cárcel e influía en la Guardia Civil para que los condenaran a muchos meses de encierro.

—Así que es un gran cacique.

—Gran es poco. El señor García Pérez, Marcos, el paisano de ustedes, y un guarda jurado de la propiedad, el Rondeño, intervinieron en un asunto muy feo en el cual yo tuve alguna participación. Quizá estuve un tanto imprudente y quijotesco. Hoy no sé lo que hubiera hecho.

—¿Y qué pasó? —preguntó Fermín.

—Se lo contaré a ustedes. Espérenme un momento —dijo el médico—. Voy a telefonar a casa a ver si hay algo urgente. No me gusta hacer esperar a los enfermos.

El médico salió al comedor y volvió al poco rato.

—Hasta las tres estoy libre. Les contaré a ustedes lo que pasó en el Carrascal.

Marcos, el paisano de ustedes, buena persona para sus amigos y allegados, se muestra con los trabajadores hombre duro y ordenancista.

El Rondeño, de quien les hablaba, y a quien llaman también *el Tuerto*, es un bandido. Los guardas jurados aquí en Andalucía, como en casi toda España, se creen autoridad, y el Rondeño es de los más declarados matones del país.

El Rondeño suele andar a caballo, con su sombrero ancho, su traje pardo, la bandolera cruzada y la escopeta al hombro.

El que se descuida con él se ha lucido, porque tiene muy mala entraña.

El Rondeño es un ciudadano de cuidado; fue, alternativamente, contrabandista y carabinero, y tuvo varios procesos. El Rondeño es hombre de un corazón muy negro.

El Rondeño tuvo amistades y complicidades con un bandolero llamado *Chisparría*, que, además de contrabandista, se entendía con la gente del Vivillo y del Pinales para robar en los cortijos de la sierra. El Rondeño, que era cómplice del Chisparría, le preparó una emboscada e hizo que lo mataran los carabineros a tiros en

una rambla de Sierra Bermeja, con lo cual se libró de un cómplice de sus raterías que en cualquier ocasión podía comprometerle.

Cuando se metió a carabinero, y cuento lo que él mismo ha contado, el sargento o el oficial cobraban una contribución a los contrabandistas. El sargento mandaba poner una manta en la carretera y encima un gorro.

«Señores —decía a los jefes contrabandistas—, hoy hay que apoquinar diez duros por barba.»

Y cada jefe de una partida dejaba la contribución en papel o en plata en el gorro.

Después iban los carabineros y se repartían la contribución. Esto pasaba en la provincia de Málaga. Así desmoralizaron a los contrabandistas y a los carabineros. Entonces vino un hombre terne, un capitán chiquitillo, pero muy bravo, y dijo: «Yo voy a cortar los abusos de raíz».

Y formó una compañía de gente decidida, la Compañía del Lunar, porque todos mostraban un lunar en la mejilla. El que no lo tenía se dejaba sin afeitar unos pelos de la barba, y el que era lampiño se pintaba el lunar con nitrato de plata.

El Rondeño se metió en la Compañía del Lunar, para presumir de hombre honrado, mas no duró mucho en la partida; siguió sus mañas, le sumariaron y le echaron del Cuerpo. Entonces se trasladó a Algeciras, donde se hizo contrabandista, y allí fue donde perdió el ojo. De Algeciras marchó a Cádiz y de Cádiz a Sevilla, donde le conoció el señor García Pérez.

Como les he dicho a ustedes, García Pérez era el rey absoluto del Carrascal, y sus dos ministros, Mareos y el Rondeño, tomaban proporciones de tiranuelos. El señor García Pérez se creía un Luis XI y consideraba a sus dos criados como si fueran el uno Tristán *el Ermitaño* y el otro Oliverio *el Gamo*.

García Pérez se mostraba descontento con la marcha de los asuntos del Carrascal. El que su coto no fuera intangible le exasperaba. Para él la Guardia Civil en el pueblo debía tener como objeto más importante y primordial el cuidar de su propiedad.

CERCA DEL COTO, al lado de uno de sus tapiales, a una legua lo menos del poblado del Carrascal, vivía un tipo de esos de merodeador, de cazador furtivo, hombre furioso, insociable, indisciplinado e incapaz de trabajar con constancia.

—¿Un *braconnier*? —preguntó Anita.

—Eso es, un *braconnier* —repitió el médico—. Este hombre, el Pacorro, había decidido vivir de la posesión de García Pérez. Todos los días, generalmente de noche, entraba en el coto por sitios solo conocidos por él y daba una batida. Cazaba conejos, liebres y perdices, y se llevaba haces de leña. Sacaba también plantas de tabaco y raíces de regaliz, que aquí llaman *palo du*. Para extraer tales raíces es necesario cavar hondo en la tierra, así que suelen quedar las huellas muy marcadas.

Respecto al tabaco, no había manera de denunciarle, pues hubiera habido que reconocer que en el cortijo se cultivaba este fraudulentamente.

Al año, alguna corta temporada el Pacorro trabajaba en los olivares con el hocino o se dedicaba por algunos días a la recova de huevos.

La casa del Pacorro no pertenecía al término municipal del Carrascal, sino a otro pueblo inmediato, llamado los Villares.

Esto le venía bien al merodeador, porque las denuncias de sus fechorías se tramitaban en el juzgado de los Villares, donde García Pérez no solo no tenía influencia, sino más bien hostilidad.

Varias veces Marcos y el Rondeño invitaron al Pacorro a reportarse; le dijeron que anduviese con cuidado, que lo iban a llevar a la cárcel; pero el hombre no hacía caso. Seguía cazando, ponía lazos para los conejos y las liebres, y no le cogían.

Se contaban historias para asustar a los chicos del Pacorro. Había matado a un guarda y tomado hacía años parte en el secuestro del hijo de un propietario de los contornos. Era bárbaro y sanguinario.

Su mala fama de ratero y merodeador se conocía en toda la comarca.

Al principio se decía que se entendía con el Rondeño, y quizá fuera verdad; pero luego se enemistaron los dos por algo y se mostraron hostiles.

El Rondeño quería hacer un servicio a los ojos del amo y se quedaba a veces en la posesión, de noche, espiando.

Creyó ver varias veces al merodeador, y le hizo fuego, pero no le dio. Una vez, el Pacorro disparó al fogonazo su escopeta y le metió unos perdigones en el brazo al Rondeño.

«Un hombre así —decía García Pérez, furioso— es peor que una manada de lobos o de zorros, porque los lobos o los zorros cogen la caza para comerla, pero el Pacorro la coge para comerla y para venderla, así que es insaciable.»

García Pérez decidió poner cepos de hierro como para los lobos. Estos cepos podían destrozar el pie al que cayera en ellos.

También se pusieron trampas en el campo, cerca de la tapia, hoyos con estacas en el fondo, con la boca disimulada por ramas de jara o de retama.

Marcos fue a ver al Pacorro y le dijo:

—Mira, Pacorro; ten cuidado, que esto te va a costar muy caro, y no entres en el coto. El amo considera los asaltos a su propiedad más como un insulto que como un perjuicio. Yo te daré trabajo y la leña que necesites a condición de que no asaltes la propiedad.

—Yo no entro en el coto ni robo —contestó el merodeador, con su voz bronca.

Marcos se marchó enfurecido al ver que su gestión amistosa no daba resultado.

El Pacorro conocía el coto maravillosamente, y cuando saltaba las tapias y los setos tanteaba con una vara el terreno y conseguía cerrar las trampas e inutilizarlas.

El Pacorro tenía varios chicos pequeños y una muchacha de diecisiete a dieciocho años, María Jesús, blanca, escrofulosa, de ojos azules, medio simple, de sangre pobre y muy holgazana.

En un pueblo próximo al Carrascal, pueblo ya bastante grande, había un hombre extraño, un invertido, a quien llamaban de mote *el Nardo*. El Nardo, un perfecto cínico, se dedicaba a vender muchachas a las personas ricas de los contornos.

A mí, cuando me veía, me decía tranquilamente:

—Usted, doctor, no quiere trabajar conmigo, y ya ve usted qué género tengo.

Y me mostraba un paquete de fotografías de distintas muchachas del pueblo y de los alrededores.

El Nardo, otro cazador como el Pacorro, otra ave carnicera, aunque de una caza más vil, vio a la hija del Pacorro, María Jesús, y la consideró como buena, presa.

Había en el pueblo próximo al Carrascal un hombre rico dedicado a la agricultura, dueño de un magnífico cortijo llamado la Herrería. Este hombre, en otro tiempo rival en la comarca de García Pérez, luego se hizo amigo de este. Era un tipo alto, corpulento, un poco chato, con bigote negro corto y aire de orgullo y de suficiencia. Usted, probablemente, don Fermín, le hubiera encontrado aire de almohade o de almorávide. Se llamaba don Juan y tenía sobre García Pérez la ventaja de ser buen orador y de contar con amistades entre los políticos de Madrid.

Era otro señorito matón; consideraba, como García Pérez, el mundo hecho exclusivamente para él.

El Nardo fue a ver a don Juan y le mostró la fotografía de la hija del Pacorro e hicieron un trato.

La chica María Jesús lo aceptó también, aunque, dada su limitada inteligencia, no sabía seguramente lo que se hacía. Algunos dijeron que la madre, la mujer del Pacorro, entró a la parte.

Llevó el Nardo a la chica al molino del Francés, donde la esperaba don Juan, y fuera por lo que fuese, a los tres o cuatro días la muchacha cayó enferma. Estaba en

una edad crítica. Yo no la visité. El caso es que la María Jesús murió al poco tiempo. El médico del pueblo próximo certificó la muerte como de fiebre tifoidea.

EL PACORRO, cuando se enteró de todo, reaccionó como una verdadera fiera. Le pegó una paliza a su mujer que la dejó baldada por algunas semanas.

Luego se acercó al cortijo de la Herrería, donde pasaba una temporada don Juan, y le disparó un tiro, casi a boca de jarro; la bala le pasó por encima de la cabeza. Don Juan, asustado y furioso, preparó con la Guardia Civil y los guardas jurados una batida contra el Pacorro. Marcos y el Rondeño tomaron parte en la persecución. No dio el menor resultado.

El Pacorro se metió en el despoblado del Gallo. Lo conocía palmo a palmo. Se escondía en los pozos y en los matorrales. No hubo manera de cogerlo. Según dijeron, estuvo durante varios días en un agujero detrás del altar de una ermita.

Alguien seguramente le llevaba la comida y le protegía.

Una noche, en el Molino del Maíllo, la Guardia Civil y los guardas iban a rodearle, cuando alguien gritó desde lejos: «¡Pacorro, juye!».

Y él desapareció al momento, no se supo por dónde.

Pocas semanas después, se iba echando en olvido el proyecto de coger al Pacorro, pasaba don Juan en auto por el paraje llamado la Fuente de la Mora, cerca del Sotillo, cuando el chofer vio al Pacorro detrás del tronco de una encina con la escopeta preparada.

El chofer puso el auto a toda velocidad. El Pacorro disparó dos veces, pero no hizo blanco. El auto escapó. Entonces don Juan, asustado, en lugar de mandar guardiaciviles, tomó el tren y se marchó a Madrid y después a Biarritz.

El Pacorro, en su desesperación sombría, ya no tomó precauciones en sus rapiñas; entraba y salía en el coto de García Pérez sin miedo de que le vieran, con la carabina al hombro, dispuesto a pegarle un tiro a cualquiera.

Entonces Marcos, el paisano de ustedes, y el Rondeño, por orden del amo, llenaron la proximidad de la tapia de trampas y de cepos.

El Pacorro despreciaba y se reía de aquellos artefactos.

Por entonces, un anochecer, el Rondeño se encontró al merodeador en el campo.

—Mira, Pacorro, ten cuidado —le dijo—, que te huele la cabeza a pólvora.

—Lo mismo le digo a *uté*, que tenga *cuidiao* —le contestó el Pacorro, agarrando la escopeta.

El Rondeño hizo retroceder el caballo que montaba y se metió de prisa entre los árboles.

Una noche, el Pacorro, al entrar en el coto, al ir tanteando las trampas, en vez de marchar, como de costumbre, con una vara larga y dar con ella en los sitios sospechosos, llevó por descuido un palo corto, y un cepo se le cerró y le rompió los

dedos de la mano derecha.

El hombre, frenético, tiró y dejó los dedos en los dientes del instrumento; luego, rabioso con la fuerza del dolor y de la desesperación, se dirigió a la tapia, la escaló y al tirarse al otro lado cayó en el camino y se hizo una herida grave en la cabeza. Al oír sus lamentos, la mujer le ayudó a llegar a su casucha.

Me llamaron a mí. El hombre no hablaba, mugía y echaba espuma por la boca. Dos días después moría de congestión cerebral.

—*Oh, quelle sale histoire!* —dijo Anita estremecida.

Michel y Fermín no replicaron.

—Yo entonces —siguió diciendo el médico— quise agitar al pueblo y reuní a los braceros en las tabernas y les conté lo que había ocurrido. No conseguí nada. La mayoría encontraba que la cosa no tenía nada de particular.

Se había hecho un trato entre la María Jesús, su madre y don Juan. Sería un comercio feo, pero ¡qué se iba hacer!

García Pérez sabía muy bien lo ocurrido y guardó silencio.

La mujer del Pacorro dijo en todas partes que no era verdad lo atribuido a don Juan, y cuando llegó este al cortijo de la Herrería, en el pueblo inmediato al Carrascal, se presentó en la procesión de Viernes Santo, y en un mitin poco después habló de las viles calumnias que se le imputaban y fue aplaudidísimo. Era un hombre respetable, considerado y buen católico. Yo quedé en mala situación y tuve que dejar el pueblo.

—Es natural. Siempre se quiebra la cuerda por lo más delgado —dijo Fermín.

—Cosas así —añadió el médico— han sido moneda corriente en Andalucía.

Eran ya las tres. El médico bebió el resto de una copa de coñac.

—¿Ustedes tendrán que preparar su viaje?

—Sí.

—Yo también me voy, porque es mi hora de consulta.

El médico se despidió de los forasteros amablemente. Les deseó feliz viaje y se marchó del hotel.

Anita comentó la relación con grandes extremos.

—Cuidado que en todos los idiomas hay calificativos expresivos para el corazón; pero esa frase tan sencilla de que el Rondeño tenía el corazón negro me ha parecido terrible por su exactitud.

Fermín marchó a pagar la cuenta en la fonda; luego fue con el mozo a dejar los equipajes en el auto.

Salieron del pueblo y tomaron la carretera hacia Madrid. El tiempo estaba soberbio. El cielo sin una nube. A media tarde pasaron por delante de una ermita abandonada.

Se detuvieron a contemplar el campo silencioso.

—¿Qué impresión le ha producido a usted Andalucía? —preguntó Fermín a Anita.

—No sé por qué me ha producido mucha pena.

—Es cosa rara. A nosotros los españoles nos da una impresión parecida.

Al anochecer marchaban por los campos de Castilla. El cielo tenía una calma infinita. En el camino, cerca de los pueblos, se encontraban yuntas de mulas con aperos de labranza, carros y aldeanos montados en las ancas de los borriquillos.

—Este trabajo de la tierra siempre da a los que se dedican a él un aire de siervos de la gleba —dijo Fermín.

—Sí; pero también un aire de gentes tranquilas —replicó Anita.

Ya entrada la noche se acercaron a Madrid, que brillaba con sus luces.

—El año que viene volveremos a Andalucía —dijo Fermín.

—Sí, sí, volveremos; ya lo creo.

LIBRO QUINTO

LOS MILAGROS DE EZQUIOGA

EL DÍA de comienzos de septiembre parecía ya de entrado el otoño. La niebla se agarraba a los montes y dejaba flecos brumosos blancos entre las arboledas. El cielo se deshacía en una llovizna continua. El caer de las gotas menudas de agua se notaba sobre todo al fijar la vista en los fondos oscuros del bosque. El ambiente estaba templado. Los maizales comenzaban a amarillear. En las praderas, recién segadas, se levantaban montones cónicos de heno y pastaban ovejas de lanas pardas.

Anita, Michel, Fermín Acha y un sobrino de este, hijo de don Leandro, de dieciocho años, llamado también Leandro, volvían de Bilbao, donde habían pasado el día, y marchaban en auto por una carretera guipuzcoana, cruzando en aquel momento por Vergara, camino de Ezquioga.

Al pasar por Vergara se habló de las apariciones de Ezquioga.

—Es cosa curiosa —dijo en broma Fermín—; casi todas las revoluciones tienen síntomas parecidos. Nosotros, antes de la revolución, hemos tenido nuestro Mesmer o nuestro Rasputín, el doctor Asuero, y ahora tenemos nuestra crisis mística con apariciones y demás historias.

—¿Y usted qué cree de eso? —preguntó Michel.

—¡Qué sé yo!

—Eso no es más que una farsa —dijo Leandro el estudiante.

—Es una opinión como otra cualquiera.

—Es cómico —observó el estudiante—. Va a resultar que ustedes creen también algo en eso.

—No, creer no —repuso Michel—; pero es, sin disputa, una manifestación interesante.

—Nada interesante. Una invención de algunos perturbados favorecida por los curas.

—La juventud es muy audaz —afirmó en broma Fermín.

—La vejez es un poco tonta —contestó el sobrino.

—¿Usted cree que estas supuestas apariciones convienen a los curas? —preguntó Michel.

—Yo creo que no.

—¿Entonces qué cree usted? ¿Cree usted que será un truco?

—¡Claro que sí! —saltó el estudiante.

—Mira, para dar versiones simplistas y que después de todo no divierten, vale más no darlas —sentenció Fermín.

—¿Así que usted no cree que es un truco?

—No. ¡Es tan fácil ver visiones en el campo al anochecer o de noche! —observó Fermín—. Un tronco torcido de un árbol, una roca blanca entre el ramaje y ya tiene usted motivo de una aparición. En cambio, es difícil, imposible en nuestro tiempo, hacer un truco deliberado. Cuantas más complicaciones tuviera se descubriría mejor.

—Yo, la verdad, no he querido ir a Ezquioga —aseguró Anita—. Mi prima me ha

querido convencer para que vaya. Yo le he dicho que no. Respeto mucho la religión para presenciar una cosa así, que a mí me parece una irreverencia.

—Después de todo, no habían ustedes de ver nada —dijo el estudiante.

—No importa.

—¡Quién podría pensar que aquellas algaradas que presenciamos en Madrid en la primavera tendrían una derivación de esta clase en el País Vasco! —exclamó Michel.

—Revolución y misticismo son cosas paralelas —dijo Fermín.

—Si el Gobierno tomara una actitud radical no pasarían estas cosas —afirmó el estudiante.

—¿Qué puede hacer el Gobierno? —preguntó Michel.

—¿Qué puede hacer? Prohibir las apariciones.

—Hombre, eso me parece muy grotesco —exclamó Fermín—. ¡Prohibir las apariciones a nombre de la libertad! Desde mañana nadie podrá tener apariciones, aunque se vuelva loco y tenga fiebre. Es muy cómico.

—Pues es lo que hay que hacer.

—En cambio, se permitirá a los espiritistas que evoquen a los espíritus y les obliguen a mover los veladores como si fueran mozos de cuerda. Es de lo más divertido que se pueda imaginar. En fin, quizá esta sea una manifestación de laicismo. Se dará permiso por el ministro de la Gobernación para que se presenten los espíritus laicos en las casas de huéspedes donde se practica la teosofía y el espiritismo, pero se prohibirá la aparición de los espíritus religiosos en los matorrales y en los bosques.

—Usted ríase. Yo creo que no hay que permitir que el clero se desmande, y si lo hace, castigarle.

—Podríamos descuartizar al cardenal primado —dijo Fermín con seriedad burlona— y dar de comer su carne a los perros.

—Sí; pero ¿la comerían? —preguntó Michel riendo.

—Es muy dudoso.

—Su eminencia tiene una enfermedad en el hígado —añadió Fermín—. ¡Figúrese usted qué gusto tendrá!

—Sí, no estará muy apetecible considerado como producto alimenticio —repuso el francés.

—¡Oh, por Dios, Michel! ¡Qué bromas! —exclamó Anita.

—No les haga usted caso, doña Anita —indicó el estudiante—; quieren poner en solfa la tendencia de los verdaderos revolucionarios. Es la incompreensión de los señores que tiran para viejos.

—Respecto al obispo de Vitoria, los verdaderos revolucionarios podrían embalsamarle vivo —siguió diciendo Fermín.

—Sí, sí, ríanse ustedes —gritó el estudiante—; pero mientras no se castigue con mano fuerte a los curas, harán lo que les dé la gana.

—¿Y qué les parecería a los verdaderos revolucionarios si pusiéramos un impuesto progresivo sobre el agua bendita? —preguntó Fermín—; podríamos

clasificarla en sencilla, doble y triple.

—¿Pero cómo la reconoceríamos? —preguntó Michel siguiendo la broma—; porque hay un densímetro para la leche, pero para el agua bendita no hay pesaleches que sirva.

—Otra cosa práctica sería establecer un impuesto para las hostias, un estampillado especial.

—Yo me tapo los oídos para no oír más disparates —dijo Anita—; pueden ustedes decir todas las barbaridades que quieran.

—Otra medida muy conveniente que podríamos tomar los verdaderos revolucionarios sería fusilar a todos los campesinos —indicó Fermín.

—Gran idea. En eso estoy con usted —repuso Michel—. Los conozco y sé cómo son.

—Naturalmente, después de los campesinos vendrían los curas.

—Y los frailes.

—La piel de estos se podría emplear en tarjeteros, carteras, bolsos de señora, etcétera, etcétera. A los de aquí les podríamos poner el letrero de *Made in Euskadi*.

El estudiante, viendo que los dos señores seguían la broma, dijo:

—No quiero contestarles a ustedes porque no vale la pena. Son ustedes dos reaccionarios de tomo y lomo que no comprenden el pensamiento moderno.

—Si el pensamiento moderno no consiste más que en esos radicalismos conocidos y viejos, no vale la pena de conocerlo... De todas maneras, queríamos decir que esa forma categórica y estridente de afirmar está a la altura de cualquiera.

El joven Leandro calló, un tanto molesto.

—Yo no creo en la supuesta superioridad de los que tienen ideas religiosas sobre los que no las tienen —dijo Fermín—, ni tampoco en la superioridad de los ateos.

—A mí me parece lo mismo.

—Renán creía que el estudio comparado de las religiones formaría el más hermoso capítulo de la historia del espíritu humano. En él hablaba el especialista en historia religiosa. Yo no veo por qué el conjunto de extravagancias de una Humanidad probablemente inferior pueda ser un honor para nosotros.

—Yo tampoco.

—Evidentemente, la superioridad está en otras cosas. Yo creo que lo esencial es la bondad y la cultura. ¿No le parece a usted?

—Me parece evidente. Y eso que yo he tenido cierta fe en la infancia.

—¿Cuándo entró usted en el seminario?

—Sí. Una fe vaga, inconcreta. Nosotros los católicos, los que siguen practicando y los que hemos abandonado el catolicismo, tenemos una posición espiritual insegura para muchas cosas. Una de las grandes ventajas de los protestantes ha sido el leer asiduamente y con atención un libro durante cientos de años. Nosotros, la gente de tradición católica, no hemos leído nada con atención sostenida. Yo no he conocido escritor moderno ni cura que haya leído un libro de los famosos con asiduidad y bien.

—¿Cree usted que leer cualquier libro importante hubiera sido lo mismo? —preguntó Michel.

—Yo creo que sí. No hemos leído, no hemos pensado; nuestra religión no ha pasado de ser un pragmatismo, reglas de conducta nada más. Como nuestros movimientos son más instintivos que reflexivos, todos los que actualmente en España han tomado una parte apasionada en los acontecimientos actuales probablemente cambiarán de opinión. Los aristócratas que se escaparon del país volverán arrepentidos, los incendiarios se confesarán y comulgarán, los revolucionarios se harán conservadores, los comunistas terminarán en usureros y aquí no habrá pasado nada.

—Sí. Muchas fantasías corren hoy por encima de nuestros pueblos, del Norte al Sur y del Este al Oeste. Probablemente serán cosas pasajeras.

—A mí no me parecen mal estas fantasías si no producen sangre, incendios y atropellos. Ahora, si los producen, me parecen mal siempre. Bien está la utopía como gimnasia del espíritu; ahora, como panacea es una estupidez. Hay gentes que creen en todas esas quisicosas de la legislación perfecta. Eso me parece bien para las repúblicas sudamericanas. A mí me honraría más como español que hubiera aquí un Pasteur, un Galileo, un Beethoven u otro Goya, que todas las legislaciones perfectas del mundo.

—¿Se puede tener un entusiasmo grande por esta República? —preguntó Michel.

—¿Por qué no? —dijo el estudiante.

—A mí todo esto me parece un poco viejo —contestó Fermín—. No hacemos más que repetir. Vivimos en el reino de los tópicos. Es muy difícil mirar este cambio como un hecho dramático sugestivo.

—El mirar una revolución como un hecho dramático sugestivo es también un tópico —replicó el estudiante.

—¡Claro! No hay más que posiciones establecidas y amaneradas; una es esta: la revolución como drama popular; la otra, el cambio de gobierno por su utilidad práctica.

—Esa es la única posición moderna.

—Sí; pero no puedes decir que haya un gran entusiasmo en España en el medio social porque considere que ha ganado en sentido utilitario con el cambio de gobierno. Los ricos que tienen acciones están asustados porque sus valores bajan; los propietarios dicen que lo que más les molesta es la incertidumbre, el no saber qué quiere hacer el gobierno de sus tierras; los obreros están en huelga constantemente. No hablemos ya de los curas, de los frailes, de los catalanistas, de los *bizkaitarras*, de los conservadores, de los sindicalistas y de los comunistas. Los únicos que están contentos son los militares jubilados por el ministro de la Guerra, que ganan su sueldo íntegro paseándose, sin tener que probar el rancho, y los diputados socialistas con grandes sueldos, que encuentran que este es el mejor de los mundos posibles.

—Esa es la ironía estéril del siglo XIX.

—A ver qué es lo que es fecundo.

—Hacer.

—¿Hacer qué? ¿O es que tú crees que hablar y dar gritos es hacer algo?

—Y desde el punto de vista de la pura utilidad —dijo Michel—, ¿usted cree que al clero le convengan estas supuestas apariciones de Ezquioga?

—Yo creo que no. Si empiezan a aparecer vírgenes y santos aquí y allá, el viejo fondo pagano del vasco va a salir a la superficie, y las reuniones de fieles que se congregan para presenciar la aparición de una virgen se van a convertir en aquelarres y va a aparecer el Basajaun, Tusuri o la Dama de Amboto.

—Tiene usted que reconocer que eso sería muy interesante.

—Interesantísimo. La renovación del paganismo autóctono de un país. Sería algo maravilloso, tanto como ver a un diplodoco o a un plesiosauro vivo por la carretera.

—Creo que nos podemos despedir de presenciar ese espectáculo.

—Me parece que sí.

—Y esa tendencia de algunos curas y jesuitas de venir a Ezquioga a comprobar el milagro, ¿qué le parece a usted? —preguntó Michel.

—Hombre, eso es una estupidez. Yo no sé todavía qué milagro se ha cronometrado. Se cree o no se cree. Lo demás son necedades. Salomón Reinach ha escrito un artículo muy luminoso titulado *De la influencia de las imágenes sobre la formación de los mitos*, y explica de una manera muy lógica y racional la aparición de la Virgen de Lourdes a la Bernardeta y la influencia que tuvo en esto la propaganda de la Concepción de Murillo, del Louvre; pero esta explicación tan plausible, ¿convencerá al creyente? ¡Qué le va a convencer! Cronometrar el milagro es algo estólido. Eso no se le ocurre más que a estos pobres jesuitas actuales, que son la pedantería hecha carne.

Llegaron, ya de noche, a una parte del camino llena de autos. Un miquelete les indicó el sitio donde debían colocarse y esperar, y les cobró una pequeña cantidad.

—Amigo, la Diputación de Guipúzcoa es sabia —dijo Fermín— ya ha inventado un impuesto para ver a la Virgen. Esto es pragmatismo y lo demás es broma.

—Oye, Anita, ¿no quieres que veamos qué clase de gente anda por aquí? —preguntó Michel.

—Bueno, vamos.

Leandro el estudiante no quiso bajar del auto, por no manifestar curiosidad por una cosa que despreciaba. Anita, Fermín y Michel se acercaron a una taberna llena de gente. Un muchacho de Ataun, que pretendía haber visto a la Virgen varias veces, contaba sus impresiones en vascuence. Los curiosos le preguntaban con pertinacia y con vehemencia. Ya mareado por las preguntas, el joven daba detalles contradictorios. Un hombre vendía tarjetas postales de la campa de Ezquioga.

Anita encontró entre la gente a una mujer de Vera a quien conocía, acompañada

de un viejo, alto, con una boina pequeña y un paraguas grande.

Fermín le preguntó:

—¿Y qué? ¿Ha visto usted algo?

La mujer contestó balbuceando y de una manera incoherente.

Todo el día había estado lloviendo... Al anoecer subieron por una cuesta arcillosa, de *bustiña* decía ella, donde se escurrían los pies...; iban niños, mujeres, viejos y muchos cojos, mancos y contrahechos... En el alto llegaron a un raso del cerro con una cruz, y alrededor unos manzanales... Allí vio ella unas muchachas en éxtasis. Una gran multitud cantaba la salve... Era imponente.

—¿Pero usted ha visto algo? —le volvió a preguntar Fermín.

—Sí; me ha parecido ver luces.

Fermín sonrió.

El viejo de la boina pequeña y del gran paraguas, al notar lo, exclamó de una manera insinuante:

—No hay que reírse de eso. No; no hay que reírse. Es cosa de mucha majestad...; sí, sí..., de mucha majestad es eso.

—Bueno. ¿Volvemos? —preguntó Michel.

—Sí; vamos ya.

Al volver vieron delante del automóvil, en la oscuridad, tres personas: un cura, una mujer y un joven vestido de negro con aire de seminarista. Le preguntaban a Leandro si podrían llevar a aquella señora a San Sebastián, y Leandro con displicencia contestaba que el automóvil no era suyo.

Michel se acercó a enterarse de lo que ocurría. El cura dio una explicación. Aquella señora, llegada por la tarde en un autobús desde un pueblo próximo a San Sebastián, se sintió enferma, no pudo volver en el mismo vehículo y se tuvo que quedar.

—Si ustedes pudieran llevarla a San Sebastián... —añadió el cura.

—Bueno; la llevaremos.

—Es una obra de caridad —dijo el cura con cierta pedantería.

—Sí, sí, que suba —contestó Michel. Y abriendo la portezuela del coche levantó los dos asientos de la bigotera.

Se le ayudó a la señora a subir, y ella y Anita se sentaron en el fondo, Michel y Leandro en el pescante y Fermín en uno de los asientos.

—Todavía hay otro sitio —dijo Michel.

—Hala. Entra tú —dijo el cura al joven con aire de seminarista—. Este se queda en Andoain.

Echaron a andar en silencio.

—¿Vienen ustedes aquí por fervor? —preguntó de pronto el seminarista con cierto aire impertinente y altivo.

—No —contestó con sequedad Fermín.

La voz y el tono del seminarista le molestaron.

—¿Entonces, por curiosidad?

—Sí, por curiosidad y porque nos venía de paso.

El seminarista calló un momento.

—¿Es que no son ustedes creyentes?

—Yo, nada.

Tardó bastante Michel en salir de la madeja de automóviles que ocupaba la carretera. Al pasar por un poblado, un grupo de aldeanos gritó con fervor:

—¡Viva Cristo Rey!

—¡Qué estupidez! —exclamó Fermín.

—¿Cuál? —preguntó el seminarista.

—Esa de llamar a Cristo rey. ¡Qué honor para un auténtico hijo de Dios el ser rey en un rincón de un pequeño planeta!

—¡Yo no veo la estupidez! —murmuró el seminarista.

—Es un grito como otro cualquiera —dijo Leandro.

—Un autor francés —repuso Fermín, dirigiéndose a su sobrino— recogió una anécdota un poco brutal de un cantor de la corte de Felipe IV llamado Juan Cabezas. Cuando Juan Cabezas entró en el paraíso a formar parte del divino coro, se distinguió tanto, que Dios, que le escuchaba con gran atención, dijo bruscamente a los ángeles: «Callad, melones, que ahora canta Juan Cabezas, cantador del rey mi señor».

—¿Y qué quiere usted decir con eso? —preguntó el seminarista.

—Eso necesita una explicación —añadió Leandro.

—Nuestros clericales —siguió diciendo Fermín, siempre hablando con su sobrino— no tienen una idea clara del sistema solar ni del universo. Si la tuvieran y sospecharan, como sospechan hoy los astrónomos, que hay otros universos además del nuestro, comprenderían que el honor de nombrar rey a Cristo de un rincón de una provincia española es bastante ridículo. Si a Einstein, el matemático, que no tiene más comunidad con Jesucristo que ser de raza judía, le hiciéramos en Vera académico correspondiente de la Academia de Cherri-buztango-errecá, nos reiríamos de este honor. Los clericales persisten en creer que llamar rey al hijo de su Dios es para él una distinción muy honorífica. A ver, Joshé Miguel o Martín Joshé, hay que hacer un trono, pero de buena madera, con tornillos magníficos. Le pintaremos de purpurina, le pondremos un dosel con una tela que traeremos de las Galerías Lafayette de San Juan de Luz. Haremos un trono que sea tan bueno que pueda servir hasta para que se sienta el obispo de Vitoria.

—¡Ya está disparado mi tío! —dijo Leandro—. ¡Qué tipo!

—La pequeñez de nuestro planeta con relación al universo —replicó el seminarista con voz colérica— no puede tener importancia. Para el infinito y para la eternidad, lo grande y lo pequeño es lo mismo.

A esto el seminarista añadió un latinajo.

—Si lo grande y lo pequeño es lo mismo, ¿a qué viene esa ridiculez de llamar a Cristo rey? Lo mismo daría llamarle alcalde, ministro o presidente de la República.

—Es una manera de expresar el fervor cristiano.

—Yo supongo que la mayoría de la gente no tiene idea del sistema solar y de la Tierra —aseguró Fermín con indiferencia—. Lo mismo les pasa a los católicos que a los protestantes. Un viajero explorador habló hace años con Kruger, el presidente de la república boer, y con otros ciudadanos del Transvaal, lectores de la Biblia, que le dijeron que no podía haber dado la vuelta a la Tierra porque la Tierra no era redonda.

—Los católicos no somos tan atrasados.

—Los que hemos leído algo, aunque poco —dijo Fermín—, tenemos una idea somera del sistema solar que forma parte del universo sensible. En el sistema solar la Tierra es insignificante. En el universo, el Sol no es nada, una burbujilla de luz. Ahora parece que se va comprobando que hay otros universos. Si se pone uno a pensar, hay que reconocer que el Dios personal, con toda su buena voluntad, si quisiera encontrar en los espacios nuestro planeta no lo conseguiría por ser tan pequeño y tan insignificante.

—¿Es que usted cree entonces que Cristo era un impostor cuando se llamaba hijo de Dios? —preguntó el seminarista.

—¿Usted cree que los fundadores de las otras religiones eran impostores?

—¿Quiénes?

—Buda, Confucio, Zoroastro, los demás.

—Sí; creo que eran impostores.

—Yo no.

—Contra todas las ironías de los descreídos, los vascos seguiremos gritando: ¡Viva Cristo Rey!

—No estaría mal que Cristo fuera rey o dictador; lo malo es —siguió diciendo Acha— que de Cristo rey nos llevan al Papa rey; del Papa rey, al Obispo rey; del Obispo rey, al párroco rey, y del párroco rey, al cabo de la Guardia Civil rey, que es en último término el que defiende la hacienda de los ricos. Yo no acepto estas realezas.

—El vasco, el verdadero vasco, es muy religioso, muy católico —aseguró fieramente el seminarista.

—No sé; quizá. No sé cuál es el verdadero vasco. Cierto que el vasco acepta con gusto una disciplina en la vida, un pragmatismo para la existencia cotidiana; pero esto no supone, ni mucho menos, un espíritu místico. También se quiere creer que el vasco ha sido monoteísta siempre, cosa evidentemente falsa. La evangelización del País Vasco ha sido la más tardía de España. En los campos, nuestros paisanos no llevarán más de cinco o seis siglos de cristianismo. ¿Y qué significan estos cinco o seis siglos al lado de los trescientos o cuatrocientos que han llevado los *euskaldunas* de magismo, de animismo y de politeísmo? Si hay algunos españoles que sean paganos de corazón, esos somos nosotros. Nuestros antepasados han vivido adorando al Sol, a

la Luna, a los árboles y a las fuentes. Si hoy hay apariciones en el país, se puede creer con mayores visos de verdad que son divinidades vascas de los bosques y no representaciones de mitos semíticos.

—Eso es una broma. ¿Y San Ignacio?

—Yo tengo mi teoría sobre San Ignacio. Supongo que el Íñigo Sáez o López o como se llamara, individuo de una raza no monoteísta, coge el catolicismo con el frenesí del neófito. A Ernesto Renán le preguntaba alguno de sus conocidos de dónde le venía su afán de conocimiento, y Renán decía que había tenido un gran número de ascendientes que no sabían leer y que el deseo oscuro de todos ellos de instruirse se había reconcentrado en él. Quizá le pasaba lo mismo a Loyola: tenía el ansia del catecúmeno de una raza politeísta.

—Las explicaciones racionalistas no me convencen —dijo el seminarista—. Tengo la fe.

Y volvió a soltar otro latín.

—En eso estamos de acuerdo. ¿Se tiene la fe? Basta. Yo también creo en el sentimiento, no en el razonamiento. No he visto nunca que la gente se convenza de algo por la eficacia de los argumentos, sobre todo en orden religioso y sentimental.

—Pero entonces, ¿con qué se va a convencer? —preguntó Leandro.

—Si el argumento tuviera esa virtualidad, veríamos que unos materialistas se hacían espiritualistas; unos católicos, protestantes, y unos cristianos, budistas, o al contrario, por la fuerza de los argumentos.

—Eso no se ha visto nunca, es verdad —dijo Michel.

—Todo ello es consecuencia de la vieja dialéctica de los escolásticos y un poco del culto semítico de la palabra. Todavía se oye decir en alguna vieja ciudad española, refiriéndose a algún canónigo que se considera talentudo: «Demuestra la existencia de Dios por matemáticas», o «Demuestra la verdad del dogma con silogismos».

—Hay que ir a la verdad —afirmó el seminarista.

—No sabemos lo que es la verdad.

—La verdad está en la Iglesia.

—Para ustedes. Para nosotros la verdad está en la ciencia.

—Pero ustedes no han construido nada.

—La ciencia está empezando. Con el tiempo probablemente llegará a dar reglas fijas seguras de moral.

—O no llegará.

—Nosotros tenemos fe en la ciencia, creemos que llegará a eso.

Mientras hablaban, Michel había tomado rápidamente la carretera hacia Ormaiztegui, y después, por Villafranca e Isasondo, hacia Villabona.

—Los libros santos están ahí. No hay necesidad de nuevas experiencias —dijo el

seminarista, y remachó su afirmación con unos latines.

—No habrá necesidad de experiencias, pero sí de interpretaciones. No hay página bíblica que no se preste a un sinfín de interpretaciones —dijo Fermín— desde el primer versículo del génesis, donde unos leen un dios y los otros leen los dioses, los *elohim*, hasta el Apocalipsis, ¡qué cantidad de interpretaciones!

—Bien. Se comprende que la religión no puede ser un teorema —replicó el seminarista—. Necesita la fe. La religión es demasiado vasta y lo abarca todo. De ella se desprende una moral. Una moral perfecta. Ustedes, en cambio, los paganos, los partidarios de la ciencia, no tienen ninguna moral.

—Me parece mucho afirmar.

—No pueden ustedes presentar una ética clara y precisa. Desde la moral de los estoicos hasta ese Nietzsche que preconizaba la crueldad y el crimen, tienen ustedes todas las morales, que es lo mismo que no tener ninguna.

—Cierto; no cabe duda que las religiones antiguas y el catolicismo en Europa tienen un pragmatismo sabio y práctico; pero eso no es una demostración de su verdad teórica.

—¿No?

—Para mí no. La exactitud de una teoría social no quiere decir que sea aplicable y práctica, ni la falsedad de una utopía religiosa quiere decir que con ella no se pueda fundar un grupo social vivo y fuerte.

—Eso parece un poco sofístico —dijo Leandro.

—No —replicó Fermín—. Muchas teorías comunistas lógicas, racionales, no se han podido llevar a la práctica ni siquiera en pequeño; en cambio, un sistema tan absurdo y a base de una mixtificación burda, como el de los mormones, produjo en el siglo pasado uno de los grupos sociales más fuertes y más tenaces.

—¿Entonces hay que creer en la eficacia de la mentira? —dijo Leandro.

—¿Por qué no? Si se da en algún caso, hay que creer en ella como eficaz.

—La mentira vital y fecunda.

—Yo creo que el pragmatismo católico es bueno —observó el seminarista— porque dimana de la verdad.

—Yo no lo creo así. Además, me parece un pragmatismo negativo para muchas cosas de la vida.

—Para el vicio solamente.

—Habría que saber lo que es el vicio. Para ustedes, todos los defectos del mundo son inherentes a la naturaleza humana.

—Y lo son.

—El mundo es un enemigo del alma. Nosotros creemos que la sociedad y el hombre que la crea pueden mejorar.

—El superhombre —observó el seminarista con ironía.

—No, el superhombre no; pero el hombre más natural, más científico. Ustedes creen que todo está hecho, que nada hay que hacer; nosotros pensamos que hay

todavía mucho que hacer.

—Sin la moral cristiana el hombre no será más que un animal ansioso y criminal. No hay más que la moral cristiana.

—¡Bah! La moral cristiana no impide que haya granujas, usureros y asesinos entre los creyentes...

—No hable usted así, por Dios —dijo de pronto la mujer que iba en el auto, con una voz entrecortada por el llanto—. Dios le va a castigar.

—Perdone usted —contestó Fermín—; si le molesta no hablaré. No creí que se fijara en la conversación.

—Por otra parte, un interlocutor se queda aquí —indicó el seminarista con voz malhumorada—. Estamos ya en Andoain. Señores, buenas noches y muchas gracias.

Se detuvo un momento el auto y bajó el seminarista.

—Ya verá usted a mi tío —dijo Leandro a Michel— cómo tendrá que lavarse las manos al llegar a casa.

—¿Por qué?

—Siempre que se encuentra con gente que le desagrada va a lavarse las manos. Como ha sido seminarista y ha leído, sin duda con fervor, los Evangelios, recuerda a Pilatos. No sé si lo hace sin pensarlo o pensándolo, pero lo hace siempre.

En poco tiempo estaban en San Sebastián.

—¿Dónde la llevamos a usted? —preguntó Anita a la mujer.

—A un hotel, a un hotel cualquiera.

Cuando entraron en el hotel pudieron ver el aspecto de la desconocida que venía con ellos. Era una mujer de unos cuarenta años, alta, delgada, con el rostro trastornado y desencajado. En el hotel conocían a Fermín y este contó al encargado lo ocurrido.

Anita y una camarera acompañaron en el ascensor a aquella mujer. La subieron a un cuarto, la desnudaron, la llevaron a la cama, y como estaba temblando le pusieron bolsas con agua caliente a los pies.

Cuando salió Anita del cuarto, Fermín le preguntó:

—¿Qué le pasa a esa mujer?

—Yo creo que está delirando.

—Podríamos preguntarle en qué pueblo vive y avisar por teléfono.

—Me parece bien.

Entraron en el cuarto. Fermín le hizo algunas preguntas a la enferma con cierta energía, y ella contestó diciendo su nombre, su apellido y el pueblo donde vivía, a poca distancia de San Sebastián.

—Espere usted si quiere un momento aquí, Anita. Yo telefonearé y veremos qué contestan.

Fermín telefoneó al pueblo y contestó al momento uno de la familia, diciendo que salían en seguida para San Sebastián en automóvil para recoger a la enferma.

Fermín volvió al cuarto.

—He hablado con un pariente de esta señora. Dice que viene en seguida con un médico. A usted le hace mella todo esto, Anita. Yo estaré aquí hasta que venga ese pariente y el médico. Le daremos a la enferma un poco de agua de azahar.

Anita aprovechó la ocasión para marcharse.

La enferma tendría unos cuarenta a cuarenta y cinco años. Estaba muy pálida. Al principio comenzó a temblar y a rechinar los dientes; luego le fueron saliendo colores en las mejillas y comenzó a delirar por lo bajo.

Fermín intentó tranquilizarla hablándole con energía. Ella escuchaba y a veces se sobreponía a su delirio.

—Estoy muy mal. Muy intranquila —decía—; que llamen a un sacerdote.

—Ya vendrá. Ahora van a venir sus parientes.

Era un delirio mixto de religioso y de erótico. Se creía perseguida por alguien.

—Ese hombre... ¿qué me quiere?...; no, no, por Dios...; es el diablo... sí, es el diablo...; yo no le he llamado..., yo no le he dicho que venga...

Después sollozaba y seguía:

—Esta confesión es mala, incompleta... y la comunión sacrílega... ¡qué horror! Dios mío... estoy en pecado mortal... Veo hostias blancas por todas partes y banderas rojas.

La enferma, en su monólogo, se reprochaba actos pueriles, manifestaba terrores absurdos. Las palabras de Fermín la tranquilizaban y decía con voz apagada:

—Muchas gracias, muchas gracias.

Fermín, con su afición a interpretar los hechos, pensó:

—Esta es una solterona con un ataque de histerismo quizá de la proximidad de la edad crítica, y en ella se une la exaltación mística con algo erótico.

A eso de las nueve entraron en el cuarto de la enferma dos hombres: uno era su pariente y el otro el médico.

El pariente era un aldeano de unos cuarenta años, con aire seco y malhumorado. El médico, de tipo más amable, parecía alegre y sonriente.

Fermín explicó a los dos lo ocurrido y cómo habían traído a aquella señorita en automóvil de Ezquioga.

El médico, después de escuchar lo que dijo Fermín, fue a interrogar y a reconocer a la enferma. El pariente se mostró grosero, desconfiado y receloso. Fermín se molestó y le dijo de pronto con cierta cólera:

—Es posible que crea usted que mis amigos y yo hemos traído a esta señorita

desde Ezquioga con algún fin poco confesable. Si lo cree usted así, cree usted una estupidez y no tengo más que marcharme.

—Yo no he dicho nada —replicó el pariente en un tono brusco y huraño.

—No lo ha dicho usted, pero lo ha dado usted a entender. Buenas noches.

—No se vaya usted así —dijo la enferma—. ¡Muchas gracias! ¡Muchas gracias! Dele usted también las gracias a sus amigos por su amabilidad.

Fermín salió del cuarto y fue a un lavabo, donde se lavó las manos como si las tuviera infectadas. Después bajó al salón, donde estaban Anita y Michel.

—¿Cenaremos aquí?

—Yo creo que sí; lo que le parezca a Anita.

—A mí me parece bien.

—¿Y Leandro, mi sobrino?

—Se ha ido a buscar a un amigo.

—¿Ha visto usted a los parientes de esa señorita?

—Sí. ¡Qué gente! ¡Qué cantidad de bestias hay en el mundo!

—¿Por qué lo dice usted?

Fermín contó lo que le había ocurrido con el pariente de la enferma.

—No haga usted caso —dijo Michel—. ¡Qué importa!

—Bueno, Michel. Vamos al comedor. Diremos también una frasecita en latín, como ese esquinado hijo del maestro Ignacio que ha venido con nosotros.

—Dígala usted, Fermín; yo no recuerdo ninguna.

—*Edamus et bibamus cras enim moriemur.*

—¿Qué quiere decir?

—Comamos y bebamos, que mañana moriremos.

En la cena Fermín se rio del debate de pedantería que habían tenido entre el seminarista y él mientras iban en el auto.

Cuando estaban en los postres, el médico venido a ver a la enferma se presentó en el comedor a saludarles.

—¿Qué tal la enferma? —le preguntaron.

—Bien. Le he puesto una pequeña inyección de morfina y se ha quedado tranquila. Me ha recomendado otra vez que les dé a ustedes las gracias.

—¿Y el pariente?

—Ese ha quedado muy incomodado con usted —contestó el médico riendo.

—Que se vaya a paseo. ¡Qué bestia!

—Sí, es un cazurro. Tiene sus motivos. Este es un hombre que está casado con una sobrina de esta señorita, que es una desequilibrada, ya en la menopausia. Esta tenía un pretendiente, y como la sobrina y su marido no quieren que se case, porque tiene algún dinero y piensan heredarla, han hecho lo posible para impedir la boda y lo han conseguido. Esta pobre mujer, de poca suerte, vive aislada por sus allegados. Un

cura joven, amigo de este hombre, la espanta con sus amenazas de castigos de ultratumba. Le dicen que la gente de la calle es muy peligrosa, que está expuesta a mil asechanzas.

»Esta mañana esta señorita se ha confesado, ha comulgado, ha ido a Ezquioga con otras dos mujeres del pueblo en un autobús, no ha comido, y con la exaltación del misticismo le ha dado este arrechucho y no ha podido reunirse con sus compañeras. Después, ustedes han estado amables con ella, lo que va en contra de lo que le predicán los parientes de que la gente es muy peligrosa.

El médico estuvo charlando un rato.

—¡Qué porquería de gente! —exclamó Fermín—. Me voy a lavar otra vez las manos.

A las diez salieron en el auto y se dirigieron a Vera.

La noche estaba húmeda y templada. Fueron despacio. Fermín comenzó a cantar, luego siguió Michel y después Anita. Ella marcaba la melodía y ellos la octava baja.

—Así debía ser la vida —dijo Fermín—, como una canción...; pero casi siempre es como una disputa.

LIBRO SEXTO

LOS AGUILUCHOS DE LA FAI

I

POR LA MANCHA

UN AÑO DESPUÉS, en la primavera, iban de nuevo camino de Andalucía Anita, Michel y Fermín.

Marchaban cruzando las llanuras castellanas un día de marzo. Dejaban atrás pueblos grandes, polvorientos, resplandecientes por el sol; pueblos achaparrados, ensimismados, con casas bajas continuadas por corrales. El campo aparecía verde, monótono en algunas partes, estepario en otras.

Rompían la monotonía de las llanuras los cerros calvos, con torrenteras rojas y amarillas; los grupos de chopos en las márgenes de un arroyo y los olivos negruzcos y retorcidos; los carros de siete y ocho mulas iban despacio por el camino, y algún automóvil pequeño y destartado, luchando contra el viento, dejaba al pasar un reguero de polvo.

Cruzaron Valdepeñas, con sus viñas y sus bodegas, y Santa Cruz de Mudela, pueblo de pequeñas fraguas. Al pasar por Almuradiel se detuvieron un instante. Fermín le preguntó a un carretero:

—Oiga usted, amigo: ¿dónde está la Venta de Cárdenas?

—La Venta de Cárdenas es una estación del tren.

—Pero ¿no hay una venta antigua que se llama así?

—No, señor. Allí, en Despeñaperros, hay una venta antigua; pero la llamamos la venta del Melocotón.

—Es curioso —dijo Fermín—, porque esta Venta de Cárdenas debía de tener fama en su tiempo. Todavía, cuando yo era estudiante, se representaba un pasillo o entremés que se llamaba *La Venta de Cárdenas*.

Antes de entrar en el desfiladero vieron unos viejos tapiales de piedras y adobes. Quizá era todo lo que quedaba de la antigua posada o mesón.

Se acercaron a la grieta de Despeñaperros, con sus rocas amenazadoras, sus encinas y sus carrascas, y el torrente mugidor y lleno de espuma.

—Es hermoso, pero no tan dramático como Pancorbo —dijo Michel.

—No. Aquello es de lo más dramático de España. Despeñaperros es un sitio estratégico, uno de los pasos más importantes de Castilla a Andalucía. En tiempo de los árabes los cristianos forzaron el paso para dar la batalla de las Navas de Tolosa; aquí cerca los franceses derrotaron a los españoles con el general Mortier, y los españoles a los franceses en Bailén. Por estos barrancos se ha encontrado, en el Collado de los Jardines de Santa Elena, un santuario prehistórico con exvotos de bronce.

Al entrar en Andalucía los detuvo la Guardia Civil.

—¿Vienen ustedes de Madrid? —les preguntaron.

—Sí, señor.

—¿Adónde van?

—Vamos a Córdoba a pasar la Semana Santa.

—¿Son ustedes franceses?

—Sí.

—Bueno. Pueden seguir.

A PRIMERA HORA DE LA TARDE estaban ya en Andalucía, y antes de hacerse de noche en Córdoba.

El hotel se hallaba en un paseo exterior, cerca de los Jardines de la Victoria. Era un hotel de turistas, sobre todo de ingleses, con un comedor grande y pomposo. En la cena, el jefe de comedor, al oír a Michel y a Fermín que hablaban de Ascaín y de Vera, les dijo:

—Yo he estado también allí.

—¡Hombre!

—Sí. Yo soy austríaco de Viena. Estaba trabajando en Bagnères-de-Luchon cuando se declaró la guerra. Quise marchar a mi país, pero me prendieron y me llevaron a un depósito de prisioneros próximo al Boucau de Bayona, y me escapé. Fui con unos contrabandistas que metían seda en España hasta Ascaín, y de allí pasé por Vera a San Sebastián.

El vienés era pequeño, rubio, con los ojos azules. Habló de su vida en Hungría, en una finca de caballos, en donde todavía los domadores maceraban la carne en la silla de montar para comerla a estilo cosaco.

Contó cómo había desaparecido con la guerra el vino de Tokai, esa mezcla de fuego y azúcar, según la frase usada en el país. Las últimas botellas del viñedo de Mesesmale se las llevaron para el rey de Inglaterra. Ya se podía considerar que el vino de Tokai auténtico no existía.

Al salir del comedor, Anita tuvo la grata sorpresa de encontrar a una señora paisana y amiga suya, casada con un inglés, aficionada también a la pintura, a quien conocía de Ascaín. Después de charlar en el *hall* del hotel, en donde había muchos ingleses, se fueron a acostar.

Al día siguiente, muy por la mañana, Anita, Michel, Fermín y el matrimonio francoinglés salieron a la calle.

El matrimonio, Anita y Michel querían ver la Mezquita, y Fermín les acompañó. Conocía ya Córdoba de hacía mucho tiempo.

—El pueblo este es muy bonito —dijo Michel—, pero tiene aire de gran aldea.

—Sí. Se dice que Isabel la Católica preguntó a uno de sus políticos qué le parecía Córdoba, y este contestó: «Son varias aldeas reunidas a un Ayuntamiento».

Llegaron a la Mezquita y entraron en el Patio de los Naranjos. Sonaban las campanas estrepitosamente.

—¿Ustedes van a ver la iglesia? —dijo Fermín.

—Sí. ¿Usted no?

—No. No me gusta ver las iglesias. Además, no sé nada de estas cosas de arte

árabe. Voy a fumar aquí un cigarro...

Fermín se sentó en un banco, al lado de un viejo, y le ofreció un cigarro; el viejo lo aceptó con gusto.

—Oiga usted —le preguntó Fermín—. ¿Este patio lo cierran de noche?

—Sí, señó. La *catedrá tie tezero*, y la guardan de los *ladrone* uno perros a los que se oye *ladrá* de noche.

—Así, que todo esto queda cerrado.

—Sí, señó; *to* queda *cerrao*.

—¿Qué tal se vive aquí en el pueblo? ¿Hay trabajo?

—Poco.

—Así, que peor que antes.

—*Peó*. *Disen* que esta gran miseria *coge to er* mundo y que aún en España estamos *mejó* que en *otroz* lados.

—Y la gente, ¿tiene idea de qué viene eso?

—Se supone que a consecuencia de la guerra, que se ha *gastao* mucho y se ha *derrochao er* dinero y las *cozas*, y que ahora ya no se puede *recomponé* lo que se ha roto.

—Eso debe de ser, sí.

—*Usté* lo sabrá *mejó* que yo.

—Con certeza no lo sabe nadie.

El viejo dio su explicación sobre el estado del mundo, las ideas políticas y la guerra mundial. Todo venía de las ambiciones de los reyes, y sobre todo del Kaiser, que estaba *guillado*. Este se había querido apoderar de Europa y marchó con lo mejor de su ejército camino de Francia, pero entonces *lo berga* le pararon los pies.

—¿*Lo berga*?

—Sí, hombre; un *puñao* de *berga*. Es cosa *conosía*.

—¿Los belgas? Sí, sí.

Durante la conversación se les acercó un mendigo con manta y alforja al hombro, garrote en la mano derecha y en la mano izquierda una cesta. Era medio ciego y se hallaba tostado por el sol. Se sentó en el mismo banco sin decir palabra.

—¿Me darían ustedes un cigarro? —preguntó.

—Sí, hombre —le dijo Fermín.

—Este es tan pobre como yo —dijo el viejo—; ni *má* ni *meno*.

—Pues ¿qué es? —le preguntó Fermín.

—Es un mangante de *ofisio*.

Aparecieron en el patio la pintora francesa y su marido. Anita y Michel dieron la vuelta a la Mezquita, pasaron por delante del Triunfo y se acercaron al río, amarillento, de color de barro.

—¿Y está siempre de este color el Guadalquivir? —preguntó la francesa.

—Yo siempre lo he visto así —contestó Fermín—. Lo que no es obstáculo para que un poeta cordobés escribiera una poesía que comenzaba diciendo:

*Del Betis cristalino
junto a la orilla,
de Córdoba en los bellos
alrededores.*

Yo he pasado bastantes veces por esta parte de Andalucía y no he visto nunca este río cristalino. Asegurarlo es demostrar una tendencia a la mentira y al lugar común, porque lo mismo se puede elogiar un río por su color claro cristalino que por su color de oro.

—A mí me parece un río americano —observó Anita.

—Y este pueblo no tiene arrabales —dijo Michel—. Es raro.

—Por lo menos por aquí, por la parte del río, no hay apenas casas.

Estuvieron un rato a orillas del río, cerca del puente. Vieron pasar algunos pobres ennegrecidos por el sol, de aire dramático, pañuelo atado a la cabeza debajo del sombrero, que venían, sin duda, del Campo de la Verdad. Subieron después hacia el centro.

En la fuente de la plaza del Potro unas muchachas cogían el agua con una caña que luego guardaban en un portal. Había allí posadas muy bonitas, con sus patios con parras y sus tejados cubiertos por jaramagos en flor.

—¿Usted sabe el camino? —preguntó el inglés.

—No hay más que subir y se llega a la plaza.

—Debe de ser muy difícil orientarse en estas callejuelas. Esto es un laberinto —dijo el inglés.

Fueron subiendo por una calle hasta llegar a la plaza.

—Pero aquí no se ven apenas mujeres —observó Michel.

—Muy pocas, casi ninguna; al menos en la calle; ni en Córdoba ni en Sevilla. Sin embargo, oirá usted hablar a los andaluces del mujerío de estos pueblos como si lo tuviera usted constantemente a la vista. Es una hipérbole andaluza. Las mujeres, guapas o feas, estarán en su casa; pero la verdad es que no se las ve.

En la calle principal del pueblo había unas fotografías de dos viejos asesinados en una aldea y junto con ellas el retrato del asesino. Algunas mujeres se paraban a contemplarle y se dirigían a él.

«Uy qué cara de granuja tiene... Habrá *perdío*... Matar a esos *pobreticos*... Uy qué mal hombre, ¡qué mal hombre!»

Al pasar por la misma calle a salir al paseo del Gran Capitán, Fermín les mostró el Club Guerrita.

—¿Quién es ese Guerrita? —preguntó el inglés.

—Es un torero. Es el tope en el plano inclinado de un pueblo; de Séneca a Averroes, de Averroes a Góngora, de Góngora al duque de Rivas y del duque de Rivas a Guerrita.

Al llegar al hotel les esperaba un señor, a quien recomendaron a Fermín en Madrid y a quien habían avisado su llegada. Era un hombre moreno, expresivo, con

anteojos, envuelto en una capa parda. Tenía una cara irregular y el aire un tanto simio. Se llamaba don Rafael Benomar. Estaba muy metido en los asuntos de la política republicana, de esta política española del momento, en la cual todos los grupos tienen cambiadas las etiquetas, pues los radicales no son radicales, sino conservadores; los progresistas no son progresistas; los socialistas no son socialistas, y los agrarios no son agrarios.

Don Rafael hacía su fuego de guerrillas. Era de los radicales no radicales, que luchaba contra los socialistas no socialistas.

Los enemigos, los socialistas no socialistas, decían que don Rafael se presentó en un concurso de belleza en su pueblo y le nombraron «miss Cabra». Había nacido en esta ciudad.

Don Rafael le dijo a Fermín que lo tenía a su disposición, que les serviría de cicerone con mucho gusto.

—Le voy a dejar el número de mi teléfono y usted me telefonea cuando quiera, y yo les acompaño a ustedes.

—Bueno. Muy bien. Muchas gracias.

Entraron en el comedor. El vienes les atendió con gran solicitud. Había una familia andaluza del género de la de García Pérez, muy entonados, muy desdeñosos y muy de punta en blanco.

«Esta burguesía andaluza es cursi, provinciana —dijo Fermín—. Todos esos grandes aires de señor son cosa pasada, que no hacen efecto en nadie. El pueblo tiene indudablemente aquí más sencillez y más gracia que la gente rica.»

DESPUÉS DE COMER, Michel pensó que lo mejor sería dar una vuelta en auto por la Sierra. Anita prefería quedarse en el hotel con su amiga pintora.

—¿Le avisamos al señor que ha estado aquí? —preguntó Fermín.

—Sí; ¿por qué no? Si quiere usted.

Se le avisó y don Rafael vino en seguida. El automóvil tomó hacia Sierra Morena; subió a las alturas y se detuvo en medio del campo.

El cielo estaba limpio, el aire seco; reinaba un gran silencio.

—Tanta tierra y tan pocas casas y tan pocos hombres le sobrecoge a uno un poco —dijo Michel.

—Somos gente de horizonte limitado, de paisaje verde, pequeño y húmedo —añadió Fermín.

En lo alto de una cañada vieron pastores y ganados trashumantes.

—Vamos a parar un rato delante de estos pastores para verlos.

Paró Michel, y dos pastores se acercaron. Uno era un hombre flaco, aguileño, de color de cobre; el otro gordo y sanchopancesco. Iban acompañados de un mastín blanco.

—Qué, ¿se os ha estropeado a *ustés* el cacharro? —preguntó el flaco a Fermín.

—No; el cacharro está bien. Vamos a echar un vistazo a estos campos.

—¿No *sois ustés* de aquí? —interrogó el más grueso.

—Este señor es de aquí, el otro es francés, yo soy vascongado.

—¡Ah, ya!

—¿Vienen ustedes de lejos?

—Sí, de bastante lejos; por las cañas.

—¿Y qué se dice por ahí entre los pastores?

—Qué *quíé usté* que se diga.

—¿Están contentos con la República?

—Los que chupan de ella, mucho; los otros, *ná* —contestó el flaco irónicamente. El grueso se echó a reír.

—¿Hay comunistas entre los pastores? —preguntó Fermín.

—De todo hay, como en botica.

—Esta gente también está ya agriada —dijo Fermín a Michel en vasco.

—¿Para qué vamos a ir más lejos? —preguntó don Rafael.

Volvieron.

—¿Quieren ustedes que veamos la finca de un bilbaíno al bajar hacia Córdoba? Tiene una hermosa vista sobre la ciudad —indicó el señor Benomar.

Se acercaron a Córdoba, tomaron un camino lateral y subieron luego una cuesta

para llegar a la Huerta de los Arcos. Se abarcaba desde ella la ciudad con su aire romano y los meandros del río en la campiña.

Michel habló de la depresión del Guadalquivir. Don Rafael mostró a lo lejos la sierra de Cabra; más atrás, los montes de Priego, y vagamente, Sierra Nevada.

El anochecer mostraba la magia del crepúsculo andaluz. El cielo se llenaba de nubes de color de rosa. Michel llevó el auto despacio. Pasaba el cabrero atezado, con su sombrero ancho y sus cabras; algunas reatas de mulos de cola larga y de burros con su albarda iban despacio, y el arriero marchaba montado en las ancas.

Las colinas mostraban cuadros verdes de trigo y cebada ya nacidos y cuadros pardonegruzcos que esperaban la siembra. Llegaron a Córdoba; Anita seguía charlando con la señora francesa, y Michel y Fermín fueron con don Rafael a un círculo. No había mucha gente; era allí todo un poco ceremonioso. Don Rafael les presentó a unos señores, dos de ellos propietarios, otro profesor del Instituto y otro militar. Alguno de estos señores, que antes del cambio de gobierno eran monárquicos y conservadores, se transformaron, como mariposas al salir de la crisálida, en republicanos radicales no radicales. A pesar de su nueva etiqueta, un poco aparatosa, eran muy reaccionarios. El profesor se lamentaba de la estridencia de la revolución.

—Yo no encuentro esta revolución nada estridente, sino todo lo contrario —dijo Fermín—; me parece una cosa comedida, modestita y un poco mediocre.

—Eso es un síntoma de civilización —observó el militar.

—No sé si es civilización o debilidad —replicó Fermín—; pero me inclino más a creer esto último.

—Es que la ley de defensa de la República apaga los impulsos bélicos de los protestantes —dijo el profesor.

—Sí, quizá los apague demasiado.

—¿Pero cómo puede usted decir eso? Si esto arde —exclamó uno de los propietarios.

—Qué quiere usted. A mí me parece que no arde lo suficiente.

—Don Fermín es un revolucionario —observó don Rafael.

El militar explicó los proyectos de los monárquicos y cómo Alfonso XIII iba a reconocer como rey al infante don Alfonso Carlos y cómo después de este heredaría el trono otra vez Alfonso XIII, que abdicaría en su hijo don Juan.

—Todo eso me parece de una puerilidad y de un desconocimiento del país absoluto —dijo Fermín—. Eso tendría algún valor en tiempo de Calomarde. Hoy no tiene valor ninguno.

Nadie tenía interés en insistir en la cuestión, y Fermín y Michel se fueron al hotel. Cenaron y después de cenar salieron los dos a la calle. Por todas partes se oían canciones, palmadas y oles en las calles.

POR LA MAÑANA, al día siguiente, fueron a la plaza.

Había una animación extraordinaria. Se veían las posadas y tabernas con un pasillo largo y profundo y luego un patio, con escaleras y balcones interiores, como decoraciones de teatro. En los arcos, los churreros, con sus calderos y sus jeringas, llenaban el aire de una nube acre de aceite frito.

—Demasiado pintoresco —dijo Michel irónicamente.

Se instalaban al aire libre zapateros remendones y vendedores de botijos. Un relojero viejo, delante de una mesita, con gabán negro y sombrero blando, con una lente en el ojo, inclinado sobre un reloj, se torcía y no se le veía la cara. En el interior de los arcos, las cordelerías y las talabarterías mostraban sus mantas y sus jáquimas; las carnicerías, sus piernas de vaca. Las tabernas se veían llenas de gente.

—Hablan de usted y de tú al mismo tiempo —observó Michel.

—Sí. Eso es muy andaluz.

—Y a veces al pronunciar casi parecen gallegos.

—Es verdad.

Entraron en el Mercado del centro de la plaza, y en esto vieron a dos guardias municipales que llevaban presos a tres muchachos.

—¿Qué son? —preguntó Fermín a un hombre—. ¿Son ladrones?

—No, son *manfloritas*.

Eran, sin duda, invertidos, y los llevaban a la cárcel. Uno de ellos tenía un aire terrible: alto, flaco, con el pelo largo y rizado; una frente estrecha, de un dedo de alta, frente de chimpancé; los ojos pequeños, como de jabalí, de mirada salvaje y huraña; la cara rojiza, morruda, con los labios salientes y pintados. Otro, de aspecto principesco, impasible, era rubio, esbelto, pálido, con un ligero bigote dorado y vestía un jersey blanco. Podría haber sido un palaciego de la corte de Luis de Baviera, el amigo de Wagner. El tercero, más vulgar, presentaba el tipo del pillastre corriente, la cara angulosa, el pelo negro, fuerte, y el labio belfo.

El primero miraba al público, que se reía, con un aire de reto, de desafío, amenazador. El otro, el del jersey, exangüe, blanco como el papel, pierrot enharinado, se mostraba indiferente a la ironía popular. El tercero parecía un granuja, un cínico.

—Ha visto usted ese alto, con esa frente de chimpancé —dijo Fermín—. ¡Qué hostilidad! Si pudiera, no lo pasaría muy bien la gente. Se nota que tiene intenciones aviesas.

—Se ve en él odio y rencor —contestó Michel.

Los sacaron a los tres del Mercado y se los llevaron.

—Andaban siempre por aquí en las tabernas jugando a las cartas y granujeando

—dijo uno gordo y pacífico.

—¿Y quiénes son? —preguntó otro.

—El alto y el pálido no son de aquí. El otro es el hijo de un serio.

—¿Quiénes son los serios? —preguntó Fermín.

—Aquí les llaman así a los del Orden público; como van tan formales.

Este hombre gordo y pacífico, con ganas de hablar, contó que hacía unos años unos ladrones habían hecho un escalo en la plaza hasta un Banco, que robaron. Los ladrones tenían una recua de borricos en la casa y en ellos iban sacando la tierra de la mina que hacían.

—¡Qué charlatanes son! —dijo Michel riendo, cuando el hombre gordo acabó su relación y se fue.

—Lo da el país. Nosotros tenemos ganas de hablar cuando queremos decir alguna cosa, sea que valga o no valga la pena; pero a estos les gusta hablar siempre. Tienen una mezcla de pesadez y de viveza rara. Se plantan delante de un mostrador y están charlando dos horas.

Volvieron Michel y Fermín hacia su barrio, oyendo las conversaciones a derecha e izquierda.

Un hombre ya viejo, con facha de sacristán, le decía a otro más joven, muy convencido:

—El hombre que no cree en la religión no se *pue* llamar *ezpañol*.

El otro le replicaba:

—¿Y quién *zabe*? Que quizá no se *quiá yamá azín* el que no tenga religión.

Una vieja le decía a una muchachita:

—¿Para qué va con *eze* mantón si no *hase* frío, niña?

—Porque me da la gana —contestaba la chica con desgarro.

—Cuanto te *quite* la ropa te *va a encontrá* como una patata *cosía*.

DON RAFAEL BENOMAR *miss Cabra*, el radical no radical, enemigo acérrimo de los socialistas no socialistas, les quiso llevar a ver los rincones pintorescos de la ciudad. A don Rafael le gustaba emplear palabras raras que solamente se encuentran en el diccionario.

—Vea usted esa casa con albaranes —le indicó a Fermín.

—¿Albaranes? —dijo con extrañeza este.

—Sí; son los papeles que se ponen para indicar que se alquila una casa.

—¿Es palabra que se emplea en el pueblo?

—No, yo no la he visto más que escrita.

—Ah, ya; siga usted.

El señor Benomar colocaba sus palabras sabias y escogidas siempre que podía. Miss Cabra presumía de ser moro de estirpe y de conocer Córdoba como nadie.

Don Rafael les dirigió por la calle Mayor de San Lorenzo a la Puerta de Plasencia, que da al campo del Marrubial.

—Aquí, donde está el cuartel, había una plaza, el campo del Marrubial —dijo don Rafael.

—El marrubial, ¿qué es esto? —preguntó Fermín.

—El marrubio es una planta labiada —observó Michel.

—Sí, eso es —añadió el cicerone—. Aquí estaba el quemadero de la Inquisición.

—¿Y a quiénes quemaban?

—A los judaizantes.

Benomar los llevó al barrio de Doña Marina.

—Este es el barrio de los piconeros y de los toreros; por aquí están la calle de los Moriscos y la de los Marroquíes. Cerca está la calle de Valencia, que antes era la de la Muerte.

—Estos nombres antiguos son muy bonitos —dijo Fermín.

—Hubiera sido mejor dejarlos. La calle de Simancas se llamaba de Matarratones. Todavía tenemos la calle de Mucho Trigo, la de Puchinelas y la del Verdugo.

En el mismo barrio de Doña Marina, entre una plazuela y una calle, les mostró don Rafael un convento que abarcaba una manzana de casas.

—Aquí vivió sor Magdalena de la Cruz —dijo—. ¿Han oído ustedes algo de esa monja?

—Yo sí: se habla de ella en las historias de brujería —contestó Fermín—. Llorente cuenta su vida en su libro sobre la Inquisición, y Francisco Torreblanca Villalpando, que era un jurisconsulto del siglo xvii, de Córdoba, y que escribió *Epitome delictorum in quibus alerta vel oculata invocatis daemonorum intervenit*, se

refiere a ella y dice que Magdalena solía tener en su jardín rosas en invierno y nieve en el mes de agosto.

—¿Y quién era esta monja? —preguntó Michel.

—Era una de Aguilar de la Frontera, que hacía milagros, hasta que se averiguó que tenía pacto con el demonio, que era un doncel que venía a visitarla y que se llamaba Balban.

—Era una loca entonces.

—Probablemente.

—¿De qué tiempo?

—De mediados del siglo XVI.

—¿Y qué milagros hacía?

—Un día, al darle la comunión, la sagrada forma voló de manos del sacerdote a la boca de la santa; otra vez estaba Magdalena en la cama, de resultas de habersele fracturado una pierna, y no podía subir al mirador del convento a ver la procesión, que salía de Santa Marina, y entonces se abrió la pared de su celda y vio la procesión desde su lecho. Sor Magdalena de la Cruz fue durante mucho tiempo abadesa del convento, hasta que se averiguó su pacto con el demonio.

—¿Y qué hicieron con ella? ¿La quemaron?

—No; la condenaron a vivir en un convento de Andújar. Todos los días, al ir al refectorio, se tenía que tender atravesada en la puerta, y las demás monjas hacían el ademán de pisarla.

—¿Qué habría en el fondo de esto? —preguntó Michel.

—Probablemente, algo de locura o de neurastenia —dijo Fermín— por parte de Magdalena; después, celos y rivalidades femeninas, y, por último, la omnipotencia de la Inquisición.

Se alejaron del convento, y Benomar les mostró la casa de don Gómez, de los Gómez de Figueroa.

Luego fueron delante de una iglesia.

—En esta iglesia de San Agustín, próxima a la casa de los frailes de San Pablo —afirmó don Rafael—, había una puerta que comunicaba por un pasillo la iglesia con el convento, y una fila de confesonarios con dos puertas. El que quería confesarse, entraba por la iglesia, tiraba de una cadena que tenía cada confesonario, y salía un fraile para oír la confesión. Hubo suplantaciones, según se dijo. Un marido celoso oyó la confesión de su mujer, y un amante la de su querida.

—Era gente valiente —dijo Michel—, porque eso entonces se consideraría como un sacrilegio. Estaría muy castigado.

—Figúrese usted.

—Era gente inducida por el demonio —dijo don Rafael.

—Se conoce que al diablo le gustaba andar por aquí —afirmó Michel en broma.

—Mucho —aseguró Fermín—. Mariana cuenta, sin darle mucho crédito, que el mismo día que en Calatañazor se dio la batalla que perdieron los moros con los

cristianos en el siglo x, uno, en traje de pescador, se paseó por aquí, a orillas del Guadalquivir, y cantó en voz llorosa, algunas veces en metros arábigos y otras en españoles, una canción que empezaba diciendo: «En Calatañazor, Almanzor perdió el tambor», por donde sospecharon que el demonio en forma de hombre publicó la victoria, y como pretendiesen los de Córdoba echarle mano, desapareció y se les fue como la sombra. Este debía de ser un demonio político, pero otros lo eran religiosos.

Don Rafael Benomar, *miss Cabra*, el radical no radical, enemigo de los socialistas no socialistas, aseguró que él creía tanto en el Demonio como en Dios. Don Rafael era un católico ferviente, además de radical no radical. Se persignaba y rezaba al pasar por las iglesias abiertas, y seguía contando con fruición historias de duendes, de muertes y de venganzas.

ANITA estaba muy distraída con su amiga francesa y con sus proyectos artísticos. Michel y Fermín salían a vagabundear.

La noche de Jueves Santo había gran animación en el pueblo. Las casas, blancas, azules y rojas de color de sangre de toro, se alineaban en las calles antiguas. Los farolones grandes iluminaban las fachadas; los autos corrían por las callejuelas. Los novios hablaban en la calle por las rejas; en todas partes se veían grupos de gente que cantaba flamenco y daba palmadas.

Fueron por la calle de la Feria abajo; había muchos bares y tabernas prostíbulos con una mujer gorda en el mostrador. A la entrada, algún hombre con sombrero cordobés hablaba con la dueña.

El río, de noche, se mostraba negro, misterioso, con una parte iluminada por la luna y algunas luces en el campo.

Volvieron de nuevo hacia arriba. Por todas partes, en las calles, había concurso de cante flamenco entre dos grupos. En uno de estos torneos, un jorobado se lucía gargarizando sus notas.

Llegaron al Ayuntamiento, muy iluminado, y, distraídos hablando, salieron a la plaza de Capuchinos, oscura, en cuyo centro se levantaba un crucifijo con ocho o diez faroles con velas dentro.

Quedaron un tanto asombrados.

—¿Qué es esto? —preguntó Michel.

—Esto es una terrible españolada —dijo Fermín—. ¡Qué aire trágico tiene!

Había un grupo de curiosos.

—¿Qué Cristo es este? —preguntó Fermín a uno de ellos.

—Es el Cristo de los Dolores.

En la plaza se veía la fachada blanca del convento y unos farolones eléctricos de una casa próxima.

—Estas luces le quitan misterio a la plaza —dijo un joven del grupo, y se acercó a la puerta y, empujándose, cerró una llave de luz eléctrica y apagó los faroles.

—Es para la propaganda del turismo —indicó alguien.

La plaza quedó entonces siniestra. Uno del grupo cantó una saeta sevillana:

*Una saeta le ponen
de espinas setenta y dos,
que le atraviesan las sienas
y a María el corazón.*

—¡Qué música! —exclamó Michel.

—Es como una música de desierto, desgarradora.

Todavía algunas mujeres, con su manto negro, salían de una iglesia próxima.

Desde la plaza de Capuchinos encontraron pronto el hotel.

Al día siguiente, día de Viernes Santo, Anita fue con su amiga pintora a la Mezquita.

—¿Qué tal? —le preguntaron al volver.

—Mucha gente. Algunas chicas guapas, muchos uniformes. Unos altavoces que daban unos chillidos feos y alguna música de órgano muy bien.

—¿Nada más?

—Nada más.

Por la noche del Viernes Santo, Fermín y Michel fueron a los barrios próximos a la catedral y entraron en una taberna en donde había una mujer gorda adiposa y una muchacha pálida.

Pidieron una botella de manzanilla y unas pastas, invitaron a las dos mujeres y hablaron amigablemente.

Estando charlando, entró un hombre grueso.

—¿Tiene usted gente? —preguntó a la dueña de la taberna.

—Aquí hay dos señores extranjeros.

—Hoy no hay rincón donde meterse.

—¿Quieren ustedes que se siente con nosotros? —preguntó la dueña a los forasteros.

—Sí, señora; que tome algo, si quiere.

Le trajeron un plato de pescado frito y un panecillo. La mujer de la taberna estuvo hablando de política. Los socialistas, según ella, estaban desacreditados en el pueblo: eran unos mandilones. Los sindicalistas eran más bravos y decididos.

La tabernera se sentía partidaria del comunismo libertario. Hasta los chicos del barrio, según ella, se decían unos a otros: «Tu padre es un mandria, porque es socialista; mi padre es más terne: es comunista».

Y otro decía: «Mi padre es más: es anarquista».

Michel y Fermín estuvieron comentando el espíritu de la clase obrera de la ciudad.

—Ande usted, señor Paco; cante usted algo —dijo la tabernera al hombre grueso.

El señor Paco, apodado *el Manitas*, cantó en voz baja un fandanguillo muy sentimental: un recitado en el que, a fuerza de quejidos y jipíos, no se notaba la música.

—Yo no entiendo bien esto —dijo Michel.

—Yo tampoco —añadió Fermín—. Esto es muy complicado. A ver: cante usted una malagueña o una petenera de las antiguas.

El señor Paco *el Manitas* comenzó el punteado de una petenera clásica, y luego la cantó a media voz.

—Esto ya está bien.

Fermín y Michel salieron de la taberna.

AL DÍA SIGUIENTE Fermín anduvo a la busca de una librería de lance, y encontró una en la plaza del Salvador.

El librero, hombre de mediana estatura, calvo, con anteojos, vestido con un guardapolvo gris, parecía hombre culto. Le preguntó Fermín si no quedaban libros antiguos en la ciudad. Al parecer, no quedaba ninguno, al menos en el comercio. Quizá había bibliotecas particulares importantes, aunque lo dudaba.

En la conversación, el librero citó algunos libros en latín.

—¡Cómo! ¿Sabe usted latín? —le preguntó Acha.

—Sí, un poco.

—¿Es que ha estudiado usted para cura?

—Sí; yo he sido pastor protestante.

—Hombre, ¿qué me dice usted? ¿Y es usted de aquí?

—No; yo soy de Zamora. Mi padre, en la revolución de Septiembre, se convirtió al protestantismo y a mí me hizo pastor, y he estado de pastor y de maestro en Cádiz y luego en Córdoba.

La semejanza de carrera con él le produjo a Fermín gran estimación por el librero. Hablaron largamente. Mientras estaban en la puerta de la tienda, varios chicos, con la cara pintada de negro, arrastraban por la calle latas y esteras, haciendo mucho ruido y mucho polvo. Al mismo tiempo sonaban alborotadamente las campanas de las iglesias.

—¿Qué demonio hacen estos chicos? —preguntó Fermín.

—Es una costumbre del pueblo en el Sábado de Gloria.

Por la tarde, Fermín y Michel volvieron a la librería, en donde una tertulia de amigos discutía las cuestiones del momento. Había la gran preocupación de la lucha de socialistas contra sindicalistas.

Entre los contertulios se distinguía un corredor de libros de una ciudad próxima importante. El corredor de libros había tenido una pequeña librería y puesto de periódicos en aquella ciudad.

—Allí no lee nadie —dijo con sorna—, ni nadie está enterado de nada. A mí me han pedido los clientes la «Historia de Genoveva la del bramante», «La mujer adulterada», de Pérez Escrich; «Los Hijos del Gran Capitán», de Julio Verne y la «Guía de Pescadores», del padre Granada. Una señorita maestra, que se las echaba de culta, comenzaba así a recitar las *Coplas* de Jorge Manrique:

*Recuerde el alma adormida
avive el sexo y despierte.*

—A eso Freud le encontraría una explicación erótica —dijo Fermín.

Pronto se tocó el punto de la política, y se enzarzaron a discutir con pasión. Se fue reuniendo gente, que oía con curiosidad.

La mayoría de los tertulianos de la librería eran socialistas y tenían un criterio moderado. Se veía en ellos el ingenio natural del andaluz obrando sobre lugares comunes; querían por intuición averiguar cosas ya conocidas y sabidas.

Algunos afiliados a la Casa del Pueblo no iban a ella, porque les parecía que el partido tomaba una actitud demasiado discreta y disciplinada.

—¿Es que en los demás países que están más civilizados que el nuestro hay ese sindicalismo o comunismo libertario? —preguntó un viejo socialista a Fermín.

—No; el sindicalismo y el comunismo libertario es, por ahora, la fórmula revolucionaria española. El anarquismo en España es la mística de la revolución. En su aspecto crítico tiene indudablemente valor; ahora, en su aspecto constructivo, a mí me parece una utopía más.

El viejo se calló.

Al salir a la calle, Fermín pensaba: «Se ve que todo el problema intelectual de los andaluces está en que quieren saber sin leer. Eso es lo que les pasa un poco a todos los españoles, pero a estos mucho más. Aquí se ve que la gente quisiera saber qué es el mundo y el socialismo, y qué se piensa en Francia, en Inglaterra y en Alemania; pero lo quisieran saber por una conversación, no por una lectura».

—¿DÓNDE ESTÁ la Casa de los sindicatos? —preguntó Fermín en la calle a un vendedor de periódicos.

—Cerca de la plaza, al lado del correo.

Fueron los dos amigos. Vieron la puerta abierta, y entraron. Era una iglesia abandonada y desmantelada, con un magnífico artesonado, y en medio una tribuna de pino revestida con una faja roja y otra negra. Al parecer, la bandera del anarquismo era la negra, y la del sindicalismo, la roja.

No había nadie, y Michel y Fermín pasearon de arriba abajo. En la pared, encima de la tribuna, se veía un cromo con su leyenda: «Toque de campana».

En la estampa dos mujeres tocaban con martillos una campana en medio de una multitud revolucionaria. Encima se veían varios medallones: la toma de la Bastilla, el fusilamiento de Ferrer, la destrucción de la columna Vendôme de París durante la Commune, y otras escenas parecidas.

En las paredes se leían declaraciones de boicot a unos y a otros, listas de obreros esquirols y vivas a la Anarquía y a la Revolución Social escritos con lápiz.

Llegó un tipo de chaquetilla blanca, hombre alto, delgado, con cara inteligente y amable, muy curtido por el sol.

Le habló Fermín de la curiosidad que tenían su amigo Michel, que era francés, y él de presenciar sus juntas.

—Hoy no hay junta —les dijo el hombre—. Mañana sí tenemos reunión los campesinos.

—¿Usted también trabaja en el campo?

—Sí, señor. Si quieren ustedes sentarse un rato, pueden ustedes pasar a este cuarto.

Era el despacho del Sindicato de campesinos. Se sentaron.

Poco después entró el presidente del Sindicato, un tal Manolo, *Manolillo*, hombre pequeño, de ojos vivos y juntos, de aire inteligente y de hablar también inteligente. Luego llegó uno de los jefes de la Confederación.

Este jefe, Gaspar, a quien llamaban Gasparón, era hombre alto, delgado, de cara melancólica. Los presentó a él Manolillo.

—¿No serán ustedes diputados? —les preguntó Gasparón al verlos.

—No, hombre, no —dijo Fermín—. No tenemos esa importancia.

—Aquí no los queremos para *ná* a esas *laíllas* del Estado.

Fermín tenía cierta gracia para hacer hablar y comunicar confianza a la gente, y tanto los dos obreros campesinos como el jefe se pusieron a discutir con él y a intentar convencerle.

Habían llegado a Córdoba varios jóvenes de la FAI, uno o dos de Sevilla y otros dos de Barcelona, con instrucciones secretas.

—No sé lo que es la FAI —dijo Fermín—, aunque he oído hablar de ella.

—La FAI es la Federación Anarquista Ibérica. Se fundó con las Federaciones locales, en tiempo de la Dictadura, en Francia —dijo Gasparón—. La FAI está dentro de la CNT, y en todos los Sindicatos, los jóvenes que tienen decisión y energía y se ocupan de algo más que de jornales, son de la FAI.

—Así que la FAI es la que guarda los dogmas —dijo Fermín—. Algo como el Santo Sínodo.

—La FAI gana terreno en los medios sindicalistas —dijo Gasparón—. Como le digo a usted, en cualquier Sindicato el elemento activo que se ocupa de cuestiones ideológicas es de la FAI. A los de la FAI los llaman los aguiluchos, y a nosotros, los de la Confederación, los lobeznos.

—¿Y quién ha organizado esa FAI?

—No se sabe. En Francia. Nadie lo quiere decir. Los afiliados mismos no lo saben.

—¿Y dónde está su centro?

—No tiene centro.

—¿Y manda instrucciones?

—No; parece que manda cuestionarios que van pasando de una Federación a otra.

—¿Así que tiene el misterio y la juventud? Pues tendrá éxito. Será algo como la masonería para las empresas liberales.

Gasparón aseguró que a la República, entre unos y otros, le iban cortando la raíz popular. En la superficie se entremezclaban los capitalistas, los parlamentarios, los oradores, los militares y los curas; en el fondo, los sindicalistas, comunistas y anarquistas. Entre las dos capas se agitaba una alianza de izquierdas radicales sin éxito. Los obreros oían a sus oradores y hasta les aplaudían, pero no colaboraban con ellos.

Ya se iba poniendo muy oscuro, cuando al Gasparón le avisaron que los esperaban fuera.

—Aquí están los aguiluchos de la FAI —dijo Gasparón.

—Bueno. Nosotros nos vamos —dijo Fermín, levantándose.

Entraron cuatro jóvenes. No tenían ningún aire terrible, ni mucho menos. Parecían dependientes de comercio satisfechos y petulantes. Uno de ellos, rubio con el pelo ondulado, era un perfecto hortera de tienda de sedas.

Fermín y Michel se despidieron de Gasparón y de los obreros campesinos, y cruzando la iglesia salieron a la calle.

«Mañana vendremos a la junta de campesinos. A ver qué es eso.»

Al día siguiente volvieron a la Casa de la Confederación. En la tribuna del centro de la iglesia estaban tres obreros descubiertos. El de en medio, el de la chaquetilla blanca, el presidente, era el mismo que habían visto el día anterior; los saludó con la

mano.

El de la derecha vestía de negro, y el de la izquierda, de azul.

Alrededor de la tribuna se agrupaban ciento cincuenta o doscientos obreros campesinos; unos de sombrero ancho, otros de gorrilla. Casi todos tenían la piel curtida por el sol como el cordobán e iban afeitados; algunos, con aire de gitano, llevaban bigote; se veían pocos gruesos y rechonchos; la mayoría eran esqueléticos y huesudos, con los ojos brillantes y expresivos.

Cuando se decidía uno a pedir la palabra, lo hacía desde el grupo, confundido entre los demás, o avanzaba hasta ponerse de espaldas a la tribuna. Casi todos comenzaban a hablar con relativa moderación, pero pronto se exaltaban con sus propias palabras y parecían estallar. Algunos afirmaban que sacrificarían en la lucha contra los burgueses la vida, la mujer y hasta los hijos. Después de tan furiosas catilinarias, se calmaban y se quedaban tranquilos.

A muchos de aquellos campesinos no se les entendía bien al hablar: pronunciaban las palabras de una manera gutural y al mismo tiempo tan rápida, que no se les comprendía.

Michel preguntaba a cada paso: «¿Qué dicen?».

Los tres que presidían, sentados en la tribuna, fumaban indiferentemente.

Uno de los campesinos, equivocándose y refiriéndose a las bases de trabajo hechas, sin duda, por la República, dijo: «Eso lo dice el real decreto».

La palabra real hizo reír a la gente.

«Es la costumbre de antes», dijo el aludido para explicarse.

Entonces, uno con tipo de gitano hizo un chiste bastante malo, pero que tuvo éxito y produjo risa. El presidente, el de la chaquetilla blanca, dijo que allí no se trataba de hacer chistes ni de chirigotas. El público se componía de gente apática e indiferente, más de pronto se convertía en furiosa en una transición brusca.

Michel y Fermín se cansaron y salieron.

—¿Qué le ha parecido a usted? —preguntó Fermín a Michel.

—Estos tipos de obreros andaluces no tienen pinta de obreros. Parece que han de estar en algún café o en algún bar hablando de toros o de caballos.

—Es verdad.

—En el centro de Europa, en Francia o en Alemania, yo no he visto estos tipos en el campo.

—Cierto. Se ve gente ruda, fuerte, de aire brutal.

—Aquí no; quitando dos o tres que había de aire feo, tosco, y otros de tipo gitano, de malas intenciones, los demás parecen señoritos, aristócratas. No se puede uno figurar que estos sean obreros del campo. Piensa uno que, si son obreros, han de ser muy malos. En la misma Italia del Sur, el hombre tiene otro aspecto, más descarado, más insolente o más servil. Estos, mejor que con el arado, estarían bien bailando el rigodón.

IBAN POR LA CALLE HACIA ABAJO cuando se encontraron con Gasparón y Manolillo.

—¿Vienen ustedes de allí? —les preguntaron.

—Sí —contestó Fermín—; hemos presenciado una junta de campesinos.

—¿Les ha parecido bien?

—Sí. Muy curioso. Esta España, un poco mística y revolucionaria, es la España cordial. El andaluz inteligente que no sabe y que quiere saber es simpático. Es gente de buena fe, que cree que pueden hacer un terrible cambio sin víctimas.

—Nosotros también lo creemos —repuso Gasparón.

—Los panaderos, en las juntas, son muy divertidos —dijo Manolillo—. Se llaman por el apodo: el compañero *Pinguitos*, el camarada *Mojoso*, *el Mosca*, *el Cuchufleta*, *el tío Verrugas*.

—Ahora vamos a tomar un refresco por ahí —dijo Michel—. Si quieren ustedes venir.

—Vamos allá.

Bajaron algo más por la calle y entraron en una taberna, que tenía en el fondo, después del pasillo, un cuarto pequeño, con las paredes atiborradas con carteles de toros.

Se sentaron y hablaron.

Dijo Gasparón que en Córdoba, en la capital como en la provincia, la mayoría de los obreros eran sindicalistas. En algunos pueblos, los sindicalistas formaban parte de los casinos federales y radicales.

—Pero ¿ustedes celebran sus juntas en esa iglesia? —preguntó Fermín.

—Sí.

—Pero cuando tengan cosas graves que tratar no las discutirán ahí, porque ahí están expuestos a la vigilancia de la policía.

—No —dijo Gasparón—. Cuando celebramos una junta para resolver cosas graves, organizamos una merienda, que aquí llamamos un perol, y vamos al campo con las mujeres y los chicos, y los hombres hablan mientras la gente joven se divierte y baila.

—¿Y cuando tienen que entenderse con los de otras provincias?

—Esto a veces es difícil. ¿Sabe usted en Sevilla dónde nos reuníamos?

—¿Dónde?

—Pues en un falucho del Guadalquivir.

Después de hablar de política, se habló del pueblo y de sus costumbres. Gasparón, en su charla, se mostró como hombre entusiasta de Córdoba, de sus monumentos y de sus calles, sentimental y andalucista.

Cuando se hallaban en la taberna apareció un hombre grueso, vestido de negro, afeitado, con aire de cura o de cómico, en compañía de un muchacho.

—Aquí tiene usted otro de la FAI —dijo Gasparón, mostrando al hombre grueso—. Se llama García y de apodo *el Posturas*.

Se saludaron, y Fermín le preguntó de sopetón al gordo:

—¿Usted también es de ese santo sínodo de la FAI?

—Sí, señor.

—¿Y eso no será una maula?

—Pero, ¡hombre, qué va a ser!

—¿Usted cree que es cosa seria?

—A ver si encuentra usted otra cosa más seria.

—Por lo que dicen ustedes, a mí eso me parece algo así como un concilio, no sé si el de Nicea o el de Trento.

—No se venga usted con guasas.

—¿Y tienen ustedes esperanzas de hacer algo?

—Yo creo —dijo el Posturas— que este verano, o a lo más tarde en septiembre, triunfará el comunismo libertario.

—Pero usted ve visiones, compadre —le dijo Fermín en broma.

—¡Qué visiones! Usted lo verá.

—Yo creo que tenemos República burguesa para treinta años.

—Cá, hombre; cá.

—Yo así lo pienso. Me figuro que la época que se nos presenta va a ser muy vulgar y muy ramplona. Crisis mundial, miseria, burocratismo y socialismo de Estado. ¡Qué porvenir!

—¿Pero usted cree que esta República es algo? —preguntó el Posturas.

—Hombre, ya se ve que es poca cosa; pero si no da de sí más el país, ¿qué le va usted a hacer?

—Estos son peores que los de antes, tan desaprensivos y tan cucos.

—Siempre los últimos parecen los peores.

—¿Usted encuentra alguna diferencia de espíritu entre los ministros de la República y los de la Monarquía?

—Hombre, mucha diferencia no hay, y va entrando en la gente un movimiento de desilusión por la República; pero yo no creo que esto dependa, como ustedes creen, de que la gente que interviene en la política sea torpe o inmoral, no; yo creo que un Congreso como el de ahora es muestra de una cultura deficiente; por eso no tiene interés. Probablemente, además, el régimen parlamentario es una cosa pasada. Yo apenas he leído las sesiones del Congreso actual, y las que he leído me han dado la impresión de una Cámara de hace cincuenta o sesenta años. La misma revolución española de 1820 al 23 tuvo más carácter, a pesar de tratarse de un país pequeño, de unos doce millones de habitantes. Aquel movimiento fue más fecundo en hombres y en ideas que este. Yo, que he leído discursos de las Cortes de esa época y de las de

1836 y 37, encuentro que ahora no se hace más que repetir lo ya dicho.

—Nosotros daremos ahora el golpe —afirmó el Posturas— e implantaremos el comunismo.

—Yo no creo posible el comunismo en España, al menos un comunismo integral —dijo Fermín—; pero de ser alguno posible, será el comunismo de Estado.

—Si ese comunismo de Estado intentara levantar la cabeza —exclamó el Posturas—, nosotros lucharíamos contra él y lo venceríamos. Nada de Rusia. Rusia nos destrozó a sangre y a fuego a los anarquistas y no queremos comunismo despótico.

—Pues no creo que pueda haber otro.

—El nuestro, el de la FAI. Ante todo, nosotros afirmamos el derecho a la vida y a la felicidad.

—¡El derecho! —replicó Fermín—. A mí esto me parece una palabra vacua, de seminario. Siempre se está hablando de derecho. Yo no lo veo por ningún lado. En las ciudades antiguas, cuando había tres o cuatro bandidos rivales que se disputaban el poder, se vivía en el desorden y en la ilegalidad; pero triunfaba uno de los bandidos, y la gente creía vivir en orden y consideraba que ya gozaba de derechos. El orden no es más que la violencia reglamentada y que obra en plena impunidad; así, el Estado roba, estafa, mata; pero nadie le puede pedir cuentas de lo que hace. El orden de ustedes sería igual, una violencia.

—No, hombre, no. Todo lo contrario.

—Bueno. Explíquenos usted algo de esa FAI. ¿Qué es?

—Es una organización clandestina.

—No me convence.

—¿Por qué?

—Las sociedades clandestinas son como la masonería. Empiezan con calaveras, puñales y demás fantasmagorías, y acaban organizando cuchipandas y bailes.

—Entre nosotros no pasa eso.

—¿Y quién ha creado la FAI?

—Eso no lo podemos decir. La organización la hicieron las Federaciones catalanas, andaluzas y del Norte, en Francia, en la época de la Dictadura.

—¿Y ese misterio les halaga a ustedes?

—Ese misterio sirve de defensa para nuestra causa.

—Sí, quizá. Pero a pesar de eso yo creo que si llega el caso, si los comunistas tienen buenos directores, les ganarán la partida, porque, amigo, el comunismo crece por días, y es natural.

—¿Por qué?

—Porque ellos prometen algo a los ambiciosos y ustedes no prometen nada.

—Les prometemos la libertad.

—Amigo, la libertad es muy difícil de conseguir. Ya llevamos buscándola más de un siglo y no la encontramos. ¿Quién les había de decir a los Riego, a los Lacy, a los Porlier y a los Torrijos que pasados cien años todavía no habría libertad en España y

que seguirían las deportaciones y las supresiones de periódicos?

—Es que sin medios económicos no hay libertad práctica —dijo el Posturas.

—Entonces creo que estamos en un círculo vicioso del que no saldremos jamás.

Gasparón, más ecléctico que el Posturas, pensaba que los Sindicatos podrían irse lentamente apoderando de los pequeños Municipios y resolviendo las cuestiones administrativas no políticas. Estos pequeños Municipios se encargarían de expropiar las tierras de los términos municipales y de entregarlas a los Sindicatos.

—¿Sin indemnización ninguna al propietario? —preguntó Fermín.

—Naturalmente.

—¿Por qué? Eso me parece absolutismo también. Si pudiera haber indemnización, ¿por qué no darla?

—El pueblo sería partidario de no darla.

—Pues me parece mal; eso de expropiar sin indemnización, para ponerle el Inri al propietario, es una estupidez. Y con los grandes Municipios, ¿qué se haría?

—Esos, por ahora, los abandonaríamos; después intentaríamos coparlos.

—¡Qué ilusión! —saltó Fermín—. ¿Ustedes creen que el Estado lo permitiría? Porque después no sería ya el gobierno español, sería Inglaterra y Francia, Europa entera, que se echaría encima con su ejército y su marina para no permitir en un país europeo un estado de cosas así.

—En esos países el ejército está también muy trabajado por nuestras ideas —dijo el Posturas.

—¡Bah! No lo crea usted. Aquí mismo no podrían ustedes hacer gran cosa entre los militares.

—Aquí se va haciendo mucho. La Confederación sigue a los afiliados militares y sabe en qué regimiento y en qué ciudad se encuentran. Se hace mucha propaganda en los cuarteles.

—Y este muchacho, ¿quién es? —preguntó Fermín a Gasparón, señalando al que había llegado con el Posturas y que escuchaba sin decir palabra.

—Este muchacho es *el Chaval*. Es de un pueblo de aquí cerca y comunista; ha disparado hace días un tiro, de noche, contra el teniente de la Guardia Civil que le perseguía; después se metió en su casa y al poco tiempo el sargento le intimó a que se rindiera. El Chaval se tiroteó con los guardias, y cuando no tenía ya municiones pasó a otra casa, se descolgó por una ventana, salió al campo, donde se escondió, y andando de noche llegó a Córdoba, donde le hemos escondido.

—Este es un anfibio —dijo el Posturas.

—¡Qué anfibio! Lo que pasa es que yo no creo en tonterías —replicó el joven.

—Se ve que todos ustedes son igualmente intransigentes: comunistas como sindicalistas. No se entienden más que para ir en contra de algo.

Fermín aseguró después que el anarquismo le parecía no solo utópico, sino infantil.

—Yo reconozco que sería magnífico —dijo Fermín— que cada uno viviera en su

órbita, siguiendo su ley propia, respetando al prójimo, sin molestar para nada al vecino; pero eso, prácticamente, es imposible. Algo parecido se puede dar en contadas personas de gran cultura y de gran austeridad, pero no en todo el mundo.

El Posturas protestó de estas palabras con energía y con lugares comunes.

Preguntó Fermín si los sindicalistas no tenían Prensa, y Gasparón habló del periódico de Barcelona y de sus divisiones y rencillas.

—¿Y ustedes quieren organizar un país y les cuesta organizar un periódico? ¡Vamos, hombre! Les digo a ustedes que cada vez me parecen más infantiles sus proyectos. El comunismo libertario, la cooperación armónica de todos, sin órdenes, me parece lo mismo que si me dijeran que las ruedas de una máquina tiradas en el suelo se van a colocar cada una en su sitio sin la dirección de algún mecánico o ingeniero.

—Tiene usted razón —dijo el Chaval—. *Ezo é la verdá.*

SE MARCHÓ EL POSTURAS de la taberna con el Chaval, y Gasparón y Manolillo se quedaron. Gasparón les dijo:

—Les voy a llevar a casa de un camarada que es ciego.

—¿También de la FAI? —preguntó Fermín.

—También.

—Vive un poco lejos de aquí, en el barrio de Santa Marina. ¿Conocen ustedes el barrio?

—Sí, hemos estado con don Rafael Benomar.

—¡Ah, ya!, con miss Cabra.

—Con el mismo.

—¿Es que a usted le gustan los toros, señor Gaspar? —le preguntó Michel.

—Sí. ¡Qué se va a hacer! Es la sangre que le tira.

—El barrio de Santa Marina es el barrio de los toreros. Allí nacieron Bocanegra, Pepete, Lagartijo y otros muchos.

Pasaron por callejuelas estrechas y llegaron al anochecer al barrio de los toreros.

Se detuvieron delante de una casa pequeña. Pasaron una puerta encalada, después un corredor y al final un patio con una parra. Del patio entraron en un cuarto. En el cuarto, iluminado con luz eléctrica, el ciego leía con los dedos en un libro especial para ciegos de una manera ansiosa. Era hombre de unos sesenta años, grande, pálido, corpulento, con la cara como muerta, los ojos sin brillo. Se había quedado sin vista a los cuarenta años.

Gasparón le dijo:

—Estos señores son extranjeros y vienen a hablar contigo.

El ciego se levantó y les dio la mano.

—¿Son camaradas? —preguntó.

—Sí —dijo Gasparón, haciendo un gesto a los visitantes para que no dijeran lo contrario. El ciego preguntó a Gasparón cómo seguían los trabajos. Mientras este hablaba, Fermín contempló el cuartucho, con un vasar de libros para ciegos y muchos periódicos anarquistas.

—¿Le leen a usted esos periódicos? —le preguntó.

—Sí; tengo una sobrina nieta que me los lee.

—¿No sale usted de casa?

—Sí, salgo de noche.

—Y conoce todas las calles y callejuelas de Córdoba mejor que nosotros —dijo Gaspar.

—¿Es usted también de la FAI? —le preguntó Fermín.

—Sí, señor.

—Fuera de España no hay noticias de esta Federación. ¿Qué es en principio? ¿Qué fines tiene?

El ciego habló con exaltación del comunismo libertario y de la FAI. No decía nada nuevo. Todo su repertorio consistía en frases. Había recogido las cóleras y los odios del partido y los expresaba con cierta elocuencia huera. El hombre tenía la obsesión de sus ideas y una egolatría monstruosa, un ansia absurda y terrible de influir de alguna manera, de quedar en la Historia. Se comprendía que, de poder, hubiera sacrificado a todo el mundo con este fin. Tenía un gran desprecio por los demás. Escribía artículos pedantescos intentando principalmente demostrar erudición.

—Y los socialistas, ¿qué le parecen a usted? —le preguntó Fermín.

—Esa es la canalla más miserable del mundo. Esos son unos lacayos, andan ahora de frac, llevan los automóviles del rey y viven en el Palacio Real.

Aquel hombre pálido, grasiento, lleno de odio contra todo el mundo, producía cierta repulsión.

—Ya basta de farsas —dijo el ciego violentamente, sin comprender que era esta su única especialidad—; la revolución, y nada más que la revolución. Hay que exterminar a los políticos y a los burgueses que quieren que seamos esclavos suyos. No podemos aceptar soluciones medias. La propiedad privada tiene que desaparecer. Todo para todos, y al que intente reservarse la más pequeña parte de la propiedad común, eliminarlo.

Fermín le dijo que veía un poco oscuro y utópico el comunismo libertario.

—No, señor —dijo el ciego—. El comunismo libertario es una teoría clara, lógica y fácil de implantar. Lo han demostrado los sabios, y únicamente el feroz egoísmo de la burguesía es un obstáculo para que se ponga en práctica. Hay que liquidar el capitalismo y en seguida desaparecerá el desorden y la miseria y reinará el bienestar general.

—¿Y si ese comunismo libertario no se implanta?

—Entonces acabaremos con el mundo entero a fuerza de dinamita y no quedará piedra sobre piedra.

Le oyeron sin oponerle ninguna objeción. Se despidieron y salieron al patio. Se presentó la hermana del anarquista de la FAI, la abuela de la niña que leía los periódicos al ciego.

La niña apareció después con un gato en los brazos. Era una muchachita pálida y linfática, con una mata de pelo abundante. Debía de llevar una vida absurda, solitaria, jugando con su gato. Por lo que dijo la abuela, la chiquilla no tenía amigas y no salía de casa; iba a la iglesia con frecuencia.

El padre de la muchacha, el sobrino del ciego, era un borrachín, un puntal de taberna, según dijo Gasparón por lo bajo. La vieja, refiriéndose al mismo, añadió:

—Mi hijo le quiere a esta chica más que a las niñas de sus ojos.

—Es mentira —dijo Gasparón—, porque la abandona y no se ocupa de ella. La

chica no sabe más que leer; de lo demás no sabe nada.

Salieron a la calle. Ya era de noche. Gasparón les acompañó a mía ancha plaza y les mostró la dirección del hotel y se despidió.

—¿Qué le ha parecido a usted? —preguntó Fermín a Michel.

—Desagradable. No me ha hecho ninguna gracia.

—¡Qué bonito programa! O se le obedece a él o si no se deshace el mundo.

—Es una estupidez.

—Es lo terrible, lo diferente de la vida y de la literatura —añadió Fermín. En la literatura las desgracias y la pobreza casi siempre van unidas a la bondad, y en la vida no pasa esto, y muchas veces ocurre lo contrario. Los defectos físicos y hasta la miseria, que no depende casi nunca de torpezas humanas, hacen a la gente mala y antipática.

—Sí; este ciego era un hombre desagradable —dijo Michel.

—Vengativo, malo como todo lo que es monstruoso. Yo creo que en el fondo de toda venganza individual o social —dijo Fermín pensativo—, lo mismo en el atentado que en la sentencia del juez, palpita un rescoldo de maldad. Eso que los políticos llaman reivindicaciones no son más que formas adornadas del instinto envidioso perpetuo. El artículo o el discurso del descontento es una manifestación de maldad; el discurso del fiscal contra el bandido lo es también; los estudios de los criminalistas sobre los delincuentes están inspirados en el mismo sentimiento malévolo.

—Hay que pensar entonces que la maldad es la raíz de la vida —dijo Michel.

—Yo así lo creo ciertamente —contestó Fermín.

PASADA UNA SEMANA en Córdoba, decidieron hacer algunas excursiones por los pueblos y retornar a Madrid.

—Tenemos que pasar por ese pueblo en donde en una manifestación las mujeres gritaban: «¡Viva la revolución social! ¡Viva el amor libre!».

—¿Gritaban eso?

—Sí.

Recorrieron varios pueblos, anchos, grandes, blanqueados, que no tenían ningún aspecto de intranquilidad. En uno de ellos encontraron a dos marineros napolitanos detenidos por dos agentes de policía en compañía de un vagabundo. Los marineros dijeron que iban marchando a pie; venían de Málaga en donde habían desembarcado. No tenían documentos y los policías sospechaban que eran comunistas.

El vagabundo dijo varias veces: «Yo no soy comunista ni anarquista, ni tengo nada que ver con eso. En tal caso seré un maleante».

Esta declaración sorprendió a Fermín y a Michel.

En otro pueblo se encontraron con un húngaro, un joven obrero y un mendigo, detenidos por los guardiaciviles. El húngaro llevaba un gabán sucio atado al cuello con un imperdible y una boina rota. Su cara era de estupor.

Fermín y Michel se acercaron a él y le preguntaron en francés qué le pasaba.

—Yo soy ingeniero —contestó él— y venía a este pueblo a exponer un procedimiento de cultivo.

—¿Y qué clase de procedimiento?

El hombre no quiso contestar.

El guardiacivil sospechaba si sería un propagandista comunista. Si era comunista, el oro ruso no había pasado por él.

—El caso es que hablaba con este joven, que es comunista —dijo uno de los guardias.

El joven, de unos dieciocho años, de cara cuadrada y aire violento, replicó que él era comunista, pero que no conocía al húngaro ni tenía nada que ver con él.

El otro era un mendigo con una cara extraña, con la nariz medio corroída, los labios hinchados y rajaduras en la piel, de un color como de tierra.

—Este es un leproso —dijo Fermín.

—¿Cree usted? —preguntó Michel.

—Sí; este viene escapado de Levante, en donde hay lepra.

—¿Qué van ustedes a hacer con ellos? —preguntó Fermín a la Guardia Civil.

—Los llevaremos a Córdoba. Allí averiguarán lo que son.

El segundo día, marchando camino de Villaviciosa, encontraron a la entrada de un

pueblo dos hombres altos, flacos y atezados. Uno de ellos, rubio, con un jersey verde, llevaba en la mano derecha una sierra y un arco; el otro, un platillo de estaño.

«¿Qué demonio hacen estas gentes?», preguntó Michel.

Los dos hombres se pararon delante de una posada y el del jersey verde se puso a tocar con el arco sobre la sierra, sacando sonidos agradables como de un violín.

El compañero que hacía la colecta dijo a Fermín que su amigo, el virtuoso de la sierra, y él eran checoslovacos.

Estaban oyendo el extraño concierto, cuando aparecieron dos guardiaciviles y un alguacil. Querían detener a los extranjeros. Estos mostraron su pasaporte en regla; pero, sin duda, no les bastaba a las autoridades, e insistieron en que tenían que detenerlos.

—¿No tienen sus papeles en orden? —preguntó Fermín.

—Sí, señor; pero eso no importa. Pueden ser comunistas.

—No hay que creer estupideces. ¡Qué van a ser comunistas!

—Bueno, pues que se vayan inmediatamente del pueblo.

El hombre de la sierra y su amigo tomaron rápidamente por la carretera.

Al día siguiente, Anita, Michel y Fermín salieron por la mañana de Córdoba; comieron fuera, y vieron una porción de pueblos que no tenían mucho carácter.

Ya al atardecer el auto avanzó hasta un poblacho respaldado sobre una colina con aire adusto y recóndito.

El sol había bajado en el horizonte y alumbraba con los últimos rayos rojos unos cerros próximos. Se veían calles de casas bajas con lámparas eléctricas cansadas, que apenas brillaban en la luz dorada del crepúsculo. Había mucha gente en estas calles: viejas que charlaban en los portales; mujeres jóvenes con el cántaro en la cabeza; hombres con trillos y arados al hombro y recuas de mulos.

Para Anita y Michel, aquel pueblo, entrevisto al anoecer, tenía un aire de algo lejano, misterioso, de una aldea del Tíbet.

Fermín bajó y preguntó por el camino que estaba indicado en el mapa. Le dijeron que había que volver y cruzar el río en una barca. Retrocedieron, tomaron por un camino lleno de lodo y se aproximaron al río. Se acercó la barca y pasaron.

Ya en la otra orilla del río, el campo era más despejado y alegre. Comenzaron de nuevo a marchar. Al encender los faros, Fermín vio a un soldado al borde de la carretera, sentado al pie de una encina.

—¿Qué puede hacer ese soldado ahí? —preguntó Fermín.

—No sé.

—A ver, pare usted.

Pararon el auto y Fermín se acercó al soldado. Este se levantó inmediatamente e hizo el saludo militar.

—¿Pero qué hace usted ahí? ¿Es usted soldado? —preguntó Fermín.

—Sí, señor. Soy del regimiento número 3.

—¿Y qué le ha pasado a usted para estar aquí en el campo?

—Que me he escapado del cuartel.

—¡Ah!, ya.

El soldado, joven, de cara simpática, un tanto estupefacta, sonreía de una manera infantil. Vestía un traje caqui ya muy destrozado, polainas y boina. Llevaba unas botas viejas, y como sin duda se le habían roto las suelas, les puso de refuerzo unos trozos de neumático de automóvil atados con cordeles. Llevaba una manta gris arrollada a un hombro.

—Este es un perturbado —dijo Michel a Fermín.

—Sí; a mí me parece lo mismo.

El soldado sonreía con una sonrisa inocente.

—¿Así, que te has escapado del cuartel? —le preguntó Fermín, dándole una palmada en el hombro.

—Sí, mi coronel.

—¿Y por qué?

—No podía estar allá.

—¿Qué te pasaba? ¿Te trataban mal?

—No, mi coronel.

—Pues ¿por qué te escapaste?

—Porque yo soy del comunismo libertario.

—Ah. ¿Es que has leído libros anarquistas?

—Sí, señor.

—¿Cuáles?

—Ya no recuerdo.

—¿Y llevas mucho tiempo andando?

—Sí, bastante.

—¿Cuánto?

—No recuerdo...; un mes o algo así.

¿Y cómo no te detienen viéndote de soldado?

—No sé. Ando de noche y de día duermo.

—¿Dónde duermes?

—En el campo. Me envuelvo en la manta...

—¿Y cuando llueve?

—Me meto en un pajar, en una cantera o en una cueva.

—¿Tienes dinero?

—No.

—¿Y te dan de comer?

—Sí, me dan de comer.

—¿Los aldeanos te dan de comer?

—Sí, mi coronel.

—¿Son buenas personas?

—Sí, son buenas personas. Yo les digo que soy del comunismo libertario.

El soldado sonrió al decir esto.

—Tienes un cardenal en la frente y un arañazo en la nariz.

—Sí, mi coronel.

—¿Quién te los ha hecho?

—No lo sé.

—Pero ¿cómo no lo sabes?

—Pues no lo sé. Me han pegado estas noches pasadas en una casa.

—¿Quiénes?

—No sé. Unos hombres.

—¿Y por qué te pegaron?

—Porque soy del comunismo libertario y ellos decían que eso es muy malo.

—Pero no hay motivo para pegar a nadie porque no se tengan las mismas ideas.

El soldado se encogió de hombros.

—¿Y tú no les pegaste?

—Yo no.

—¿De dónde eres?

—Yo, de un pueblo de Andalucía alta, de Sierra Morena.

—¿Y vas allí?

—Sí, si puedo.

—Pero te detendrán.

El soldado volvió a encogerse de hombros sonriendo.

—¿No quieres decir qué has leído para ser comunista libertario?

—He leído poco, pero me han hablado.

—¿Y qué te han dicho?

—Me han dicho que el comunismo libertario es lo mejor para todos y que cuando venga todos viviremos como hermanos, los hombres, las mujeres y los chicos; que no habrá ya tuyo y mío...; por eso yo soy del comunismo libertario.

—¿Y sabes el camino de tu pueblo?

—Sí, está hacia allá —y señaló con la mano la dirección del Norte.

—¿Tienes familia?

—Sí, sí; la madre y los hermanos.

—¿Qué son? ¿Labradores?

—Sí, señor.

—¿Quieres que te llevemos en el auto a algún sitio?

—No, mi coronel; muchas gracias. Prefiero ir a pie.

—Bueno, toma.

Fermín le quiso dar dos duros, pero el soldado los rechazó.

—Eso me lo quitan —dijo—. Si tiene usted una peseta y cuartos me vendrán mejor. Para comprar pan.

Le dieron unas pesetas y calderilla y el soldado se marchó sonriendo, haciendo un saludo militar.

—Pobre muchacho —dijo Anita—. ¡Qué aire de infeliz tiene! Parece un santo.

—Es un místico. Probablemente, un médico dirá que es un caso de paranoia. Este habrá salido del cuartel sin saber por qué, en plena inconsciencia, y así marcha. Lo tendrán que meter en un asilo.

—Es raro que le haya dado esta manía humanitaria en un cuartel. A los imbéciles les da también la furia militar —dijo Michel.

—A los españoles ya no. Somos poco militares. El español no quiere la guerra.

*A la guerra me lleva
la necesidad;
si tuviera dineros
no fuera en verdad.*

Así dice un cantar antiguo.

Volvieron a Córdoba y entraron en el hotel. Había llegado una caravana de turistas ingleses, una gente seca, tosca, que parecía mirar a todo el mundo por encima del hombro.

—Es gente poco simpática —dijo Fermín.

—Sí, es verdad —aseguró Michel.

—¿Pero es que se encuentra así gente simpática a primera vista? —preguntó Anita.

—A veces —contestó Fermín.

—El soldado, por ejemplo —dijo Michel.

—Bien; pero ese era un loco —arguyó Anita.

—Es una extraña razón la que da Anita, pero que tiene un fondo de verdad —contestó Fermín.

LIBRO SÉPTIMO

LA RUINA DE LA CASA DE LOS BAENAS

EN EL JARDÍN DEL HOTEL de Córdoba Anita y su amiga la pintora francesa entraron en conversación con un señor alto, corpulento, canoso, de barba corta y de mirada penetrante. Este señor les indicó algunos jardines cordobeses románticos que podían servirles para pintar. Cuando aparecieron Michel y Fermín, Anita les presentó al señor. Se llamaba don Juan Espinosa, era de un pueblo de la provincia y magistrado en Madrid.

Fermín le hizo varias preguntas acerca de la vida de los pueblos andaluces, y el magistrado habló largamente y contó una serie de historias. El magistrado era conservador, pero hombre de ideas abiertas y comprensivas.

—No crea usted —dijo—, no crea usted que la vida aquí es ligera y amable. No hay nada de eso. Si tuviéramos más tiempo, yo le llevaría a algunas casas del mismo Córdoba donde la gente vive una vida oscura, de moluscos, apegados a la roca; vida que no está legitimada por la falta de recursos. Hay familias donde han pasado cosas muy graves, verdaderas tragedias siniestras, sin testigos, entre cuatro paredes.

—A mí todas estas ciudades de Andalucía me dan una impresión de hermetismo —dijo Fermín.

—Y es exacta. A primera vista parece que Andalucía es un país de costumbres fáciles y alegres, pero no hay nada de eso —indicó el magistrado.

—Es el lugar común que corre por ahí.

—Muchas veces, casi siempre, la alegría fingida está en la calle, en el café, en el colmado. Hay cierta zaragatería, risas, frases; pero los interiores no son por dentro alegres, ni mucho menos.

—Sí, yo creo lo mismo —repuso Fermín—, sin conocer bien el país. No hay más que ver algunas casas para comprender que no hay ese culto sensual del hogar del centro de Europa, ni tampoco su alegría.

—Somos otra clase de tipos; no sé si mejor o peor, pero distintos.

—Cierto; todos los españoles somos gente de una moralidad sexual fuerte —aseguró Fermín—. Yo creo que es nuestra misma austeridad de costumbres la que ha producido esas fantasías a lo don Juan Tenorio. ¡Si leyeran en la Rusia actual a nuestros escritores libres, que se las echan de perversos, cómo se reirían! Hay un autor inglés, Havelock Ellis, que supone, en vista de nuestra rigidez sexual, que las españolas tienen poco temperamento. Estupideces. ¡Cómo va a saber ese señor desde Inglaterra lo que son las mujeres en España y el temperamento que tienen! Lo que sucede es que somos pobres y de un país áspero, poco poblado, y todo eso tiende a la moralidad.

Estuvieron hablando Fermín y el señor Espinosa, entretenidos; los dos eran

hombres de facundia, ocurrentes y curiosos.

En esto pasó por el corredor del hotel una familia de luto: una señora gruesa, acompañada de dos hijas; las tres con un aire dramático.

El magistrado se levantó:

—Con permiso —dijo, y se acercó a ellas.

Al pasar al comedor, Anita, Michel y Fermín vieron a las tres damas y al magistrado comiendo en una mesa próxima.

La señora gruesa vestida de negro, blanquirrubia, tenía un aire de desolación.

La hija mayor, alta, pálida, de pelo negro, con los ojos muy juntos, era un tipo muy aristocrático, una cabeza como de cuadro antiguo; el traje, decorativo, y la manera de hablar, expresiva.

La segunda, más bonita, sin tanto aire de raza, era mucho más alegre y sonriente.

Al final de la comida se presentó en el comedor don Rafael Benomar, *miss Cabra*. En aquel momento salieron la madre con sus dos hijas de luto y el magistrado, y al pasar por delante saludaron, haciendo una reverencia.

Fermín preguntó a don Rafael:

—¿Quiénes son?

—Es la familia de Baena, de un pueblo de por aquí.

—¿Quiénes son estos Baena?

—Es gente de la aristocracia; deben de andar mal de dinero, y vienen a vender algunas fincas. El señor que les acompaña es don Juan Espinosa, un magistrado, hombre importante.

Tres meses después, en Madrid, en la misma pensión de la Gran Vía donde paraban Anita y Michel, apareció la familia de Baena.

La madre y las hijas saludaron a Anita y se acogieron a ella como a un ancla de salvación.

Por lo que dijo la madre, estaban arruinados. Tendrían que ponerse a trabajar en Madrid. Anita llamó a Fermín para ver si les podía orientar, aconsejar algo a aquellas afligidas damas.

«Ya veremos qué se puede hacer —dijo este—. Esas chicas, si quieren colocarse, tendrán que aceptar empleos muy humildes. En esta época no hay apenas empleos vacantes: todo el mundo se agarra a lo que tiene sin soltarlo.»

Unos días después apareció el señor Espinosa, el magistrado del hotel de Córdoba, acompañante de la familia. Habló con Fermín acerca de qué se podía hacer por aquellas señoras amigas, y contó la historia de la ruina de la casa de los Baenas.

—**E**L PUEBLO DE LA FAMILIA de los Baenas —dijo don Juan—, que es también el mío, es uno de los pueblos más clásicos de la Andalucía alta. Es un pueblo de aire señorial, grande, espacioso, blanco. Tiene varias plazas hermosas, calles bastante bien empedradas y una antigua muralla que la separa del campo. Es como las piezas de un dominó bien guardadas en su caja; lo contrario de algunos pueblos vascos de ustedes, en donde se mezcla el campo y la ciudad y las piezas del dominó están repartidas sin orden por encima de la mesa.

Tiene usted allí, en nuestra urbe, calles y plazas con nombres muy bonitos y pintorescos: la calle de la Vida, la calle de la Buena Muerte, de las Pajarillas, del Arrabalejo, de Cantarranas, del Horno, de Doña Leonor, del Arcipreste, la plaza de la Ropa Vieja, del Perdón, y el paseo de los Adarves y el de los Tristes.

Antes teníamos también la calle del Ataúd, como en *El estudiante de Salamanca*, de Espronceda; pero actualmente los concejales republicanos y socialistas andan cambiando el nombre de calles y plazas, y ahora la calle del Ataúd se llama de Pérez Martínez o de Fernández Sánchez.

Antes nuestro pueblo era un pueblo muy alegre, bastante próspero; ahora es un pueblo dividido, arruinado y lleno de saña. Se ha revuelto la charca, y las emanaciones pestilentes han envenenado al vecindario. Allí nadie sabe ya lo que es ni las opiniones que tiene: los conservadores se entienden con los comunistas, y los anarquistas tienen amistades con los clericales. Por otra parte, han quemado una fábrica, ha habido varias huelgas, y el número de los obreros parados crece por días.

En el pueblo hay villa vieja y villa nueva. A los dos barrios los separa la calle del Caz, llamada así por el canal, y la calle del Hornillo.

Casi en medio de la villa vieja, y formando con la fachada, con las tapias de la huerta y con los corrales una manzana a cuatro calles, estaba la casa palacio de los Baenas, y digo estaba, porque ya no les pertenece a ellos.

La fachada no daba la impresión completa de lo grande del palacio. Era de piedra blanca, con dos enormes escudos esculpidos a los lados del balcón central.

Se entraba y se pasaba a un zaguán, empedrado con cantos de río, con sus farolas en el techo y una magnífica escalera de piedra. De la puerta del fondo se salía a un patio, con su jardín en el centro, sus columnas a los lados y sus galerías encristaladas en el piso segundo. Este comunicaba con otro jardín cerrado, con su fuente, con una figura barroca de piedra, y en torno un muro ovalado de cipreses formando un cenador.

De aquí se salía a la huerta, cuadrada, muy espaciosa, con las tapias altas ocultas por el ramaje entrecruzado de los naranjos, limoneros y bergamotas, convertidos en

trepadores y en primavera llenos de fruto.

La tapia de la huerta, por la parte de atrás, daba a una calle estrecha y solitaria: la calle del Arcipreste, antiguamente llamada de la Pasión. En esta calle, y frente por frente a la puertecilla de la huerta, había una casa con los balcones labrados, medio ruinoso, desalquilado: la casa del Arcipreste, también propiedad de la familia Baena.

Esta casa tenía su historia. Había vivido allí un cura loco, enredado con una muchacha pupila suya, y un día los dos aparecieron colgados cada uno en el montante de una puerta.

El primero y el segundo piso del palacio de los Baenas lo constituían una serie de salas con artesonados, puertas talladas y balcones de hierro repujados. Había varias alcobas, gabinetes, cocinas, almacenes y despensas.

La familia de los Baenas era la familia más antigua del pueblo. Algunos le achacaban origen hebreo. El padre de las muchachas, don Paco, tenía efectivamente tipo de árabe o de judío. La madre, doña Rosario, era, en la juventud, rubia, blanca, con los ojos claros. Parecía de otra raza.

—Una vándala.

—Quizá; de la familia de los Vargas Machuca. A pesar de lo que se ha asegurado, yo no he leído en ninguna parte que estos Baena se distinguieran en otra época como judaizantes; en cambio, he visto que una doña Isabel de Baena, a final del siglo XVI, fue condenada a la relajación y a ver su casa demolida, por luterana, en un auto de fe celebrado en Sevilla.

En la familia, don Paco, el padre, era un andaluz zaragatero, un tanto borracho y juerguista; la madre, doña Rosario, una melancólica con tendencia al misticismo y a la obesidad. La pobre señora no ha tenido mucha suerte. De cuando en cuando expresa su idea pesimista constante, diciendo: «Para la vida que llevo, valdría más morir».

La hija mayor, Rosario, es un poco entonada, orgullosa y no muy inteligente; la menor, Milagros, más sencilla, más simpática y mucho más lista.

El hijo, Gonzalo, es, como su padre, zaragatero, calavera, charlatán e inteligente, cuando se propone serlo.

La administración de la casa, desde hace ya muchos años, podía considerarse desastrosa. Ya el desorden venía de antiguo: don Paco consideraba como un régimen de vida natural el hipotecar, el tomar dinero a préstamo por sus cortijos y el vender todo lo vendible. El desenredar la madeja de sus préstamos y de sus hipotecas hubiera sido una tarea difícilísima para cualquiera y para él mismo. En el pueblo había y hay varios usureros de buena posición. El principal es un soriano establecido hace treinta años de contratista y de maestro de obras. Este hombre comenzó a prestar, y se fue quedando con casas y cortijos. Hoy quizá sea el más rico de la ciudad. El usurero, don Segundo González, hombre seco, frío, duro, se casó con la hija de un labrador rico de nuestro pueblo, y se fue haciendo poderoso. Tenía varios hijos e hijas, algunos estudiando en Madrid.

Don Segundo, amigo de don Paco Baena, prestó a este pequeñas cantidades, por compromiso, con interés moderado, y no quiso nunca aceptar las proposiciones del aristócrata tronado, que quería traspasarle hipotecas y hacer con él otras combinaciones de dinero.

La familia de Baena vivía, como otras muchas distinguidas del pueblo, trampa adelante, en una semirruina. Para la siembra de sus cortijos tenían dificultades terribles. Muchas veces faltaba lo necesario para comer en la casa.

A pesar de su miseria, contaban con amigos, y la gente principal y los curas iban allí siempre de tertulia.

Varias veces que me expuso su situación doña Rosario, yo le dije:

—Creo que lo mejor que podía usted hacer es llevar las hijas a Madrid y que vean de buscar una colocación.

—Pero ¿querrán? —decía ella—. Milagros creo que sí; pero Rosario es tan orgullosa y tan entonada.

—¿Y si no hay más remedio? ¿Qué va a hacer?

Por entonces, y de esto hará dos años, ocurrieron dos hechos que precipitaron la ruina de la casa. Uno de ellos fue que el hijo mayor de don Segundo, el usurero, comenzó a seguir a Milagritos y a escribirle cartas de amor. El hijo de don Segundo no era simpático: tenía la audacia y la desfachatez del nuevo rico. Se decía que afirmaba con frecuencia: «Yo, con mi dinero, lo consigo todo, y no hay mujer en el pueblo que yo no pueda comprar». A Milagritos le produjo el mozo una gran antipatía, y no contestó a sus cartas de amor.

Don Segundo fue a visitar a don Paco, a convencerle de que influyera en Milagritos y se casara con su hijo. Entonces él desenredaría la madeja de hipotecas y de líos de la familia y podrían vivir todos tranquilamente. Don Segundo aseguró que él no pretendía inmiscuirse en la familia de los Baena, no. Su hijo entraría en ella como yerno, pero él seguiría su vida sin pretender alianzas aristocráticas.

Don Paco habló a su mujer y a su hija, y se encontró con que esta de ninguna manera accedía. Prefería la miseria al matrimonio con el hijo de don Segundo.

Don Paco se explicó con el usurero, intentó dorar la píldora; pero don Segundo quedó profundamente ofendido.

En esto viene otro golpe. Gonzalito, el hijo de don Paco, se enreda con una criada, una chica del pueblo, la deja embarazada y la abandona.

Su padre hizo poco más o menos lo mismo en su juventud; pero era en otras épocas, y en esas épocas tales aventuras no se tomaban en cuenta y parecían hechos habituales entre los señoritos. Las ideas habían cambiado, y lo que antes se veía como corriente, ahora se consideraba de otra manera.

Por este motivo se habló mucho en el pueblo contra los Baenas. Por la misma causa padre e hijo riñeron con saña y estuvieron muchas veces a punto de agarrarse y de tirarse los trastos a la cabeza. El padre y el hijo no se podían ver, y disputaban a cada paso. Gonzalito quería marcharse de casa. Su madre lloraba. Don Paco por

entonces iba tomando mal aspecto: estaba flaco, amarillo, no comía y, en cambio, bebía mucho. Unos meses antes del cambio de Gobierno murió.

Doña Rosario sacó de un armario los últimos ahorros que guardaba y pudo hacer los funerales de su marido con decencia.

III

DESPRESTIGIO

AL PRINCIPIO hubo una tregua en la ofensiva contra la familia; pero luego se fue desarrollando en gran escala.

Hay abogados en estos pueblos peores que la sarna: enredan a las familias cuando parece que las defienden, las desunen, las meten en pleitos sin salida. Algunos ni siquiera tienen título: son procuradores o agentes de negocios, lo que llama la gente abogados de secano. Tales abogados necesitan criados matones, porque con frecuencia los engañados por ellos se presentan en los despachos y sacan, para vengarse, la pistola o la navaja. Yo he conocido criados de esta clase salidos de presidio.

Uno de esos abogados, de los de título, hombre de confianza de don Segundo, dirigió la campaña contra los Baenas. El usurero compró todos los créditos de la familia arruinada a bajo precio y la sitió en toda regla, apretó las mallas de la red y no la dejó respirar.

Imitando a un político italiano, que aseguraba que se comería a Italia hoja a hoja, como a una alcachofa, el abogado decía a don Segundo que así se tragaría la fortuna de los Baenas y los llevaría a la ruina.

En el pueblo se habló mucho de esta persecución. El hijo de don Segundo, para ponerle el Inri, mandó un recado a Milagritos diciéndole que si iba una noche a pasarla con él les perdonaría las principales deudas. Figúrese usted cómo se pondría la muchacha. Estando yo en Córdoba, la madre me avisó para hablar conmigo, y logré parar algunos golpes de don Segundo y de su abogado.

En esto viene el cambio de Gobierno. Inmediatamente, y como por arte de magia, don Segundo, el usurero, y su hijo mayor aparecen como republicanos radicales y amigos de los directores de la Casa del Pueblo.

Algunos recordaban a don Segundo afiliado a la Unión Patriótica y entusiasta del dictador; pero cuatro frases y quizá algún dinero bastaron para olvidar esto y para que se le considerase como celoso defensor del nuevo régimen.

Por entonces se comenzó la campaña contra las dos o tres familias linajudas del pueblo, al mismo tiempo que contra los Baenas.

Se recordó que aquellos aristócratas habían pertenecido a la Unión Patriótica. En ellos era un crimen lo que en el usurero don Segundo no tenía importancia. Se habló de la muchacha seducida y abandonada por Gonzalito. El hijo del usurero había hecho faenas parecidas, pero esto se callaba. Los Baena eran, sobre todo, los explotadores natos de los oprimidos.

Se publicó una hoja en la ciudad, llena de horrores y de calumnias, pagada por don Segundo, sobre todo contra los Baenas: el padre había sido un vicioso y un

alcohólico; la madre, una hipócrita; la hija mayor, una loca histérica y lesbiana; a la menor se le había visto salir de una casa de citas con un militar forastero, y el hijo prostituía a las pobres muchachas que iban a servir a su casa.

Estas hojas se mandaron a todas las casas pudientes del pueblo. Por el momento, no hubo nadie que tuviera el valor de reaccionar contra la calumnia. Las tres o cuatro familias residenciadas quedaron sometidas a la mayor humillación. A los Baenas ya les visitaba únicamente el cura, don Juan Castrillo, y algunos pocos amigos fieles casi de ocultos. Tal suele ser la cobardía de la gente de los pueblos.

La plebe tiene en épocas revueltas la pretensión de ser infalible. Si elogia o abomina, siempre es con razón, y aunque la injusticia sea palmaria, no la reconocerá de ninguna manera. La ciudad mordió el cebo echado por don Segundo y sus amigos. Parecía imposible hacer reaccionar la opinión. El pueblo creía que la campaña contra los Baenas era de pura moralidad.

Don Segundo y su hijo habían sido siempre republicanos y demócratas y personas decentes..., aunque usureros.

El haber hecho la evolución a tiempo, el utilizar la corriente favorable para su marcha, no se consideraba una habilidad, sino una virtud. Esta es, con frecuencia, la manera de sentir de los demócratas.

Al mismo tiempo que las hojas, se mandaron otros anónimos a los amigos de los Baenas, y consiguieron momentáneamente aislarlos, que no los visitara casi nadie.

Durante algún tiempo se creyó en aquellas invenciones fabulosas como si fueran verdad. La familia no podía salir a la calle sin temor de ser insultada. Muchas veces, al acompañar a las chicas de Baena, he oído a la gente que cantaba a nuestro paso:

*Tanto vestido blanco,
tanta parola,
y el puchero en la lumbre
con agua sola.*

Es notable que la gente pobre desprecie al rico que se ha arruinado. Solo el cura Castrillo y algunos pocos más permanecieron fieles a la casa.

Gonzalo, irritado, fue a Córdoba; encontró a un antiguo amigo, periodista madrileño, que se presentaba como candidato a diputado, y le contó lo ocurrido, y escribieron entre los dos una hoja acerca de la vida de don Segundo y de su familia, que se imprimió y repartió por el pueblo. La cosa, aunque parecía una chiquillada, hizo mucho efecto, y don Segundo, asustado, publicó una carta en un periódico de la capital sincerándose y diciendo que él no tenía arte ni parte en la hoja calumniosa escrita contra la familia de los Baenas.

Esto produjo una tregua. Mientras tanto iban viéndose los distintos juicios civiles e hipotecas de la familia arruinada, y terminaban con la incautación de los bienes a favor de don Segundo.

Gonzalo entró en la capital en la redacción de un periódico disimuladamente

reaccionario, desde donde comenzó a hacer una campaña política contra los nuevos republicanos y los socialistas de su pueblo, con cierta habilidad.

Pasó tiempo; las principales fincas de los Baenas cayeron en manos de don Segundo; pero el negocio este no entusiasmaba al usurero: las fincas rústicas no eran muy apetecidas en aquellas circunstancias, y, además, el pueblo iba viendo demasiado clara su jugada.

Por entonces, el cura amigo de los Baenas, don Juan Castrillo, preparó una campaña clerical y monárquica completamente cándida y absurda, con la torpeza de un cura de aldea que no tiene idea de lo que pasa en el mundo. Algunas muchachas de las familias distinguidas comenzaron a llevar lazos amarillos y rojos y grandes crucifijos en el pecho, y a presentarse así, haciendo alarde, en el paseo y en la iglesia, de su monarquismo y de su devoción. Estas señoritas, según se dijo, eran monárquicas, cavernícolas rabiosas: tenían en su casa retratos del ex rey y de la reina.

Cantaban también el *Himno de Riego*, con una letra que había traído una de las amigas de Sevilla, letra llena de insultos para los republicanos, en una de cuyas estrofas se decía:

*Pediremos a Dios que nos traiga
un Borbón, un Borbón, un Borbón.*

No contentas con esto, y aconsejadas por el cura, escribieron cartas de adhesión a Alfonso XIII y a ese infante Alfonso Carlos, pobre momia que han desenterrado de no sé qué rincón de Austria. Alguna de estas cartas fue abierta en el correo, y se enteró todo el mundo. No le digo a usted nada la que se armó. Todos los clásicos lugares comunes del día puestos en circulación por los republicanos a nombre de la libertad y de la democracia se esgrimieron contra ellas. Algún periódico de la capital aseguró que a las señoritas de Baena y a sus amigas había que desnudarlas en público y azotarlas.

Ya en este camino de insensatez, las chicas, aconsejadas por un cura necio y pazguato, no podían hacer más que torpeza sobre torpeza y tontería sobre tontería.

COMO LA FAMILIA iba desprestigiándose y perdiendo terreno en el pueblo, yo les aconsejé que abandonaran la casa y se refugiaran en el cortijo de La Solanilla, la única propiedad que les quedaba.

Me atendieron; fueron a meterse en el campo, y pasaron allí algún tiempo. No podían pagar a nadie ni comprar nada. Su recurso era cambiar géneros, y en vez de moneda, enviaban sacos de trigo o de maíz, a trueque de carne, de café o de chocolate.

La gente del cortijo era buena y fiel a la familia.

El aperador, hombre pequeñito, amable y trabajador, el señor Manuel, de apodo *Piconcillo*, estaba casado con una tal Dolores, antigua doncella en casa de los Baenas.

A la Dolores la decían Dolores *la Brava*, porque era una mujer muy terne y decidida.

Dolores *la Brava* se reveló después de casarse como una mujer de mucho brío y de armas tomar. Allí, en el cortijo, todo el mundo la temía y andaba derecho delante de ella. No había matón ni jaque que se atreviera a faltarla en lo más mínimo, porque Dolores se sentía muy capaz de darle una paliza al lucero del alba.

Dolores tenía cariño por las dos chicas de Baena, sobre todo por la Milagritos, a quien conoció de pocos años.

La verdad es que las chicas de Baena nunca han tenido más ínfulas aristocráticas que las demás.

Mientras la familia estaba recluida en el cortijo de La Solanilla, en nuestra ciudad iba subiendo como la espuma la influencia de la Casa del Pueblo y de los Sindicatos; ya no eran obreros asociados ni socialistas templados los directores, sino otros, comunistas y sindicalistas, al menos de nombre; algunos, exaltados y fanáticos; la mayoría, holgazanes, puntales de taberna, pescadores de río revuelto en un ambiente de inquietud propicio para sus fines. Sobre todo, el comunismo tomaba enorme incremento. Uno de los jefes era un señorito arruinado, Manolo Girón. Manolo estaba deseando, según decía, que viniera el comunismo y la república soviética para vengarse de los que se quedaron con las propiedades de su familia.

Le llamaban *el Señorito*, y era pariente bastante próximo de los Baenas. Había sido, si no novio, galanteador de Milagros, y a ella creo yo no le parecía mal; pero el padre, don Paco, echó de su casa al mozo de mala manera cuando supo que tenía conversaciones con su hija, con ese desprecio que tiene con frecuencia el hombre arruinado por otro también arruinado y perdido.

El Señorito se había transformado, como le digo a usted, en un revolucionario peligroso de acción y en jefe de la Juventud Comunista. Manolo vivía con una mujer

del pueblo, María *la Bolchevique*, una moza alta, guapetona, afiliada a la Juventud Roja. Manolo y María tenían un hijo.

El Señorito era elocuente, hablaba con fuego en los mítines, propugnaba la revolución y el reparto social. No creo que supiese nada ni que hubiese leído libro alguno en serio; pero, con la lectura de unos cuantos folletos y discursos y ayudado de la facundia y del despejo del andaluz, daba la impresión de un hombre enterado y hasta culto. Yo le oí una vez un discurso y me sorprendió.

El asesor de Manolo Girón era un médico joven, hombre inteligente, un tanto sombrío, huraño y misántropo, jefe del Radio comunista, que estaba en relación con los directores del movimiento en España y, al parecer, también con los bolcheviques de Rusia. Este era hombre culto. Los médicos en Andalucía están dando una cosecha de comunistas alarmante.

Manolo Girón se pasaba la vida fuera de casa, bebía mucho e iba tomando una actitud desesperada.

El Señorito, más que un demócrata socialista, tenía, como algunos de nuestros jefes del anarquismo y sindicalismo, la vitola de un capitán de Hernán Cortés, de Pizarro o de César Borgia. Sus lugartenientes eran tipos tan distinguidos como el Bizco de Espejo, el Manazas, Pepe *el Largo*, el Soldadito, el Galleguín, el Caminero y otros que antes se hubiera dicho que eran maleantes y ahora se les tenía por comunistas. Yo, una vez que fui al pueblo, le cité a Manolo Girón y tuve una entrevista con él.

—Lo que habéis hecho con la familia de Baena es una canallada —le dije—, y mayor en ti, que eres pariente suyo y que sabes muy bien que lo que se les achaca a esas pobres mujeres es mentira.

—Yo no tengo nada que ver en eso —me contestó él—. Yo no las podía defender. Usted lo que debe decirles es que se vayan.

—¿Adónde? Están en La Solanilla y no tienen un cuarto.

—Pues que se vayan a cualquier lado, porque aquí, dentro de poco, nadie va a tener nada.

—Bien —le dije yo—. Te pido un favor: no te pido que defiendas sus propiedades, que ya, si no están perdidas, lo estarán dentro de poco; pero si sabes que ellas están en peligro, avísalas.

—Muy bien.

—¿Me das tu palabra de honor?

—Sí, se la doy a usted. Aquí, en el pueblo, yo respondo de que las avisaré y no les pasará nada; ahora, fuera del pueblo, no respondo.

LA FAMILIA DE BAENA, refugiada en el cortijo de La Solanilla, sufrió una noche un ataque de gente desconocida, quizá comunistas o sencillamente banda de ladrones.

Un poco después de cenar, y cuando pensaba la gente en acostarse, se apagaron todas las luces en el cortijo.

La mujer del aperador, Dolores *la Brava*, sospechó en seguida que se trataba de un ataque. Encendió un farol y cogió una carabina.

Había en La Solanilla tres criados y dos guardas. Estos se sabía que eran buenas personas y fieles a la familia.

Dolores *la Brava* apareció con su carabina y el farol. Sospechaba de los criados. No tenía confianza en ellos. A los tres les dijo, señalándoles un cuarto:

—Vosotros os metéis ahí dentro.

—Pero ¿por qué?

—Al que diga algo o proteste le pego un tiro.

Metió a los tres criados supuestos traidores en el cuarto y echó la llave, y con la carabina al hombro fue y cerró todas las puertas de entrada y salida de la casa.

—¿Qué temes? —le preguntó, temblando, doña Rosario.

—Temo que nos van a dar un ataque esta noche. ¿Alguna de las señoritas tira bien?

—Yo sí —dijo Rosario.

—Y yo también —añadió Milagros.

—Pues, si quieren, a cada una le traeré una escopeta.

—Sí, sí; venga.

—Somos seis con mi marido. Hay armas para todos.

Dolores *la Brava* repartió las escopetas y las municiones, apagaron el farol y abrieron las maderas de las ventanas y de las rejas. Cada uno de los defensores y defensoras eligió su sitio y se tendió en el suelo.

La noche estaba oscura y sin estrellas. De pronto se oyeron silbidos terribles, y poco después aparecieron vagas sombras en la oscuridad.

«¡Fuego!», gritó la Brava, y dispararon seis tiros al campo.

Del campo contestaron al fuego, y se oyeron las balas rebotar en la pared de la casa. Después los asaltantes hicieron arder varios montones de heno seco. Se cruzaron muchos tiros hasta la madrugada, en que apareció la Guardia Civil en La Solanilla.

DOÑA ROSARIO, espantada, dijo que se marchaba de allí, y al día siguiente, en un auto Ford destartado y medio roto, volvieron las tres a su viejo palacio.

La Casa del Pueblo seguía fermentando; había aumentado el número de sindicalistas y se venían celebrando reuniones secretas para preparar al final de la primavera un movimiento revolucionario, con conexiones en toda Andalucía. Iban y venían delegados de acá y de allá.

La Casa del Pueblo hervía de entusiasmo comunista. En ella se peroraba constantemente. Las paredes estaban llenas de dibujos con la hoz y el martillo.

En la ciudad, uno de los centros de los hombres de acción de los partidos revolucionarios era la taberna de la Leona. La Leona era la mujer de un aperador, separada del marido. La Leona había ido a vivir con un antiguo jugador de ventaja, a quien llamaban *el Postinero*. La Leona era una mujer de un genio terrible, convertida de pronto al comunismo.

Cuando hablaba, se disparaba con una gran violencia y reprochaba a los hombres el ser unos cobardes. La Leona tenía imaginación y elocuencia, y encontraba frases muy crudas y muy expresivas. Su madre, una mujer gorda, de color tostado, de ojos negros brillantes, que sustituía a la hija con frecuencia en el mostrador, era casi tan violenta como ella.

En la Casa del Pueblo y en la taberna de la Leona se preparó el movimiento revolucionario. Había una Juventud Roja formada por mujeres, y esta daba un contingente de doscientas afiliadas decididas. Había entre ellas chicas jóvenes, de quince a veinte años, llenas de ardor y de entusiasmo. Las principales, las cabecillas, eran la Leona, María *la Bolchevique* y Pepa *la Comunista*.

El plan del movimiento revolucionario era radicalísimo. Se proclamaría la República Social y la dictadura del proletariado; se pegaría fuego al Ayuntamiento y al Registro de la Propiedad; se aboliría la propiedad individual, y se decretaría el amor libre.

Se decía que los revolucionarios tenían dinamita para volar el pueblo entero, una dinamita que llamaban dinamita goma, que la traían de lejos, con una fuerza, explosiva enorme.

Al parecer, sindicalistas y comunistas habían constituido en el pueblo el frente único. Se consideraban los amos.

Se pensó en la forma de hacer el movimiento. Se cortarían primero los hilos telegráficos y telefónicos, para aislar la ciudad.

Algunos propusieron que se cortaran también los cables del alumbrado eléctrico; pero otros afirmaron que si había lucha en las calles sin luz, podría entablarse entre

los mismos revolucionarios y originarse una gran matanza.

El Señorito era el principal jefe del movimiento Como había muchos afiliados y el congregarse en la Casa del Pueblo o en la taberna de la Leona podía llamar la atención de la policía, fijaron como punto de reunión de noche la ermita abandonada de la Soledad, erguida en un altozano próximo.

Se intentó perfeccionar el plan. Un grupo de revolucionarios enmascarados se acercaría de noche por un extremo del arrabal con bidones de gasolina e incendiarían una fábrica y dos casas de alrededor. Cuando ardieran estos edificios y se llamara la atención por allí, otro grupo más numeroso, armado de escopetas y pistolas, se apoderaría del pueblo e incendiaría el Ayuntamiento y el Registro de la Propiedad.

Como el momento más difícil era el del incendio, el Señorito mismo lo dirigiría, y después, en una motocicleta, daría la vuelta y pasaría al otro extremo de la ciudad a dirigir la entrada de los hombres armados.

Se preparó el movimiento para el domingo. El sábado habría un gran mitin, y después las mujeres de la Juventud Roja saldrían a la calle para alarmar el pueblo. El jueves, el Señorito fue a casa de los Baenas de noche, sin que le viera nadie. Entró embozado, subió la escalera, llamó y le dijo a la criada:

—Dile a la señorita Milagros que salga.

Salió Milagros al rellano, y quedó parada al ver al comunista.

—¿Eres tú? —le dijo.

—Sí.

—¿A qué vienes?

—¿No nos oye nadie?

—No.

—El domingo va a haber en el pueblo un movimiento revolucionario. No estéis aquí, idos a la casa del Arcipreste, porque puede haber bombas y saqueos.

—¿Y tú diriges ese movimiento?

—Sí.

—¿Y si te denunciamos?

—No me encontrarían; pero no me denunciarás.

—Tú has sido el que has hecho esa campaña asquerosa contra nosotras.

—No, te juro que no. Han sido don Segundo y su hijo. Yo no he intervenido en nada. Tampoco he podido parar la campaña contra vosotras, no tenía medios. Pero lo pasado está pasado. Ahora vengo a advertirte de lo que puede ocurrir. Adiós.

—Pero oye.

—Nada. Ya estáis avisadas. ¡Adiós!

Al día siguiente Milagros contó a su madre y a su hermana lo que ocurría, cerraron las puertas y ventanas con cerrojos y barras y se trasladaron a la casa del Arcipreste.

COMO SE HABÍA ANUNCIADO, el sábado, por la tarde, hubo un mitin en el pueblo, en el cual varios oradores comunistas, entre ellos el Señorito, hablaron excitando a las masas a la rebelión. El entusiasmo era delirante. La gente creía que ya estaba hecha la revolución. Las mujeres de la Juventud Roja y otras muchas del campo se echaron a la calle, armadas de hoces, al grito de «¡Viva el comunismo!». Todas las casas de la gente rica estaban herméticamente cerradas. Había un gran pánico. Las mujeres no tenían orden más que de alarmar. Quemaron algunos montones de paja y se pasearon por el pueblo en dominadoras. El día siguiente, domingo, apareció tristísimo y desierto. Nadie salió a la calle.

A las doce de la noche, las de Baena vieron espantados desde la casa del Arcipreste las llamaradas del incendio. Luego comenzaron a tocar las campanas de todas las iglesias.

Más tarde empezaron a oírse tiros durante una hora y sonó el estruendo de dos explosiones. Después no se oyó nada.

Por la mañana se supo cómo se inició el movimiento la noche anterior y cómo fracasó. Los revolucionarios quemaron una fábrica de harinas.

Habían quedado dos hombres muertos; a uno de ellos, el Galleguín, le encontraron con un pañuelo atado en la cara para enmascararse; el otro, el Señorito, había caído con un tiro en mitad del corazón en el paseo de los Adarves. Varios desaparecieron y, al parecer, estaban heridos y refugiados en casas de campo. A la Leona la encontraron muerta de un tiro, en un pajar. El médico, director del movimiento, pudo escaparse.

Al día siguiente las tres mujeres de Baena volvieron a su casa. Una bomba había destrozado el balcón y hecho pedazos los cristales y las contraventanas. Doña Rosario y sus hijas, locas de miedo, cogieron todo lo que tenían de algún valor, lo guardaron en baúles y avisaron a la Guardia Civil, y por una puerta de la huerta se marcharon a la estación a tomar el tren para Madrid.

Yo creo que Milagros estaba algo enamorada de Manolo Girón, *el Señorito*, porque cuando habla de él suspira y se pone triste.

—¿Y ya no piensan volver allá?

—Ya no, ¿para qué? Ya está todo vendido y perdido. Hace poco salió a pública subasta el cortijo de La Solanilla, lo último que les quedaba. Ahora la cuestión es ver si encontramos algo para que viva esta pobre gente.

—Ya veremos qué podemos hacer. Yo me enteraré por mi parte y pondré los medios que estén a mi alcance. Supongo que será difícil.

—Sí, será difícil. Milagros creo que se acomodará; pero la otra lo dudo mucho.

Cuando se marchó el magistrado, Fermín exclamó, recordando una frase del marqués de Santillana en su *Doctrinal de Privados*:

*Mundo malo, mundo falso
Non es quien contigo pueda.*

Después fue a reunirse con Michel. Michel tocaba en una pianola de la pensión el *Allegro* de la *Quinta sinfonía* de Beethoven, y a pesar del carácter mecánico que le imprimía el instrumento, tenía el trozo musical un aire de turbulencia y de energía tal, que a Fermín le llegó a impresionar como si fuera una lección de vida y de coraje.

Itzea, agosto de 1932.



PÍO BAROJA fue uno de los grandes exponentes de la llamada *Generación del 98*, conocido por su producción novelística, entre la que destacan títulos como *Memorias de un hombre de acción* (1935) y *Zalacaín el aventurero* (1908), que fue llevada al cine en dos ocasiones.

Nacido en San Sebastián, Baroja estudió medicina en Madrid y, tras un corto periodo como médico rural, volvió a la capital iniciando sus colaboraciones periodísticas en diarios y revistas como *Germinal*, *Revista Nueva* o *Arte Joven*, entre otras.

La postura política de Baroja fue evolucionando de una izquierda militante a un escepticismo que no le libró de problemas con la censura franquista al reflejar la Guerra Civil en *Miserias de la guerra* y *A la desbandada*, esta última todavía sin publicar.

La obra de Baroja combina tanto novela como ensayo y memorias. *Memorias de un hombre de acción* apareció en forma de 22 volúmenes entre 1913 y 1935. Además, Baroja agrupó su obra en varias trilogías, como *Tierra vasca*, *La vida fantástica* o *La lucha por la vida*.

Baroja fue un novelista influyente y entre sus admiradores se cuentan autores nacionales, como Camilo José Cela, e internacionales, como lo fueron Ernest Hemingway o John Dos Passos.

Debido a su postura política y opciones personales, como su reconocido ateísmo, Baroja no disfrutó de demasiados reconocimientos en vida, aunque fue miembro de la

Real Academia de la Lengua desde 1935.